

LIBROTALLER

Algunas palabras de la sexo-género-disidencia

Testimonios de tres organizaciones



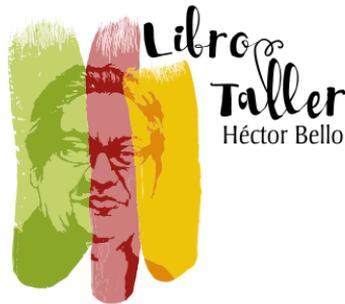
Sistema de
Editoriales
Regionales

Fundación Editorial

elperroylarana

MISIÓN

cultura - Venezuela
¡Corazón adentro!



El Libro-Taller Héctor Bello es una metodología formativa implementada por la Fundación Editorial Escuela El perro y la rana (FEEPR) a comunidades que desean visibilizar, rescatar y valorizar los conocimientos que contribuyan a la construcción de su propia identidad y se apropien de la historia local, la memoria y el testimonio como elementos de la creación literaria del pueblo. La FEEPR sirve como puente en el proceso de realización del libro, cuyo contenido se enfocará en los saberes y experiencias populares expuestos mediante los diferentes géneros literarios: narrativa, crónica, poesía, relatos, entre otros.

LIBROTALLER

Algunas palabras de la sexo-género-disidencia

Testimonios de tres organizaciones

Fundación Editorial

elperroylarana

MISIÓN

Cultura + Venezuela
¡Corazón adentro!

© Compilador: Kenderzon Jesús (Kzon)

© Fundación Editorial Escuela El perro y la rana, 2018 (digital)

Centro Simón Bolívar, Torre Norte, piso 21, El Silencio,

Caracas - Venezuela 1010.

Teléfonos: 0212 7688300 / 7688399

Redes sociales

www.elperroylarana.gob.ve

Facebook: Fundación Editorial Escuela El perro y la rana

Twitter: @perroyranalibro

Colección Libro Taller “Héctor Bello”

Edición

Juan Carlos Torres

Diseño, ilustraciones y diagramación

Arturo Mariño

Corrección

Luis Sánchez

Depósito legal: DC2018002202

ISBN: 978-980-14-4388-9



Esta licencia *Creative Commons* permite la redistribución, comercial y no comercial de la obra, siempre y cuando se haga sin modificaciones y en su totalidad, con crédito al creador.

ÍNDICE

NOTA EDITORIAL / **9**

PALABRAS PRELIMINARES
O AQUELLAS QUE ADVIERTEN / **11**

TESTIMONIOS / **17**

Mi presencia y mi discurso son militancia
JULIÁN ALEJANDRO ULLOA. *COLECTIVA TRANSGRESORES* / **19**

Dos madres en un país que aún
no acepta el matrimonio igualitario
MIGDELY MIRANDA. *VENEZUELA IGUALITARIA* / **22**

¿Por qué yo me tengo que esconder?
¡Yo soy Lorena, R. ya no existe!
LORENA DÍAZ. *ASGDRE* / **32**

Sí, Víctor Manuel,
definitivamente eres gay
VÍCTOR BRICEÑO. *VENEZUELA IGUALITARIA* / **41**

Fragmentos de una carta a mi padre,
el militante
ARMANDO RODRÍGUEZ. *ASGDRE* / **52**

Jamás me sentí identificado
con dicho término: mujer
SEBASTIÁN ELOY ROJAS FERNÁNDEZ. *COLECTIVA TRANSGRESORES* / **56**

Un clóset, dos salidas
RICHELLE BRICEÑO. *VENEZUELA IGUALITARIA* / **59**

Para mí
el travestismo es una herramienta
de lucha y sinónimo de victoria
EDUARDO CORREA. *ASGDRE* / **69**

Todas las personas
tenemos el deber de contribuir con
una la sociedad cívicamente organizada
Kleyidermin. *VENEZUELA IGUALITARIA* / **76**

Cuando decidí abandonar
la seguridad que me proporcionaba
el ciberlesbianismo
MARÍA GABRIELA DEL PILAR BLANCO. *ASGDRE* / **80**

Y en esa andamos desde hace nueve años.
Aceptar que era homosexual significaba...
luchar no solo por mis derechos,
sino por los derechos de otras personas
JOSÉ MANUEL SIMONS. *VENEZUELA IGUALITARIA* / **85**

El paseo de Macuto se las trae
ANDRÉS DÍAZ. *ASGDRE* / **89**

En el cuero de mi espíritu
se pueden ver los estigmas
JOSÉ CONTRERAS-QUINTERO. *VENEZUELA IGUALITARIA* / **96**

De chamo yo me sentí así,
como un niño raro
LENIN HERNÁNDEZ ARRIECHE. *ASGDRE* / **106**

Viajar me permitió
conocer otras realidades
JESÚS ELÍAS GUTIÉRREZ ESCALONA. *VENEZUELA IGUALITARIA* / **113**

Nunca me he considerado
un activista de los derechos
de la comunidad LGBTQI
Gael Luna. *COLECTIVA TRANSGRESORES* / **121**

Venezuela: Revolución,
negritud y maricura
JEANETTE CHARLES. *ASGDRE* / **130**

Fue difícil entenderlo al principio,
vivir dentro de las tradicionales
expectativas de lo que se supone
debería ser un hombre

Alejandro Pacheco. *VENEZUELA IGUALITARIA* / **137**

Sobre la identidad de género
y la expresión de género,
jamás ha habido problemas...
el tema de la orientación sexual
es otra historia

VICTORIA PEÑA. *VENEZUELA IGUALITARIA* / **149**

Aquí la lucha es la misma...

GIULIANO BÁCENAS RIVAS. *ASGDRE* / **155**

Ese frasco hermético
de privilegios debe ser destapado

GIOVANNI PIERMATTEI. *VENEZUELA IGUALITARIA* / **163**

Yo quiero luchar
por el derecho a la inocencia

EDWIN RODRÍGUEZ. *ASGDRE* / **175**

Una especie de regresión personal

JOSÉ BORDÓN. *VENEZUELA IGUALITARIA* / **183**

Durante mucho tiempo
me asumí como mujer lesbiana

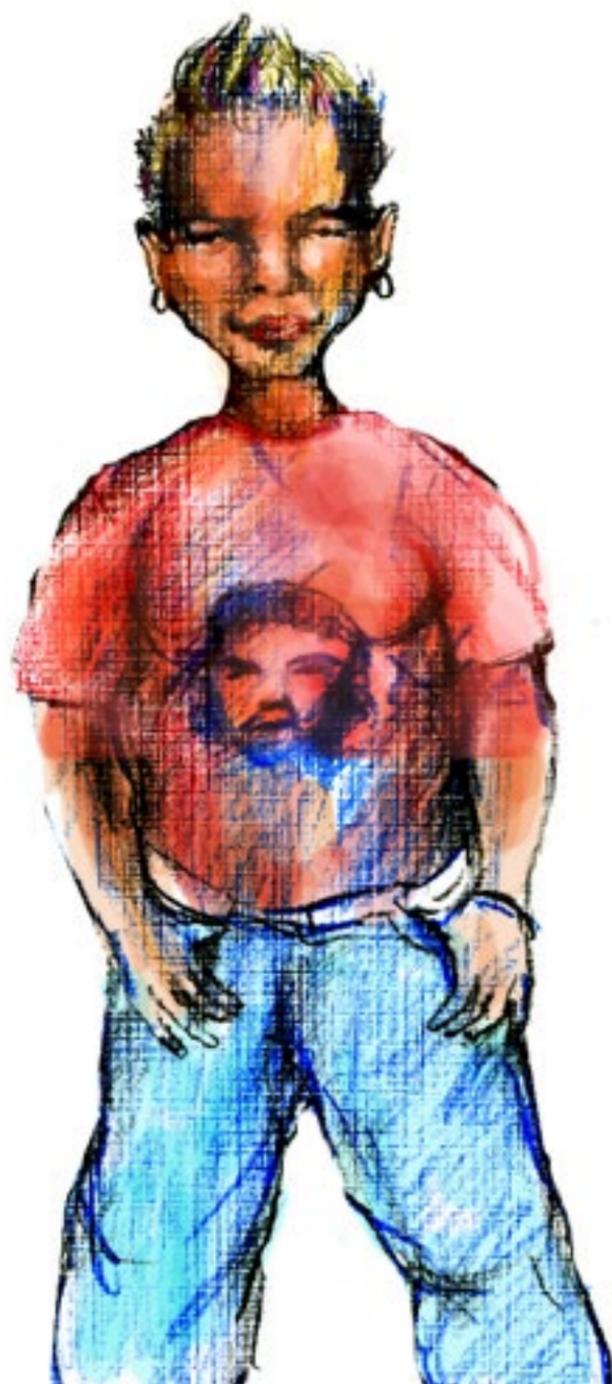
JOSEPH ALFONSO. *COLECTIVA TRANSGRESORES* / **186**

LAS ORGANIZACIONES / **193**

Alianza Sexo Género Diversa Revolucionaria (ASGDRe) / **195**

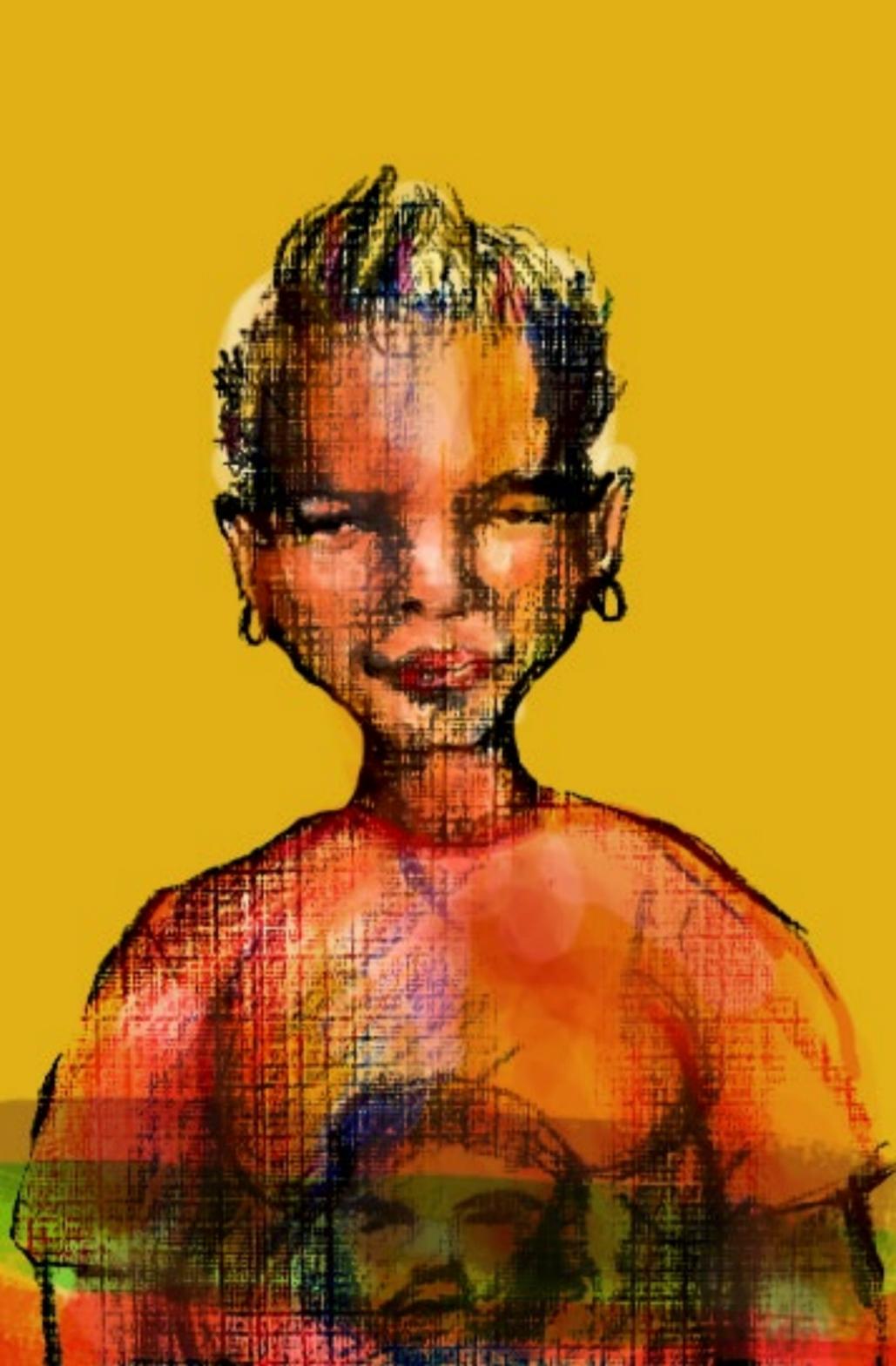
TRANSGRESORES,
Colectiva de hombres trans / **197**

Venezuela Igualitaria / **206**



Nota editorial

Este libro nace como un Libro-Taller Héctor Bello, una metodología formativa de la Fundación Editorial El perro y la rana, en asociación con la ASGDRe (Alianza Sexo Género Diversa Revolucionaria). El material está constituido por los testimonios de miembros de las tres organizaciones ASGDRe, Colectiva TRANSGRESORES y Venezuela Igualitaria que participaron en los encuentros hechos para este fin. El lector encontrará distintas formas de escritura para señalar el género incurriendo en ambigüedades, este es un recurso utilizado por la comunidad sexo-género-diversa cambiando la vocal de la última sílaba por asteriscos (*), arrobas (@) o por la letra “x”, haciendo alusión a distintas formas y expresiones de los géneros, anulándolos e indeterminándolos, ejemplo: tod@s, otrxs, nuestrxs; también aquellos, aquellas, aquellus, aquellas y aquell*s. En esta publicación hemos respetado el derecho a esta diversidad, por lo que en cada testimonio encontrará diversas formas para referirse a un mismo punto, ejemplo: LGBTI, GLBTI, LGBTIQ, etc.



Palabras preliminares o aquellas que advierten

Para mí la palabra escrita es, como en algún momento la filósofa y poeta María Zambrano menciona, una confesión. Por eso, iniciar la palabra escrita me es siempre un reto exageradamente enorme. Uno se hace público y los fantasmas que recorren las propias inseguridades florecen. Siempre las posibilidades del decir(se), y lo que se puede decir intentando ocultarse a sí mismo –la inseguridad que da la mosca que zumba y es pregunta punitiva: ¿quién eres tú para decir lo que dices? ¡No eres *auctoritas!*–, son tantas que se hacen barreras, y las posibilidades y el ansia de enunciar aquellas cosas se hacen estridentes y un lamentable problema. En algunos momentos se superan, en otros, nada ocurre más que la impávida inmovilidad de la mano; se puede escribir pero nunca se deja, y su sombra te sigue y acompaña.

...

Lo que aquí nos trae, y me invita a recibir con estas palabras al lector que se avecina en el viaje de la palabra escrita, es la acción poética y política de la palabra testimonial, esa que queda como registro y se hace

espejo de aquellos caminos y andares –conscientes o no– en los cuales nos hemos adentrado aquellas personas que nos vemos directamente afectados por la dinámica-mundo en la que nos encontramos.

Hay algunos hechos concretos que debemos considerar al abordar este libro:

1. La conmemoración de los 49 años de las protestas de Stonewall en 1969.
2. Han pasado 45 años desde que la Asociación Norteamericana de Psiquiatría, en 1973, deja de considerar la homosexualidad como un trastorno psiquiátrico.
3. Hace 28 años la Organización Mundial de la Salud, en 1990, excluye la homosexualidad de su anuario estadístico de enfermedades y trastornos de salud.
4. Que en el mundo y en América Latina se han reconocido distintos derechos civiles, iniciándose por ejemplo el matrimonio civil en el año 2001 en los Países Bajos, en el 2003 en Bélgica y en el 2005 en España; en Latinoamérica, Argentina en el 2010, seguido de Brasil y Uruguay en el 2013.

Venezuela también ha tenido sus distintos avances, como el decreto 006 del gobierno de Distrito Capital en 2006, donde se declara a Caracas como “territorio libre de homofobia”. La sentencia N.º 16-0357 del Tribunal

Supremo de Justicia, donde se reconoce a una familia de lesbianas y a estas como madres de la misma hija en el 2016. La mención hecha en la *Ley Constituyente contra el odio y la convivencia pacífica* en el año 2017. La creación de la Oficina de la Diversidad Sexual de la Alcaldía de Caracas en junio del presente año, entre otros pequeños actos.

Dentro del marco del debate constituyente en Venezuela, la pregunta reside en el qué hacer frente a esta posibilidad de reconocimiento institucional.

...

El reconocimiento de las diversidades en el mundo del otro-yo y el yo-otro –ese que similar, y ese que distinto– es fundamental. En esta oportunidad las temáticas reflejas en el texto son temas concernientes a la sexo-género-diversidad, en sus distintas formas, miradas por aquellos, aquellas, aquellos, aquellos y aquell*s que se encuentran directamente en la dinámica del activismo político en cuanto a estos temas.

Quisiera aclarar que el problema estructural aquí no es el hecho mismo de la no-heterosexualidad de algunxs que aquí escribimos, sino los distintos espacios de exclusión, invisibilización (aparente), discriminación y opresión en la que se encuentran y nos encontramos cada uno. Son esas cadenas reflejas que en esta oportunidad afectan y nos afectan a quienes no reflejamos o sacralizamos lo establecido en cuanto a las

dinámicas hegemónicas y preestablecidas del género y el sexo, por las razones que fuesen.

...

El libro nace como un Libro Taller “Héctor Bello”, una de las líneas formativas de la Fundación Editorial El perro y la rana, en asociación con la ASGDRe (Alianza Sexo Género Diversa Revolucionaria). Las posibilidades de ampliarlo y extender la invitación a otras organizaciones que se encargan de la lucha por las sexo-género-diversidades, no tardó mucho en hacerse una realidad concreta. Se convocó a otras seis organizaciones de Caracas que tienen distintos integrantes a nivel nacional e internacional, todas aceptaron la invitación. Sin embargo, aquí aparecen incluidas solo tres de estas organizaciones, aquellas que realizaron y fueron partícipes de las actividades del libro taller: entrevistas, diálogos, encuentros por ahí y escrituras silenciosas en cada una de las casas, hasta poder conformar el libro completo.

Hay muchas personas que deberían estar en un trabajo como este, por eso esperamos dar pie a proyectos similares, o continuar este mismo con las otras organizaciones existentes. No es solamente información compilada caprichosamente, sino una posibilidad de dar rostro a las razones del porqué de las luchas, develando otras formas y rostros de personas que estando aún dentro de la convulsionada dinámica política, y siendo

personajes conocidos por todos, se mantienen ocultos a nuestra vista. Se trata de apuntalar y darle direccionalidad, con intenciones y propósitos políticos de visibilizar lo que a uno le interesa.

Los siguientes testimonios respondieron a dos grandes preguntas generadoras en diálogos y encuentros en distintos espacios de Caracas, otros encuentros se hicieron por teléfono y por correo electrónico. Unos fueron grabados, transcritos por el editor, y editados nuevamente por los autores de los mismos. Otros fueron escritos de una vez por cada uno de los testimoniantes. Los encuentros en estos distintos espacios se realizaron desde el mes de junio hasta septiembre del año 2018. Al final del texto se encuentran semblanzas de las organizaciones, escritas por los integrantes de las mismas.

Usted encontrará distintas formas de escritura para señalar el género, incurriendo en ambigüedades... así es el género. El uso de las terminaciones en algunos momentos parecerán errores, sin embargo esto no es así. ¿Lo ambiguo y lo indeterminado son un error?... A menudo, se cambiarán por asteriscos (*), arrobas (@) o por la letra equis (x) haciendo alusión a distintas formas y expresiones de los géneros, anulándolos e indeterminándolos. Esto se realiza según el criterio de quienes hablan-esciben sus experiencias.

Considero que no debo decir más, las sombras siguen, zumba aún más fuerte ese insecto que en un inicio mencioné.

...

Lectorus, lector@s, estas palabras que advierten y no son justificación invitan a la mirada atenta, al viaje de decirnos de las vidas que se dicen y nos dicen. En otras palabras: a la lectura no solo de la palabra en estas letras ya idas y próximas, sino a la “lectura mundana de nuestra realidad” venezolana, como podría decirnos Paulo Freire, en estas particulares temáticas.

Ahora sí, ya debo callar.

KENDERZON JESÚS

KZON

Testimonios





Mi presencia y mi discurso son militancia

JULIAN ALEJANDRO ULLOA NOGUERA
COLECTIVA TRANSGRESORES

Mi proceso de autoaceptación ha sido de toda la vida, y ha transcurrido en etapas. Como hombre transexual heterosexual tuve que “salir del clóset” dos veces. La primera vez sin consciencia de mi identidad de género, autopercibiéndome como mujer, asumí mi orientación sexual hacia las mujeres, de la cual tuve mediana consciencia y me era imposible evadir desde muy temprana edad, lo que me convertía en mujer lesbiana. Y desde esa trinchera viví gran parte de mi vida.

El proceso de exploración para identificarme con un género estuvo rodeado de la información que se viralizaba en ese momento en los medios de comunicación. Pero no tuve yo la inquietud. Había naturalizado la experiencia de vivir en la incomodidad. La pareja romántica con la que compartía mi vida en ese momento me planteó lo que observaba en mí, y yo sometí a escrutinio durante un año su planteamiento, mi discurso, mi imagen externa y mi propia vivencia para hallar la “verdad” de mi identidad, desligándome de mis deseos, inseguridades, insatisfacciones, ilusiones,

discursos aprendidos y roles de género impuestos para intentar encontrar muy aparte de mi propia voz lo que mi cuerpo me decía, mi cerebro primitivo. Me atrevo a decir que es el equivalente al “objeto de deseo” en la escuela de psicoanálisis lacaniano, donde el objeto de deseo “se identifica a partir del objeto de pulsión y en consecuencia, de una exigencia de la realidad interna inconsciente”. Así lo que comenzó como un proceso autoexploratorio de un año, se alargó hasta hoy en día.

A lo largo de este tiempo atravesé momentos desde donde pude percibir la vivencia de mi cerebro primitivo con respecto a mi cuerpo. Corroboré que, en efecto, inconscientemente percibo la ausencia de un falo como se debe sentir la ausencia de una extremidad, como el síndrome del miembro fantasma, que es la percepción de sensaciones de un miembro amputado como si todavía estuviera conectado al cuerpo y estuviera funcionando con el resto de este. Al escuchar las vivencias de mis compañeros, distintas a las mías, pude corroborar mi teoría de que el cerebro se ubica en un espectro de género cuyos extremos van de masculino a femenino, acercándose o alejándose más a un género que a otro, sin embargo, nuestra construcción cerebral tampoco nos determina, sino la autopercepción e identificación propia.

Durante este año en curso entendí que mi presencia y mi discurso son militancia. Haciéndome visible y

elaborando este discurso tengo años, porque aunque era imposible para mí no ser visible, fue también una decisión propia, tomada en función de los niños diversos que aún no nacen, de evitar el suicidio adolescente, erradicar el *bullying*, generar consciencia y empatía hacia la población LGBTI y difundir el conocimiento necesario para despejar la ignorancia que sostiene los prejuicios cisheteropatriarcales. Mi identidad de género se convirtió en mi bandera cuando me di cuenta que dentro de la comunidad LGBTI la población trans es la menos visible, y menos visible aun es la población de hombres trans dentro de la comunidad trans, por eso mi realidad es poco comprendida. Era necesario entonces crear un espacio de lucha y visibilización.

Dos madres en un país que aún no acepta el matrimonio igualitario

MIGDELY MIRANDA
VENEZUELA IGUALITARIA

Ni en mi niñez, ni en mi adolescencia pensé que podría atraerme alguien de mi propio sexo desde el punto de vista sexual; no fue hasta mi adultez que se despertó esta inquietud. No sabría decir cuál fue el factor desencadenante, si fue el poder terminar una relación heterosexual larga con historia de maltrato físico y psicológico, el trabajar día a día en un centro de atención para personas transexuales o simplemente la curiosidad. Creo que fue un momento (*Zeit*), simplemente se inició como un romance, ganas de intentar algo distinto, de dar un paso de fe. Para ese momento no creo que haya pensado en lo que implicaba, o si habría algo que tenía que aceptar más allá de descubrir nuevas experiencias, formas de relacionarse; creo que fue más una búsqueda de compañerismo, respaldo, igualdad y, en algunos momentos, de poder. Fue posteriormente que entendí que te enamoras de un alma más que de un sexo, o al menos así lo veo yo.

Creo que lo que para algunxs es la autoaceptación yo lo llamaría enfrentar a la presión social. Yo inicialmente no sentía tal presión, pues al ser ya adulta y trabajar con población LGBTI, fue inicialmente “muy fácil” el poder salir del clóset, en el cual pensaba que no tenía que estar nadie; así que con facilidad podía ir tomada de la mano o dar una muestra de afecto, todo se complicó fue porque de una relación ocasional pasé a otra formal, y capaz sin pensar mucho en si era o no homosexual, vivía, sentía, compartía y amaba, y eso era para mí lo más importante en ese momento.

Siempre esperé el momento perfecto para encararlo con mi familia de origen, pues, no sabía cuál podría ser su reacción y no quería enfrentar el rechazo. Ese momento nunca llegó... ahora creo que no tuve el valor de hacerlo, así que se enteraron por otros y no por mí, y si bien tenían mucho desconocimiento y sus propios miedos, mi familia ha sido un gran apoyo para mí y para mi hijo. Lo que si pasó fue ir incrementando mi nivel de compromiso, entrega y amor hacia una persona de mi propio sexo y eso valía la pena para mí.

Mi aceptación, si de alguna forma puedo llamarlo así, fue el darme cuenta que me había enamorado de alguien de mi propio sexo y que quería un proyecto de vida con esa persona, y se materializó cuando me case, salí por medios de comunicación como la prensa, radio, tv.

Trabajé como psicóloga en un centro de personas transexuales en situación de calle. Escuchar sus historias de maltrato y rechazo fue mi primer inicio en la lucha por la visibilización de la población, pues un factor que se repetía en cada una de ellas era que desde muy jóvenes se habían “definido como transexuales”, y al ser rechazadas por su entorno familiar, abandonaban la escuela. Ya en la calle, sin casa, sin refugio ni guías, eran acompañadas por otras sobrevivientes transexuales, en las cuales encontraban aceptación, la prostitución como único medio de sustento y, con ello, las drogas, situación que las unía como grupo y gueto, y que a la vez les dificultaba salir de ese lugar y vivir otras experiencias.

En nuestro trabajo junto a ellas enfrentamos las mismas dificultades, mucho rechazo y estigma hacia las personas transexuales, se nos dificultaba encontrarle un empleo digno y alejado de la situación de prostitución y de la peluquería, esta última casi la única alternativa aceptada en nuestra sociedad venezolana, la cual no era para todxs la profesión que querían en sus vidas y, en muchos casos, muy inestable.

Un caso emblemático por el cual empecé la lucha fue una paciente que consiguió empleo de limpieza en un centro comercial. La chica, teniendo muchas más habilidades, fue postulada para ser ascensorista, y lo hacía muy bien, luego uno de los propietarios de este centro comercial al verla trabajando la mandó a despedir por

no ser una imagen adecuada para su centro comercial. El dueño de la empresa contratista conversó con ella, le pidió disculpas y le ofreció trabajar de nuevo como limpieza, lo cual ella aceptó. Semanas después, el dueño al verla trabajando de limpieza la termina despidiendo por no ser una “imagen” para el establecimiento. Esta situación me llenó de indignación y tristeza, y empecé con más fuerza mi trabajo de visibilizarlas, porque, ¿cómo le dices a una persona que no consuma drogas y que no se prostituya si REALMENTE la sociedad no les da otras oportunidades? Comprendí entonces que no bastaba con trabajar con ellas a nivel individual, había que trabajar con la comunidad y lo primero era que se mostraran.

El centro realizó trabajos con la comunidad y junto a ellas, pues, la misma comunidad rechazaba la presencia del centro, por considerarlas peligrosas y escandalosas. Paralelamente en ese centro conocí a quien fuera mi esposa, también psicóloga, y emprendimos una participación en Venezuela Igualitaria por el matrimonio igualitario, inicialmente fue mi esposa quien realizó los contactos, y si bien yo asistía a reuniones, participaba y daba ideas, no lograba visualizar con total claridad que no era una lucha por lxs otrxs, sino que yo también formaba parte de la comunidad, era rechazada y mis derechos podrían ser vulnerados, como de hecho ocurrió. Para ese momento no me sentía rechazada, sentía que

trabajaba, me desenvolvía con total libertad, si bien hubo en mi vida conocidos que dejaron de tratarme por mi orientación sexual o hablaban a mis espaldas, poco me afectaba. Una vez casada empecé a vivir nuevos rechazos, tratamos que nos pagaran el bono por matrimonio y un funcionario, que yo calificaría de homofóbico, se niega; elevamos la queja a consultoría jurídica quien nos solicita para el pago solo el acta de matrimonio apostillada y así la llevamos y este funcionario de RRHH se negó a pagarnos el bono que nos correspondía. Sí gozamos de días por matrimonio, porque nuestros jefes de manera no formal nos dieron los permisos.

El segundo momento en darme cuenta de la necesidad de sumarme es cuando decidimos tener a nuestro hijo, pues allí se evidencia que sí hay un rechazo y una DESIGUALDAD de derechos humanos por esa elección en tu sexualidad. Cuando eres madre, o piensas en serlo, tu hijo es todo para ti, y mi hijo nacería de dos madres y solo podría tener el apellido de una de esas madres. Necesitábamos un apoyo económico por lo costoso del proceso *in vitro* para poder tener a nuestro hijo (sacar el ovulo del vientre de mi esposa, inseminarlo e insertarlo en mi vientre) y solo yo podría pedir ese apoyo económico, pues mi esposa no era contada como mamá. Yo suelo hablar poco y fue difícil pedir esa ayuda, pero lo logré. Pero pensaba: si mi esposa, que era muy fluida de palabras, fuese contada como madre, ella

podría pedir esa ayuda y aligerar la carga familiar. Pero al no ser así, solo yo podía pedir la ayuda económica y mi esposa tuvo que trabajar de taxista cuando salía de su trabajo formal como psicóloga para lograr la meta de tener a nuestro hijo.

Yo, maravillada de estar embarazada, creo que no podía ver lo que ella sí, me insistió en tener a nuestro hijo en España o Argentina donde había matrimonio igualitario para que el bebé gozara de tener a ambas madres. Yo acepté y emprendimos un viaje a Argentina, donde un año antes nos habíamos casado, y parimos a nuestro hijo en Buenos Aires, con algunas limitaciones económicas, porque el tipo de cambio no favorecía nuestra moneda, pero muy contentas de la hospitalidad de la gente y del país. Nuestro hijo logra su acta de nacimiento con el apellido de ambas y junto a Venezuela Igualitaria y grandes amistades de lucha, intentamos insertar a nuestro hijo con la doble nacionalidad que le correspondía por ser hijo de madres venezolanas. Fuimos al Registro Principal de Caracas donde nos atiende Alejandro Herrera y luego de acaloradas discusiones y negativas a otorgarle el reconocimiento del acta de nacimiento a nuestro hijo, pasa nuestro caso al CNE como ente rector. Allí expusimos tanto la necesidad de que nuestro hijo tuviera la doble filiación, pues nos permitía a ambas, cuidarlo, gozar de seguro, escuela y garantizar su bienestar como cualquier niño nacido de parejas heterosexuales; al mismo tiempo

que exigíamos respeto al acta de nacimiento original traída desde Argentina que le otorgaba plenitud derechos y reconocía mi matrimonio y a sus dos madres. Acá siempre se negaron, argumentando que no habían actas de nacimientos de este tipo antes en Venezuela, que no podían cambiar el sistema informático para hacer un acta especial para mi hijo, que no existía matrimonio igualitario y que solo podría insertar el acta si renunciaba alguna de las dos a la maternidad.

Recuerdo con nostalgia que en una oportunidad le platiqué a mi esposa la opción de colocarle solo su apellido y me dijo que esta lucha no era solo por nosotras, sino por otras tantas mujeres lesbianas que no podían casarse en Venezuela para garantizar la protección del Estado y que también era por nosotras para darle la protección legal que nuestro hijo requería.

En los meses sucesivos mi hijo estuvo en Venezuela en calidad de inmigrante Argentino, aun con madres venezolanas no gozaba de nacionalidad venezolana, lo cual nos obligaba a pagar una suma, para el momento importante, cada tres meses para renovar su visa en el país y no tener la dificultad de que lo pudieran deportar.

Mi esposa para el mes de diciembre es asesinada en Caracas, cuando mi hijo contaba con apenas tres meses y medio, y desde ese momento mi vida cambió en todos los aspectos, viví muchas vejaciones, maltrato por mi

sexualidad y mi hijo por ser hijo de dos madres en un país que aún no reconoce el matrimonio igualitario.

Para empezar, en medio de su pérdida, de forma repentina empecé a buscarla por hospitales para saber su paradero, pero no podía decir que era mi esposa, porque además de verme como a un marciano, solo me dirían que seguro se había ido de fiesta y que me fuera a casa a esperarla. Así que al buscarla decía que era mi prima. Al hacerse tarde llamo a su familia para saber si conocían su paradero. Sin respuestas, fui a la morgue, pero yo no podía ingresar a reconocer su cuerpo porque no valía mi matrimonio. A partir de ese momento no pude tomar ninguna decisión respecto al acto fúnebre, entierro, etc.

Aunque para algunos parece de poca importancia, en el momento de dolor y desesperación es el único consuelo que queda: dar la despedida y tratar de reorganizarte en el caos en que se vuelve tu vida. Desde ese momento se agudizó el problema jurídico del cual mi hijo y yo formábamos parte, y que si bien se había iniciado en el CNE, no se le había dado una respuesta.

Con la muerte de mi esposa, se inician las declaraciones para encontrar a asesinos y su familia inicia el proceso de declaración sucesoral ante el Seniat. Venezuela Igualitaria y yo continuábamos con el proceso ya iniciado ante el CNE de asentar el acta de nacimiento de mi hijo con sus dos madres, con la esperanza de que, en un mediano plazo, se pudiera garantizar también su

derecho sucesoral. El Estado venezolano, en una primera instancia en el Tribunal de Menores, sentencia negando el derecho del niño a la doble maternidad y por ende a heredar de su madre fallecida, quedando totalmente desprotegido. Ante esta situación la familia de mi esposa prosigue con la declaración sucesoral y haciendo uso de la reciente sentencia, desconocen el vínculo con mi hijo y se declaran únicos y universales herederos de la vivienda donde convivíamos mi hijo y yo y demás bienes.

A continuación se presentaron nuevas situaciones de confrontación, pues nunca reconocieron realmente la lucha, ni nuestro matrimonio, y al no existir una base jurídica en Venezuela se les facilitaban situaciones de maltrato, como tomar la decisión de darle a cada miembro de su familia una llave de mi casa, llegar de “visita” de forma inconsulta, llevarse recuerdos y pertenencias de nuestra casa hasta que al ser emitida la declaración sucesoral a su favor, vendieron nuestra vivienda y el auto, cobraron prestaciones, seguros entre otros.

Siendo para mí una situación difícil, continué una lucha social por la visualización de nuestro caso. Hubo muchos momentos de querer detener el mundo, pues estábamos en una total desprotección, por un lado emocionalmente triste por la pérdida afectiva y por otro recién dada a luz, con menos ingresos económicos, con una responsabilidad sobre la educación y crianza de mi

hijo y sobre todo con la preocupación ante las amenazas de la familia de mi esposa de quitarme a mi hijo, que luego trataron infructuosamente de materializar a través de una inquisición de maternidad y una acusación de robo, que me empujó al exilio en búsqueda de la protección jurídica que necesitaba y que encontré en Argentina.

Para diciembre de 2016 se emite la sentencia 1187 del TSJ que reconoce la doble maternidad y los derechos filiativos; el Seniat rectificó con base en la sentencia los derechos sucesorales de mi hijo, dándome un poco de paz, en parte por sentir que no ha sido en vano la lucha y con la expectativa de que el Estado venezolano pueda reconocer otrxs niñxs, así como el matrimonio igualitario. Pero la lucha continúa, pues mi hijo no ha usufructuado los bienes heredados por la venta apresurada por parte de sus abuelos, así mismo, hasta el momento, no se ha logrado el reconocimiento de otras familias homoparentales, ni se ha aprobado el matrimonio igualitario.

¿Por qué yo me tengo que esconder? ¡Yo soy Lorena, R. ya no existe!

LORENA DÍAZ
ASGDRE

¡Yo soy Lorena, R. ya no existe!

Cuando yo llegué a Divas de Venezuela me invitó un compañero, un vecino. Él me dijo: “Bueno te voy a llevar a un grupo de la diversidad, porque yo creo que tú eres marico”. Y bueno, yo le dije: “Sí, sí. Está bien”. No me insultó ni nada, porque yo me identificaba. Entonces: “Vamos tal día, para tal sitio, una academia que queda en Catia”. Nos vemos como a las cuatro de la tarde. Ahí conozco a Gabriela, una chama que es lesbiana, y mi amigo le dice: “Te encargo a fulanito de tal, te dejo para que tú le enseñes cómo es esa gente, este ambiente”. Yo estaba nerviosa. Cuando llegué a la academia de Rummie, aparte de Gabriela, una de las primeras personas que conocí ahí fue a Rummie Quintero porque fue en la academia de Rummie. Entonces, cuando llegué ahí Rummie me dice: “Tú vas a ser trans”. Y yo: “No... no, no... ¡yo no voy a ser trans!”. O sea, porque a mí me daba mucho miedo, cuando mi familia me viera en ese

cambio, o sea, yo no quería ser frívola, yo no quería ser así, no sé...

Entonces empecé a ir a charlas, me sentía en confianza, me sentía animada, me sentía muy identificada por este tipo de personas, con la gente, con los muchachos. Empecé a ir [...] un día para una marcha del Orgullo me dicen: “Vamos a maquillarte, vamos a ponerte así, vamos a...”. Me maquillaron, y yo me sentía súper cómoda, me sentía muy bien. Me di cuenta de lo que yo quería ser y me dije: “¡Esto es lo que soy!, ¡YO QUIERO SER MUJER!”. Fue desde entonces que me empecé a vestir, usaba falditas... me vestía con las cositas de mi hermana y mi mamá... Ella, Rummie, fue como la que me dio la fuerza en ese momento para yo vestirme... para yo sentirme yo... Es un tema que uno se vista, y salir a la calle. Yo salía escondida con mis tacones así..., mis falditas... Nos íbamos a Maracay... a otras partes. Y ahí fue que aprendí a ir así. Salía así para que agarrara confianza...

El tema del nombre... porque tenía que ponerme un nombre, o sea. Yo tenía el nombre mío ahí en la cédula... Y entonces me decían: “¡Tienes que ponerte un nombre! No te puedes llamar como en la cédula”. Yo en ese momento me llamaba como me llamaba... no me identificaba con un nombre femenino. Yo me quería poner Cristina, porque me gustaba Cristina, porque me identificaba mucho con ese nombre, entonces,

el compañero que me llevó me dijo: “¡No te pongas Cristina, ese es nombre de vieja! Ponte Cristi”. Y yo: “¡Ay, no. Cristi no!”. Entonces empecé. Yo estaba con la cosa: “¡Ay, no. Cristi no!”. Y me puse otro, porque me sentía así, como que... me sentía yo... Lorena: una mujer pura, sencilla, humilde. ¡Como yo! Y todo el mundo me empezaba a conocer como Lorena, todo era: Lorena, Lorena, Lorena. Y se me quedó.

Con la familia

Eso es un tema difícil, porque cuando me iba con Rummie, yo me llevaba mi ropa escondida... las metía en el bolso. Que si metía las medias... me llevaba ese poco de peroles en el bolso. Yo no le compartía nada a mi familia de mí... Yo me sentía cómo y me sentía ya Lorena, no me sentía R. Yo como tal, no me sentía R. Siempre me la pasaba con Rummie, Rummie, Rummie. Ella me incitó a descubrirme a mí misma. Ella me empujó a buscar mi persona, a encontrarme. Y llegó un momento en el que no podía ocultarse uno.

Yo sabía que mi familia era... y me daba miedo, porque veía que los familiares a las otras muchachas trans las maltrataban, las humillaban. Yo no quería pasar por eso. Por eso yo decidí irme de la casa. Sin que ellos supieran nada, decidí irme de la casa, y me fui antes de que se dieran cuenta que yo iba a ser trans. Tuve un tiempo que no sabían nada de mí. Un día se me acercó

mi hermano, me lo conseguí y le dije: “¡No le vayas a decir nada a nadie!”. Pensé que me iba a echar paja... y no, no, no... Gracias a dios, se quedó callado. Después conseguí a mi primo también, tampoco me echó paja.

Cuando yo tenía diecinueve años me metí a vivir con un señor que era un poco mayor que yo, él tenía cincuenta. Él fue quien me ayudó mucho a formarme más como mujer. Cuando ya tenía como un año y medio con él, mi hermana de quince años se vino a vivir conmigo aquí en la casa, pero ella ya estaba más consciente, más preparada, y más madura también. Porque por esa relación por medio de él fue que aprendí a madurar en todos los sentidos, y me sentía como necesitada de ayudar a personas, y mi hermana lo necesitaba. Yo tenía esa casa, y la tomé como si fuera mi hija. Después me llevé a mi hermana que es especial y, bueno, en el proceso, un día se apareció mi mamá, ellas querían traer a mi mamá a la casa. Entonces, yo le dije a mi mamá por teléfono, yo como a los veintiún años: “Mami, yo vivo con una persona aquí en la casa, con un hombre”; porque yo le menté a ella, y le decía que yo vivía alquilada en tal sitio. Me daba miedo, porque como ella sabía que era hombre y que el señor también era hombre y pensara que podía abusar de mis hermanas. A lo mejor lo iba a entender ella así. ¡Y no es así! ¡No era así! Y cuando me veo con mi mamá se quedó impresionada: “¡Qué haces tú así...!”; “Bueno mami...” “¡Te operaste...!” Y

yo: “No mami, no”. Y cuando ella conoció a mi pareja se quedó así como: “¿Por qué ese hombre tan viejo?!, o sea, ¿por qué tan viejo, por qué no te lo conseguiste más joven?” Entonces: “Porque me enamoré, y por medio de él aprendí muchas cosas, y estoy enseñando a mis hermanas a crecer”. Mi mamá lo tomó bien y empezamos a hacer ese lazo otra vez.

Salía de la casa bien vestida y con tremendo bolso. Tenía ropa vieja de cuando yo era hombre. Y agarraba esa ropa vieja y aquí en la plaza Diego Ibarra en Caracas, abajo había unos baños públicos de mujeres. Yo agarraba y me metía en el baño de las muchachas, me sacaba los papeles, me metía y me cambiaba, me vestía de hombre y las muchachas del baño me veían así como: “Esta marimacha”. Cuando iba para allá para donde mi familia, era porque yo no quería que ellos me trataran mal y me hicieran sentir mal, y tampoco quería perderlos. Yo quería ser yo, quería que me aceptaran, pero tenía que ser poquito a poco, poquito a poco. No podía llegar rápido y decir: “¡Hola, mira (me aparecía) soy yo, Lorena!”

Vengo un día y me voy a reunir con mi tío. Él es uno de esos hombres que es así arrecho que dice: “Los hombres tienen que ser hombres, y las mujeres tienen que ser mujeres”. Y mi tía a él le contó: “R. es esto, es no sé qué”, y mi tío me comentó a mí.

Mi abuela me vio una vez en la calle y se impresionó: “¡Qué es esto!”. Vine y yo le dije: “Está viendo a Lorena,

no a R.". Duré un tiempo sin ir ni a los cumpleaños, ni a las fiestas... me daba mucho miedo llegar así, y que a ellos les impactara mucho mi cambio. Pensaba: "Yo no iba a ceder a vestirme otra vez como hombre. ¡Yo no voy a ceder!". De la noche a la mañana me dije: "Por qué yo me tengo que esconder de la gente ¡POR QUÉ!". Y me voy para donde mi abuela así, hasta que se me quitó la cosa. Y hoy en día voy para allá como soy, Lorena.

¿Sabes cuál es mi mayor alegría? Que ellos me aceptan así como yo soy. Ya me llaman Lorena. Todos ellos me llaman: "Mira Lorena. Mira fulanita. Mira Lorena ven a acá. Mira chama". Yo no les reclamaba cuando me llamaban R. Yo estaba esperando que ellos se dieran cuenta de que están viendo es a una mujer como tal, pues, que ese nombre, R., no se identifica con esa persona. Casualmente ayer, estaba yo donde mi abuela, y ella me llama y me empezó a llamarme Lorena, y a mí se me aguaron los ojos: "¡Coño abuela!, por fin tú me llamas Lorena. ¡Por fin te das de cuenta!". "No, no, es que como todo el mundo te llama Lorena...", "¡No, no, abuela, lo que pasa es que te estás dando de cuenta, que ¡yo soy Lorena!, R. ya no existe! ¿Usted, ve a R. en alguna parte? Yo me llamo Lorena, y eso es lo que quiero que usted se dé cuenta, eso es lo que yo siento. Lo que tú ves por fuera, es lo que yo siento".

Con respecto a mi papá, él no me crio a mí, él se separó de mi mamá porque él le pegaba mucho. Yo no

me crie con mi papá, es como si no, aunque él viviera en la misma casa. Mi mamá me crio a mí. Él crio a mis hermanas, no me crio a mí. Después que se separan, tuve muchos años sin verlo. Un día resulta que mi papá estaba trabajando en Agua Salud, Caracas, en una pollera, en frente de una farmacia. Él era como el vigilante de ahí. Y mi tía me dice: “Mira, a tu papá, yo le conté que tú eras así”. Y yo le dije: “Si eres chismosa...”. Y yo estaba con que quería verlo. Yo lo imaginaba, como un hombre bello, así galán. Y yo quería que mi papá me viera, y me aceptara así, pero yo sabía que mi papá era cristiano. Un día, voy para su trabajo, le digo a las muchachas del trabajo: “Miren ya vengo”. Me escapo y me le aparezco, y salgo corriendo así en la entrada: “Papá bendición ¿cómo está?”. Yo me le aparto, no lo abrazo porque no sé cómo puede reaccionar. Y él con aquella impresión: “Si yo sé... Tú tía me dijo que tú eras así, y que esto”. “Mire papá, quería decirle que si algún día usted necesita algo de mí, yo lo voy a apoyar, pero también a usted lo necesito que me apoye a mí, que usted me entienda y me acepte también”. Y mi papá me dijo: “Yo no tengo ningún problema contigo, ni con nada de esto. Yo sé que tú eras así porque tú siempre has jugado con muñecas desde chiquita”... que no sé qué, y me dijo un poco de cosas, que iba a rezar mucho por mí porque él es cristiano, y que me cuidara mucho. Y yo lo abracé... Después con el tiempo él se fue acercando a nosotros. Y hasta que un

día me dijo que se quería ir a vivir con nosotros en la casa que compré, y yo le dije: “Bueno papá, si usted se quiere venir a vivir con nosotros para mi casa, venga”. Hoy en día, mi papá y yo somos los mejores amigos. Mi casa es una casa de barrio, él viene y me calienta una olla de agua cuando vengo en las tardes muy cansada, porque debo caminar mucho por el tema del transporte que no hay. Y él viene y se clava ahí, que le pasó esto, que le pasó lo otro, y no sé qué. Y es muy celoso conmigo, y que: “No te vayas a meter con ese tipo, ese tipo a ti no te conviene. Tú lo que necesitas es a un tipo que te saque adelante, que sea trabajador, que tenga chispa como tú”. Con mi hermana no es así.

Militancia

Yo tuve un tiempo que estuve militando con Rummie en Divas de Venezuela, como un año y medio. Después conocí a los muchachos de la ASGDRe. Estando uno con los otros, y nos encontrábamos. Después como que me perdí, como que me alejé.

Me motiva mucho luchar porque debo luchar por mis derechos, mi cambio de nombre. Cada vez que voy al banco, me pasa algo muy diferente que a las otras trans porque no se me nota, porque las identifican rápido y las rechazan. En mi caso, yo llego con mi cédula vieja y decía R., cuando me la saqué tenía como 11 o 12 años. Y cuando la entrego, el señor me dice: “No, no ese no eres

tú”. “¡Claro que soy yo!, si quieres me pones a firmar”. “No, pero puedes falsificar la firma”. Y armé tremendo lío. Otro tema en el banco fue cuando se me perdió la tarjeta. Yo llamé, y me dicen que necesitan al titular y yo les digo que yo soy, me dicen: “Usted es una mujer, necesitamos al titular de la cédula, sino, no...” Entonces, tuve que decirle a una amiga mía, que tiene la voz más ronca, y ella lo hizo.

Lo que me trae a la militancia, es eso, mi cambio de nombre, que yo quiero tener mis documentos con mis cosas, identificarme con mi nombre, como Lorena.

En el trabajo mi jefa me dice también que yo debo luchar por mis derechos, e incluso me dice que me va a acompañar a la marcha, y mis compañeros de trabajo también me dijeron: “Te vamos a apoyar”...

Fue difícil emocionalmente, fue difícil todo el proceso, porque llega un momento en el que te sientes sola, pero nunca me dieron ganas de cortarme las venas ni de lanzarme al metro, nada de eso. Yo siempre me sentí dura y sabía que podría, a pesar de todo... ¡Pa' que tú veas! Yo sentía que sí se podía. Hoy mis mayores logros son: que trabajo en una institución pública y todo el mundo sabe que yo soy trans y me respetan. ¡Los hombres a mí me dan mi besito en el cachete!, normal; me tratan como una dama. Mi familia me respeta, en mi familia a mí me llaman Lorena.

Sí, Víctor Manuel, definitivamente eres gay

VÍCTOR BRICEÑO
VENEZUELA IGUALITARIA

Mi nombre es Víctor Briceño, tengo 24 años, soy oriundo de Maracay, estado Aragua, activista de Venezuela Igualitaria. Empezaré aclarando que mi proceso de aceptarme y de luego convertirme en activista por los derechos de las personas LGBTI estuvo marcado por el hecho de pertenecer a una familia muy abierta en muchos sentidos. Conviví desde pequeño con personas de ideas muy diferentes, tanto en lo religioso como en lo político. Personas que de alguna manera respetaban las diferencias, aunque eso no impidió el típico “todo marico ajeno es bonito”.

Recuerdo que mi curiosidad sexual se intensificó cuando logré que me compraran mi primer teléfono con pantalla a color en el 2005, tenía doce. Con él podía buscar imágenes cuando aún no estaban de moda los “megas” ni las aplicaciones. Recuerdo que, siguiendo la corriente de lo que uno aprende como niño, busqué imágenes heterosexuales. Pero más adelante me fui quedando con los hombres de esas páginas. Mucho

tardé en poder escribir en ese aparato la palabra gay. Ahora que recuerdo eso, observo lo imponente que es nuestra cultura para censurar hasta la intimidad de un púber. Creo que alguna vez me encontraron fotografías de hombres desnudos y obviamente dije que era por curiosidad. ¡Qué sencillo es ser niño!

Más adelante indagué mucho sobre qué era ser gay, pero, aún sabiendo que me producía deseo, aún teniendo cierta apertura de mi familia sobre el tema, no me atrevía a enunciar la oración “soy gay”. No me producía terror, sino que no era una verdadera posibilidad para mí. Creo que se debe a que nunca me consideré tan distinto a los demás. No sufrí lo que muchos sufren cuando su sexualidad se encuentra en tela de juicio. Me sentía seguro y no quería perder eso.

Después pasaron los años del colegio en esa especie de negación en la que no me preocupaba realmente, pues seguía excitándome con la idea de los chicos y hombres, pero no me enamoraba de alguno en la realidad. Creo que mi forma de ser es un poco tardía en ese aspecto, y las personas que me gustaban eran generalmente mayores o estaban fuera de mi alcance.

Un evento que cambió esa tranquilidad fue una vez que, de nuevo, me encontraron fotos de hombres en mi teléfono. Con dieciséis años, ya no podía decir que era simple curiosidad. Ya algunas cosas me habían hecho entender que ser gay era algo que no era nada bueno. Esta

vez, verme descubierto me causó un terror tal que llegué a dudar de que eso realmente me estuviera pasando. Recuerdo muy bien esos momentos porque luego mi madre, en vez de insultarme, me dijo: “La normalidad no existe; nadie es normal”. Luego me dijo: “Si me dices que eres gay o que te quieres poner una peluca, yo te voy a querer igual”. Realmente fue muy hermoso para mí escuchar esas palabras de la persona a la que más quería, pero todavía no tenía la seguridad para afirmárselo, así que salí con la segunda vieja confiable: “Es solo una fase, una exploración; pero en realidad me gustan las mujeres”. #SíClaro.

De allí en adelante, las palabras de mi madre no dejaron de sonar en mi mente, “la normalidad no existe”. Pero eso no hizo que me asumiera del todo. Aún tenía dudas sobre si debía considerarme heterosexual flexible, heterocurioso, bisexual, etc. Cualquier cosa que dijese que era hétero pero que incluyera la diversidad en mí.

No fue sino hasta el año 2010, luego de tanto escuchar a Lady Gaga con su *Born This Way* y a Katy Perry con su *I Kissed A Girl*, que entendí que no podía ser tan malo asumir que en realidad sí era distinto, que era gay. De hecho, llegué a imponerme un ultimátum: si no me llegaba a excitar de alguna forma con una chica en esos últimos meses de 5.º año, iba a aceptar que era total y rotundamente gay. Y ¡bueno!, pasó el tiempo y aún ningún cambio ocurría, así que me dije

a mi mismo un día de regreso del colegio: “Sí, Víctor Manuel, definitivamente eres gay”.

Después de ese momento empezaron algunas dudas sobre lo que eso significaba en mi vida y cuáles eran las “consecuencias de ser gay”. Como nunca me gustaron las discos, ni las fiestas, ni la gente muy “contra-sistema” o muy *queer*, no tenía amigos gays ni creía poder tenerlos jamás, porque no me sentía parte del estereotipo que formaban los guetos gays venezolanos. Entonces sí, era casi un hecho que mi vida iba a ser un poco triste.

Ser gay (en mi mente) significaba soledad, ocultamiento, no tener amigos verdaderos, no tener mucha libertad. Ya yo había superado la idea de tener una doble vida: la opción “más fácil” era algo que yo sabía que no podía hacer, significaba mucho sufrimiento para otra persona que no tenía la “culpa” de nada. Sin embargo, ser gay seguía significando todas las anteriores cosas negativas, además del “componente infeccioso”, es decir, de la asumida idea de que ser gay es *per se* un factor de riesgo a la salud, por diversas razones harto conocidas y explotadas por los medios homofóbicos y por fanáticos religiosos.

Por todo eso, decidí que si mi vida iba a ser limitada socialmente, no podía permitir que eso ocurriera también en mi intimidad, en mi familia. Debía empezar por quién hasta entonces había sido mi mejor amiga: mi mamá.

Ésta fue la parte más difícil pero que me ayudó a crecer más. Buscar la valentía para plantarme y decir: “Mamá, soy gay”. Era vital para mí. Algunas personas no consideran lo importante que es esto. Para mí tenía que ver con ser sincero ante las personas que más quería, pero también significaba sentirme bien ante mí mismo, sentir que tenía el valor de mostrarme y defender quien era. Y esta búsqueda me llevó a la mayor fuente de coraje que puede existir: Youtube (del 2010).

Youtube fue para mí mi primer mentor, mi primer maestro sobre sexo-diversidad y de vida digna. Buscando historias de salir del clóset encontré un mundo (literalmente) lleno de personas que eran abiertamente gays, lesbianas, trans, bisexuales, etc., y que tenían la valentía de salir todos los días a la calle, no a gritarlo sino a vivirlo: vivir su sexualidad, defender su diferencia, exigir respeto. En Canadá, los Estados Unidos, España, Inglaterra y otros países vivían estas personas que se parecían mucho más a lo que deseaba ser que al estereotipo del gay “peluquero-allocado-sin personalidad-desesperado-de gueto” que mostraban ciertos programas “humorísticos” de la televisión venezolana y otras basuras mediáticas. Me vi conmovido por todas estas personas, quienes se convirtieron en mis héroes y me enseñaron tanto sobre la vida, me mostraron cómo era ser gay y ser feliz, cómo era vivir sin mentiras, sin miedos infundados. Personas que luchaban

por mostrar que nuestra vida, sea cual sea, merece ser vivida a plenitud.

Allí encontré la fuerza para una noche darle una carta a mi madre –en inglés, decirlo en español resultaba más difícil – en la que le decía que era gay.

Yo pensaba que aquello de “la normalidad no existe” iba a prevalecer, pero no fue así. Las madres siempre saben quiénes son sus hijos pero no siempre están preparadas para la confirmación. Un año y medio después de ese evento, tuvimos nuestra primera verdadera conversación al respecto: quería ser activista. Por qué, fue su pregunta...

Pues todo ese tiempo viendo tantos videos de tantas vidas me hizo comprender que la mayoría de los mensajes que recibimos de los medios masivos y de la cultura en general nos hacen creer que nuestra vida como LGBTI vale menos, que debemos conformarnos con ocultar nuestra forma de ser. Y una vez que me di cuenta que eso era una gran mentira, que formaba parte de un gran complot impersonal para oprimirnos, ya no pude imaginar un futuro que no fuera en libertad y felicidad. Y sabía que para esto tenía que luchar.

Así empecé a buscar grupos LGBTI en Venezuela: debía existir alguien cercano a quien seguir. Pero el resultado fue decepcionante. Sí, existían grupos, mas estos no tenían esa visión tan amplia que buscaba.

Por otro lado, algo empezó a molestarme: no conocía a nadie que fuera plenamente libre en cuanto a su sexualidad. En mis primeras exploraciones afectivo- amorosas (casi todas ocurridas en la virtualidad del *pin* del Blackberry o de algunas aplicaciones a las cuales me atreví a asomarme), observé que los demás “chamos” y hombres gays estaban en el clóset, o eran discriminadores con las plumas o eran, simplemente, el estereotipo “de ambiente”. En otra palabra: endohomofóbicos. Encontré demasiada ignorancia. Eso, más que decepcionarme, me hizo ver que jamás podía ser feliz con alguien que no fuese libre, más libre que yo. Entonces fui entendiendo que el camino era cada vez más claro: luchar. Luchar por mí, por tantas personas oprimidas y cubiertas en la ignorancia, por el amor de mi vida que debía libertar.

Entonces ya había entrado a la universidad (UPEL- Maracay). Justamente la carrera de educación fue el camino elegido y no fue fortuito. Yo quería ser para otros lo que fueron los *youtubers* para mí: un ejemplo a seguir, una muestra de que se puede ser gay y está bien socializarlo, mostrarlo, vivirlo en todos los lugares sin miedo ni vergüenza.

Allí fue mi primera misión y me di cuenta que, gracias a mucha gente que nos precedió en esta lucha, el camino se hizo bastante fácil. Ya habían hecho efecto tantos artistas saliendo del clóset, tantas personas públicas con pensamiento proigualdad, tantas canciones

que defendían “ser uno mismo”. Resuelto a no ocultarme, jamás recibí un gesto de discriminación. En cambio, ser gay y ser “abierto” para los demás marcó un precedente en el ambiente en el que me desenvolvía. Para mi sorpresa, la gente no lo creía al principio y luego fue muy natural ya. Hasta ese momento, mi “lucha” había sido pequeña y solitaria.

A Venezuela Igualitaria la encontré más tarde, gracias a un trabajo de investigación que me asignaron a principios del año 2013. Debía hacer un ensayo sobre un tema polémico. ¿Qué mejor opción para mí que tomar la bandera por el matrimonio entre personas del mismo sexo en Venezuela? Ese trabajo me llevó a investigar de nuevo sobre grupos, movimientos y eventos que tuvieran que ver con el tema LGBTI, y me sorprendí al encontrar la campaña Estoy a favor del matrimonio igualitario en Venezuela. Era una página de Facebook que no tenía mucho tiempo pero que ya contaba con miles de seguidores. Sentí alegría de saber que no eran pocos los que veían más allá de la “tolerancia hacia los gays”. Confieso que aún con toda la seguridad que había ganado, hasta ese momento no me atreví a darle “me gusta”. Busqué al que dirigía la campaña y le escribí, arguyendo que quería saber sobre derechos humanos. Concerté una entrevista y así fue que conocí a Giovanni Piermattei y a Hanays Montaner, mis padres de activismo.

Recuerdo que temblaba de nervios por la expectativa de adentrarme en un mundo al que tanto quería pertenecer desde hacía tiempo. Fue una gran emoción. Esa primera entrevista me hizo ver que era lo que realmente quería ser: quería ser activista, un agente de cambio para la sociedad, lograr que todxs lxs venezolanxs se sintieran dignxs de su libertad, de sus cuerpos, de su felicidad.

Ahí empezó para mí la aventura, nuestra “campana admirable” por el matrimonio igualitario, por educar a las demás personas, por educarnos a nosotrxs mismos. Eso precisamente me gustó de este nuevo movimiento: declaraba su ignorancia y buscaba el saber, para luego propagarlo a través de la formación. Así viajamos por toda Venezuela, asistimos a talleres educativos, hicimos conversatorios formativos, buscamos firmas y más firmas.

Al inicio mis incursiones fueron algo tímidas. Ahora que lo veo, quizá se debía a mi inexperiencia y también a la ignorancia, entonces, de lo que significaba para la mayoría de las personas ser LGBTI en Venezuela. Con el activismo vi la cara más cruel de nuestra sociedad, la que acosa a niños desde muy pequeños, la que insulta en la calle, la que quema adolescentes por ser maricos, la que amenaza con matar a palos a unas parejas de enamorados que se están casando simbólicamente en

una playa de Choroní, la que maldice a sus hijxs por ser “el diablo”, la que viola para corregir la diferencia.

También esta lucha me hizo ver la otra cara oculta: la de miles de personas que, como nosotrxs, sueñan una Venezuela igualitaria. Personas de todos los estados del país, de todas las profesiones y oficios, de todas las edades, de todos los sexos, géneros y orientaciones sexuales, comprometidas con el ser humano, con la felicidad, con el amor, con las familias. Pude constatar que somos más, pero nos creemos menos. No hablo de LGBTI sino de personas de todas las letras que entran dentro de la sexo-diversidad, de todas las posturas políticas, de todas las religiones, de todos los movimientos sociales. Algunos lo hacen desde su ignorancia, otros buscan formarse para luchar, pero todxs creemos que las personas merecemos vivir sin violencia por razones de sexo, orientación sexual, identidad o expresión de género.

Todo eso me hizo entender cuán privilegiado había sido por haber crecido rodeado de tanta seguridad y aceptación, que mi decisión de ser activista no era solo una meta personal sino una obligación ética: los que hemos tenido el privilegio de zafarnos de la ignorancia tenemos la obligación de abrir los ojos a los demás, de defender la diferencia, de exigir la igualdad ante la ley, de recordar a nuestrxs muertxs, de apoyar a nuestrxs heridxs, de brindar buen ejemplo a nuestrxs chamitxs confundidxs por tantos mensajes de odio, de guiar a

nuestras familias que tampoco saben qué hacer; de luchar por un futuro distinto en el que nadie sienta vergüenza ni miedo de ser quien es y amar a quien ama... No hay vuelta atrás ni otro camino que ser libres, JUNTXS.

Fragmentos de una carta a mi padre, el militante

ARMANDO RODRÍGUEZ
ASGDRe

Desde el año 2009 milito en la ASGDRe, con la perspectiva de aportar a todos los frentes de lucha, incluyendo a uno que me compromete en lo más hondo, pues abarca las opresiones que se me revelaron crueles desde la infancia y que me atacaban directamente: me refiero a la discriminación por expresión e identidad de género y por orientación sexual. Fue el primer dispositivo político que aprendí a diferenciar de lo normalizado y naturalizado en nuestra cultura, por sufrirlo en carne propia desde temprana edad. Un año antes de formar parte de la ASGDRe, escribí una carta a mi padre que fungió como bautizo político y como posible catalizador de un cambio de las relaciones dentro de mi familia; aunque los resultados no fueron los esperados, creo que puede servir de ejemplo a cualquier lector de lo que tenemos que afrontar, en el plano de las ideas y las emociones, las personas sexo-género-diversas cuando hacemos política incluso dentro de nuestras casas. Por eso, la expongo a la luz pública.

Caracas, 2 de junio 2008

El silencio:

Nunca me has preguntado directamente sobre mi vida emocional y afectiva. La única vez, según recuerdo, que la mencionaste fue para decir que respetabas mi silencio; que era un espacio de libertad y que ese silencio era mi decisión. Cuando te escuché decir eso me repetí lo que me digo cuando se me impone ese silencio: [...] Cualquiera de ustedes podrían decir por mí lo que es negado (desde un lugar sin prejuicios, descarnado y limpio, donde lo más importante sea la integridad del otro). Cualquiera de ustedes podría preguntar, sin tonos de juicio ni de amenaza, por lo que yo guardo en silencio. Pero esto no ha ocurrido, porque se prefiere la comodidad fácil que otorga la jerarquía atávica que nos convierte en padre, madre, hijo e hija. Esta jerarquía, que te coloca como padre en un lugar privilegiado, nos impide hablar como iguales, nos separa y nos oprime a los dos; pero sobre todo a mí.

Igualdad:

Bajo esta falta de igualdad, bajo la sombra del silencio, se ha cultivado una afectividad familiar plagada de tensiones... hasta el punto de ver el amor que siento por ustedes como un peso muerto que me impide desarrollar plenamente mi libertad. Decidido a romper con eso,

escribo este texto que ahora estás leyendo. Ojala sea una brecha por donde podamos construir un nuevo horizonte político al interior de nuestra familia.

Solidaridad:

No te imaginas lo doloroso que ha sido para mí el ejercicio de mi vida afectiva, más allá de ustedes. Por eso te pido, primero que nada, que seas solidario conmigo y no conviertas una posible discusión esclarecedora y liberadora en un conflicto visceral y violento que complique aún más la situación.

Te hago un llamado, como camarada, a la solidaridad. No creo que lo que te estoy comunicando cree entre nosotros contradicciones antagónicas; así que, si hay algo que discutir, hagámoslo con disciplina militante: sin dañar a las personas que nos rodean y sin hacernos daño entre nosotros.

Conciencia política:

Yo entendí que el ser humano no es en esencia nada, sino lo que se forja en su devenir histórico; que el afecto entre dos personas no tiene que estar mediado por una norma que el capitalismo ha preservado solo porque sirve a sus intereses, y que el límite de la expresión libre del afecto solo tiene que ser el de no explotar ni subyugar a otra persona.

Al argumento de que no es natural respondo que toda la sexualidad humana es una construcción que cambia y se desarrolla en su devenir en la historia. Los animales no sienten amor, solo los seres humanos en sociedad han creado tal cosa.

Al argumento de que es una enfermedad respondo que soy feliz como soy, que no jodo ni exploto a nadie y el hecho en sí de amar a una persona del mismo sexo, en la actualidad, no es tratado clínicamente.

Al argumento de que es un vicio de la vida burguesa respondo: el sistema capitalista es el que más jode y explota a las personas que nos salimos del modelo de familia burguesa (con esto me refiero a las madres solteras, a las abuelas que crían a los nietos, a los hijos sin padres y también a personas del mismo sexo que se aman y deciden convivir)...

Con esta carta no te estoy pidiendo una validación de mis ideas y de mis decisiones, estoy a la altura de mi vida (ni más ni menos); solo quiero cerrar una herida que, de seguir abierta, nos convertirá en dos extraños.

Jamás me sentí identificado con dicho término: mujer

SEBASTIÁN ELOY ROJAS FERNÁNDEZ

COLECTIVA TRANSGRESORES

Soy bachiller, vivo en el estado Vargas, soy militante revolucionario y mi desenvolvimiento social ha sido de una forma muy natural. No he tenido problemas de aceptación familiar ni social. Los únicos problemas con los que me he tenido que ver han sido los inconvenientes legales para acceder a los distintos beneficios que legalmente le corresponden a un ciudadano común, dada la falta de conocimientos de los organismos y entes públicos. Sin embargo, he tenido la oportunidad de hacer militancia desde cada rincón, donde me incorporo a la lucha social, de manera de orientar a la gente, y explicar con la formación acerca del tema, y así ir ampliando el conocimiento acerca de la transexualidad a manera de naturalizar la diversidad sexual en distintos ámbitos.

En realidad mi proceso de autoaceptación no fue mayor cosa, simplemente siempre me sentí atraído por las mujeres, y aunque la sociedad me definía y/o percibía y denominaban como lesbiana, jamás me sentí identificado

con dicho término; de hecho, muy pocas veces me definí como tal cuando me preguntaban si lo era. Me negaba a asumir dicha posición al no sentirme identificado con ese término (lesbiana). Así mismo inicié mis relaciones sentimentales, sin problema alguno.

Con respecto a mi identidad de género, mi conducta y/o comportamiento siempre fue muy similar desde “niña”. Fue muy masculino, y aunque me “decían, orientaban y guiaban” (la sociedad, en casa, etc.) a que fuera una niña, una mujer, siempre predominó mi expresión masculinizada. Hasta el momento en que decidí ir un paso más desde mi expresión masculina hasta mi cambio físico (transexual).

Mi bandera es la de la integración plena en la sociedad con igualdad y equidad de derechos y “deberes”, y en mi caso en particular de los hombres trans. Asumí esta bandera de lucha en el momento en el que me inicié fuera de un marco legal donde pudiera acceder de forma administrativa, netamente, a cambiar mi nombre, aunque haya leyes muy explícitas que lo avalen. La transfobia llevada por el machismo y el patriarcado, junto a nuestros principales voceros políticos legisladores –en su mayoría por ignorancia, desconocimiento y falta de ganas de aprender sobre el tema–, nos ha llevado a marginarnos como población en el territorio.

La falta de voluntad de algunos de nuestros voceros lejos de reivindicar los procesos en atraso que han surgido desde la revolución, con el reconocimiento de nuestra población por parte del comandante eterno (Hugo Chávez), han hecho que se pierda la voluntad de nuestro pueblo a asumir esta lucha y han alejado a nuestra población de los espacios políticos que serían para la creación de nuestro marco jurídico de apoyo. Creo que en el momento en que entendamos que la heterosexualidad no es más que una imposición social y una herramienta para que se reproduzca el sistema capitalista, machista y patriarcal a través de la heteronorma nos estaremos deslastrando de grandes velos que nos ponemos para hacer más inhumanos a los ciudadanos de nuestro país, alejándolos del camino ideal del socialismo.

Un clóset, dos salidas

RICHELLE BRICEÑO

VENEZUELA IGUALITARIA

Iniciar un acto de reflexión en retrospectiva, a modo de historia de vida, no siempre es tan sencillo como cualquiera pudiera imaginar. Es un proceso complicado, lleva su tiempo y en ocasiones puede generar cierto dolor en el alma. Sin embargo, esta tarde, luego de pensar qué podía plasmar en estas líneas, he decidido hacerlo con toda libertad y revelarme como venimos los seres humanos cuando nacemos, al desnudo.

Provengo de una familia sumamente religiosa, de valores católico-cristianos, además de culturalmente machistas y heteronormados, un diálogo sobre homosexualidad o transexualidad jamás lo escuché en casa durante mi infancia. Los diálogos transitaban entre la iglesia, la familia, la escuela, la moral cristiana, los deberes del hombre y los roles de la mujer...

Obviamente que toda acción que estuviera al margen de ese imaginario colectivo familiar era inmediatamente reprimida con violencia psicológica, verbal e incluso física. Por ello, durante mi infancia y hasta mi juventud

hui de la posibilidad de encarar un mundo distinto al que mi familia siempre había concebido como normal.

Recuerdo una ocasión en mi infancia donde ya sintiéndome atraída por la feminidad, atrayéndome actos propios de una mujer, decidí sacar mis cejas en lo oculto de la ducha para emular lo que mis primas hacían, pero, como cualquier principiante, en aquella oportunidad lo hice mal, muy mal. Tomé una afeitadora y tratando de darle forma a mis cejas al mejor estilo femenino, calculé mal y terminé quitando cerca de la mitad de mis cejas. El escándalo fue de plana mayor. Recibí “castigos ejemplares” que prefiero no describir.

Ya desde temprana edad sentí plena atracción por incluir en mi vida la feminidad, pero obvio que no era tan sencillo: temía a las reprimendas familiares. Bloquéé para ese momento, y por muchos años, cualquier manifestación visible de expresar un género distinto al que socialmente se impone según el sexo biológico con el cual se nace, pero no oculto que muchas veces usé prendas femeninas y maquillaje de mis primas sin que alguien pudiera llegar a notarlo, todo en la más absoluta clandestinidad durante mi infancia.

Pero no todo termina allí. No era solo sentirme diferente en cuanto a mi género, sino también en mi sexualidad, porque afrontaba lo inimaginable para ese momento: gusto hacia personas de mi mismo sexo. Recuerdo que sentía atracción desenfrenada por el chico

mayor de mi clase, justo en 5.º grado, una atracción que no estaba permitida. Era algo malo manejar a tan corta edad el concepto de “pecado”, pues así lo había aprendido de mi religiosa familia.

Pero ese cúmulo de emociones no las pude bloquear con la facilidad con la que, en su momento, bloqueé mi deseo de ser mujer. A medida que iba creciendo y que las hormonas propias de la edad hacían estragos en mi ser, se fortalecía el sentimiento de atracción hacia personas de mi mismo sexo. Hasta que llegó el momento de dejarme llevar y, paradójicamente, con lo más sagrado que mi familia hubiera podido concebir: un sacerdote.

¡Sí! A mis quince años ingresé a un seminario religioso, no por estar huyendo de mi realidad, sino porque tenía convencimiento de que ese era el camino adecuado... Hoy considero que fue el camino adecuado para vivir mi primera experiencia con una persona de igual sexo, mayor que yo por mucho. Fue sin duda el inicio de mi descubrimiento. Casi siete años, muy difíciles. Pensaba que Dios me daría la fortaleza para superar mi “debilidad”, mi “pecado”, cuando experimentaba la tentación. Entonces la tortura psicológica que me autoimponía era de las más dolorosas que cualquier humano puede soportar.

Sin embargo, ya en mi temprana juventud, con veintiún años decido abandonar el seminario. Mi familia quedó perpleja, mis amistades más cercanas y quienes

apostaron por un sacerdocio feliz se preguntaban qué pudo haberme sucedido para tomar una decisión tan desventurada. Lo que sucedió fue que no soporté llevar una vida de doble moral. Me dije: “No puedo predicar lo que no vivo, no puedo ser sacerdote y gay a la vez. No sirvo para engañar de ese modo”... Fue mi primera experiencia de aceptación como homosexual, como gay, como “marico”.

Pero, ¿a quién se lo cuento? ¿Con quién hablo? Mandé entonces llamar a mi hermano mayor, con quien durante toda mi vida sentí mucha confianza, y en un diálogo entre lágrimas le dije el motivo fundamental porque dejaba el seminario, el miedo que afrontaba de asumirlo y la infelicidad de mi existencia. Sus palabras para mí fueron: “Eres mi hermano, te amo tal cual eres, para hacer el bien a las demás personas no hace falta que estés en una iglesia, siempre te apoyaré”. Me abrazó tan fuerte que experimenté la certeza de no ser algo raro y extraño. ¡La confianza volvió a mí!

Vuelvo a casa, después de casi siete largos años, pero ahora con mi secreto solo confiado a mi hermano. Aun así me seguía sintiendo dentro del clóset, faltaba lo más importante, decirle a mi mamá. Mi padre no contaba porque estaban separados y nuestra relación con él era casi nula, así que mi familia es matricentrada. Todo giraba en torno a nuestra madre culturalmente machista y heteronormada, de carácter muy fuerte, pero

de un amor insuperable por sus hijos y por quienes no lo son. La pregunta que más rondaba en mi cabeza era cómo decírselo. Recuerdo una noche que llegué con unas copas de más a la casa. Ella estaba en su cuarto y sintió cuando pasé a mi habitación, entonces se levantó, me preguntó por qué estaba tomando y me puse a llorar. Solo quería decirle la verdad, pero no me atrevía. Aquella noche no fue el día de la gran verdad.

Aquel día no, pero pronto llegaría el momento de la verdad, de la definitiva salida del clóset por vez primera. Justo cuando contaba los veintidós años, mi hermano propició la circunstancia para que mi mamá se enterara de lo ineludible: su hijo era homosexual, era gay. Fue una noche muy dura. Mi mamá no dejaba de culparse, llorar y preguntarse qué había hecho mal. Le respondía que no era su culpa, nadie es culpable, yo era así y punto, no había mayores explicaciones. Recuerdo que esa noche le dije que podía irme de casa, pero ella me dijo que no era necesario, que me amaba y ese era mi hogar. Después de un beso solo me dijo: “Lo único que te pido es que no cambies”. Yo era reflejo de lo que era conductualmente el estereotipo propio de la masculinidad. Su petición reflejaba el miedo a la transexualidad que desde la infancia bloqueé gracias a los castigos “ejemplares”.

Aquel momento fue para mí un gran despojo, me quitó una tonelada de culpa de mis hombros. Ya no había necesidad de ocultarme ante el ser humano que

más he amado en mi vida: mi madre. El aire de libertad que experimenté se queda corto para poder describirlo con palabras. Fue el primer gran paso en mi historia de no tener que ocultarme frente a nadie, de no tener que disimular frente a mi familia lo que era. Sencillamente esa dicha de ser tal cual eres, sin máscaras ni mentiras no es cuantificable. Solo quienes hemos experimentado esa sensación sabemos a qué nos referimos.

Así pasaron unos cuantos años, de monotonía quizás, descubriendo el mundo que las personas llamaban “de ambiente”, explorando, conociendo, viviendo, quemando etapas, estableciendo relaciones, algunas duraderas, otras efímeras. Hasta que se produjo un punto de quiebre en mi vida. Realmente no era feliz, no me sentía feliz, no estaba donde realmente deseaba, sentía inconformidad con mi ser y todo lo que representaba. Algo no andaba bien, un mar de preguntas me generaban confusión, aún cuando ya había realizado mi proceso de autoaceptación y que no había nada que ocultar, algo desencajaba en mi existencia.

Fue entonces cuando empecé a desbloquear aquellos sentimientos de mi infancia hacia la expresión de género distinto al que me habían impuesto toda la vida. Y descubrí entonces, luego de ciertas experiencias y reflexiones personales que no era un chico, que jamás lo fui. Siempre me sentí mujer, siempre fui mujer. Entonces se presentaba un nuevo panorama frente a mi vida,

decidir ser infeliz como un chico gay, o vivir feliz como una mujer transexual. La primera opción era la más cómoda y seguramente la más infeliz para mi existencia, la segunda e irremediable opción suponía para mí la plena realización de mi ser conforme a lo que verdaderamente eran mis sentimientos, pero representaría la opción más dura que un ser humano puede afrontar. Porque como gay podía fácilmente ocultarme o negarlo si quería, pero como mujer trans era innegable e inocultable.

Sabía el costo de una decisión coherente con mis sentimientos y aun así me sentí con la valentía de asumirlo, sentía la fortaleza interna para alcanzar y darle estructura a lo que realmente era y deconstruir todo lo que culturalmente se me había impuesto. Estaba tan decidida a iniciar mi transición que no había vuelta a “la nada”. Porque no ser coherente con mi deseo de ser mujer, hubiera sido semejante a reducirme a eso, sumergirme en “la nada”. Pero entonces surgía el principal problema de esta decisión: la familia. Porque gay sí, pero afeminado, con tacones, faldas, y cabello largo jamás. Y aun así desafié a todo mi entorno con mi decisión. Salí por segunda vez del clóset, pero esta vez por la puerta correcta.

Recuerdo que senté a mi mamá en una de las camas de la habitación para tratar de explicarle lo que me estaba sucediendo, lo que se movía dentro de mí, pero evidentemente ella no lo aceptó. Me dijo: “Eso solo es

un capricho tuyo, se te va a pasar”. Cuando escuché esas palabras pensé que no podría hacerle entender a mi mamá ni a mi familia algo que ellos por el momento no comprendían y que todo tendría su tiempo para la aceptación, porque iniciábamos una doble transición, la mía y la de ellos. Mi mamá jamás me echó fuera de casa. Por el contrario, me incitó a quedarme, pero yo en mi madurez comprendía que no podía infligirle tanto dolor a mi mamá de verme todos los días cambiar, ver como el niño que salió de su vientre ya no existiría jamás. Por eso me fui de mi hogar, por decisión propia, una decisión que me partió el alma en mil pedazos, pero una acción necesaria. Busqué orientación y me coloqué en manos de una estupenda endocrinóloga para iniciar mi transición.

Ser una persona transexual o transgénero tiene un costo elevado, pierdes mucho. Aún cuando mi mamá no me corrió de casa, no lo aceptaba. Y llegó a decir que yo “estaba muerto para ella”. Hoy analizo sus palabras y coincido con ella, aquel ser que ella dio a luz definitivamente murió. En su lugar nació un ser totalmente feliz. Pero esas son palabras de luto, el tiempo se encargaría de cerrar esas heridas, nuestras heridas. Asumirte de este modo hace que pierdas familiares, amigxs, conocidxs. Porque tu decisión es el mayor insulto cultural que puedes hacerle a la heteronorma y a la masculinidad. Renuncias al privilegio social que te da culturalmente ser hombre para ubicarte en el

“escalafón inferior” de ser y vivir como mujer, sin duda es un insulto.

Sin embargo, así como pierdes personas, llegan otras que te aceptan tal cual cómo eres y al cabo de un tiempo muchxs de los que en un momento determinado decidieron irse, vuelven a ti valorando tu esencia y tu existencia más allá de la simple genitalidad con la que has nacido. Así volvió mi mamá y mi hermano mayor, de quienes nunca dudé del amor que me tenían, solo era cuestión de tiempo y de conocimiento de mi decisión. Así después de tres años como toda una mujer, plenamente realizada, volví a casa, aceptada y amada por mis seres queridos. No fue un camino fácil, es arduo saber que te encuentras sola batallando con toda la sociedad, más aun cuando no hay un sistema legal capaz de reconocer ni siquiera tu identidad, pero no cualquier identidad, sino aquella que es coherente con tu existencia.

Ser una mujer trans profesional, gracias a que pude realizar mis estudios tanto en Filosofía como en Derecho, me estimula a alzar mi voz por quienes no pueden siquiera hacer un gesto con sus rostros o sus manos. Tengo como principio denunciar con vehemencia, pero con paciencia y dulzura, lo que considero injusto; la diplomacia siempre ha ganado más que la guerra y mientras se pueda evitar, es la decisión más inteligente. Lucho y lucharé por un mundo mejor para mi comunidad porque con ella me identifico. En especial la comunidad

trans en Venezuela, que es la más vulnerada en sus derechos y en oportunidades para surgir y demostrar que son tan capaces como cualquier otrx ciudadanx. El trabajo debe ser paciente, parafraseando a Piaget: “Si quieres cambiar la conducta de los individuos debes cambiar su pensamiento”. Es allí donde cada persona debe hacer su trabajo y a donde lxs activistas estamos llamadx.

Educar es la mejor manera de forjar caminos sólidos hacia el respeto, la reciprocidad, la solidaridad y el amor propio. No debería ser traumático para hijxs, padres y madres la salida del clóset. Si hay educación y conocimiento solo cabe la aceptación y el respeto, no los traumas. Yo salí dos veces del clóset, pero por puertas distintas. La segunda, sin duda alguna, fue la acertada.

Para mí el travestismo es una herramienta de lucha y sinónimo de victoria

EDUARDO CORREA
ASGDRE

Me parece que los que hablamos aquí somos todos una cuerda de privilegiados...

...

Yo siempre había tenido esa energía de que me gustaba lo diferente. Es más que ser homosexual, lo que me pasa es que a mí me gusta lo distinto. A mí no me gusta lo normado. Yo estoy convencido que mi problema es con el protocolo ortodoxo, con la convencionalidad... A mí eso históricamente, esa disciplina ciega me hace ruido. Es todo lo que no es Eduardo Correa, lo que no es el Tucu, lo que no es Amala Copa, es decir, todo lo que no soy.

...

Yo que nací en Tucupita, en el estado Delta Amacuro, allá donde el aire se devuelve, allá en donde en Venezuela el aire se regresa. Siempre tuve como la culpa, la dura... Para mí siempre fue un compromiso salir con chicas, tener novia. Era un compromiso del pueblo, de la

provincia. ¡Era un compromiso con existir! Si no hacías lo que el día a día, la cotidianidad, lo que la lógica del lugar exigía, no, no existías. “¡No puedes! No eras viable”.

Mi mamá ha sido una asidua defensora de la heteronormatividad binaria, una caraja casada con el binarismo de género. Por encima de sus hijos está “Dios todo poderoso padre de los ejércitos”. Qué bueno..., tiene toda una connotación machista, velada, que bueno... para la tipa, ser marico es como no existir, pues.

Me vine a estudiar a Caracas, en la Universidad Central de Venezuela (UCV), entré en Antropología. Mi mamá acompañó todo este proceso de mudar el problema de sitio geográfico, su problema. Su problema era nunca tener la posibilidad de reconocer, respetar, conocer a esta otra realidad que era su hijo, que es Eduardo Correa. Aquí me siento sin límites. Tenía diecisiete años cuando me mudé a Caracas. Cuando yo llegué a aquí (Caracas) era creyente. Me asumo devoto de Dios, del “Dios todo poderoso padre de los ejércitos”. Bueno, entonces me tocó confrontarme con la realidad. En Antropología –no sé si seré uno de los pocos, soberbios, privilegiados– la realidad intelectual me asaltó y me ubicó en mi energía ancestral, mi energía primaria, la fundacional que era que no me gusta el protocolo, no me gusta la uniformidad, no me hallo en la disciplina ciega. Antropología vino a darle a todo eso que a mí me había oprimido, me había reprimido, me había negado, me había invisibilizado.

Cuando yo caí en cuenta de que había una historia antes de la biblia que existía primero, no solo la historia escrita de la biblia o de la biblia escrita, sino que había hasta una historia no escrita; que la humanidad tenía millones de años existiendo, cuando la referencia que tenemos con la biblia son dos mil años para acá. Para mí eso fue esclarecedor. Eso abrió las compuertas de la oscuridad y me entregó a la luz. De ahí para adelante, el camino va a ser difícil, espinoso, tortuoso, pero este es el camino. Y yo estoy convencido que mi misión de vida tiene que ser romper con la heteronorma. Esa es mi energía. De hecho, ayer cuando estábamos con Iraida Vargas y Mario Sanoja, yo estaba entre mis iguales, ¿sabes? Todos somos antropólogos. Ellos que tienen 40 o 45 años haciendo investigación antropológica, para mí ellos han negado la antropología militante; ellos que son mi referente, mis pares de la investigación a la que yo me he suscrito. Nos suscribimos en las izquierdas, en los feminismos, en las antropologías alternativas, que no son las convencionales, las ortodoxas; con salvadas distancias. Hay muy poca gente haciendo este tipo de antropología a la que yo me suscribo, a la antropología de la transgresión tropical, la antropología del avance hacia trascender la occidentalización. ¿Por qué estas antropologías? Porque nosotros necesitamos armarnos de nuestros símbolos y llenarlos de contenido. Cosas como el travestismo, en mi caso.

Para mí el travestismo es una herramienta de lucha y sinónimo de victoria. El hecho de que nosotros nos maquillemos, el hecho de que nosotros hagamos transgresión directa a esa masculinidad conservadora hegemónica, a la que la gente se suscribe y el imaginario siente y te dice que eso es ser un hombre. “¡Un hombre no se maquilla! ¡PUNTO! San Seacabó”. Ese es el constructo social de la heteronormatividad binaria. En este grupo (la ASGDRe) somos de tan avanzada, que para nosotros no es una limitación estar maquillados o usar zarcillos, ni collares, ni peluca, ni vestido. Porque esos accesorios son eso: son accesorios. Andar con el pelo corto, andar con el pelo largo, no es una garantía de que tú efectivamente hagas sincronía con lo que tú eres por dentro. Yo ya no sé, hoy por hoy, si yo soy hombre, si soy mujer, yo soy esto, y como decía Lorena, yo me conecto con lo que está por dentro, y lo que está dentro es un montón de cosas. O sea, para mí, la sexualidad es un tránsito, no es una camisa de fuerza.

Por eso yo siento los que se travisten, los que se conectan con su energía femenina, que es una construcción más. El género y la sexualidad son una máscara, es tránsito, es algo que enrollas, es algo que sueltas, es algo que agarras, es algo que sientes, es algo que te hace vivir, es justo de eso de lo que se trata la sexualidad. Es como vivir: el justo momento en el que decides cortarte la respiración, hasta ese momento

viviste. Yo justamente siento que de eso se trata la lucha, en poner en tela de juicio todo lo que nos oprime.

...

Yo soy un marico atípico, porque aún yo siendo homosexual, no me parecía a los míos, o sea, no me parecía a la gente con que te me juntaba, no me parecía al chamo con que estudié los primeros seis semestres de la carrera, no me parecía a los homosexuales y a las lesbianas de mi círculo social inmediato. Yo era atípico... ¡No me sentía, no me veía! Incluso, ir para los minicampos de concentración que son los sitios de ambiente, los sitios de la noche gay en Caracas, para mí era una tortura, porque yo me decía: “¿¡Por qué yo me tengo que venir a ver con los míos en una oscurana?! ¡No los veo! Yo no sé ni con quién estoy bailando”. Para mí era toda una discusión.

Por ese sentirse diferente, hoy el proyecto de Amala Copa, que es un proyecto *dragqueer*, apunta eso, a ser el raro sexual. Es decir, mi sexualidad es así, es amar y ya. Yo me enamoro de cuerpo y me enamoro de espíritu. Yo no hacía el camino hacia la descategorización del género por casualidad, para mí es una necesidad de visibilizar la “Q” de esa gran comunidad LGBTQIA. ¿Por qué? Porque me siento raro, yo simplemente me siento raro, no me siento gay, no me siento inter, no me siento asexual. Yo me siento *queer*, yo me siento diferente, y he vivido todos mis 34 años en esta gran pecera donde están todas

estas diversidades y todas estas formas de ser, y bueno, siento que hay una necesidad... A mí me reúne la lucha de todos los oprimidos y de todas las oprimidas y de les oprimides. Estoy casado con la posibilidad de Pedro Lemebel de generar: el gran cielo azul donde todos los pajaritos tojos puedan volar. ¡Y voy pa' esa! Y si no se logra, generar las condiciones para que sea un recuerdo anacrónico, retrógrado de todos estos momentos, todas estas luchas.

...

En el 2010 ya tenía dos años de haber acabado los créditos en Antropología, y ahí andábamos con la vuelta de trascender la UCV con el colectivo Diversidad. Yo suscribo la idea de Chávez de armar grandes redes y circuitos, la lucha debía ser una lucha interuniversitaria, la mayor cantidad de universidades posibles. Estando en el espacio del colectivo Diversidad, en el marco de la Ley de Educación Universitaria, nos fuimos a la campaña de oriente. Coincidió yo con otros compañeros de la ASGDRe, en toda esa vuelta de las grandes plataformas universitarias para la construcción de la asamblea y la constituyente popular universitaria. En ese momento nos acercamos a la Universidad Bolivariana de Venezuela, en los Chaguaramos, y ahí mi conexión con la ASGDRe fue conocer a Simón, que es mi colega, él es de la escuela de Sociología, lo conocí en Tierra de Nadie y ahí conocí a los miembros fundacionales. Ahí en la onda de la UCV,

y eran como que los maricos intelectuales, me enamoré. Además, eran como los primeros maricos atípicos que veía, además de mí, en el movimiento universitario del momento. La ASGDRe fue como un bálsamo y acercó el movimiento universitario y el movimiento marica, además de mi peo con el alcohol.

...

Amala siempre estuvo, y afloró hace dos años cuando me pidieron en *Sin pena ni culpa* que fuese el reportero, y les propuse a ellos que lo haría pero travestido, y ellos me dijeron: “Si tú te atreves...”. Y bueno, nos atrevimos. Comenzamos el travestismo militante, que es como lo llamamos, es un travestismo diferente, que no es un travestimo diferente, es un travestismo de día, con las botas militares, con el vestido de corbatas.

Todas las personas tenemos el deber de contribuir con una la sociedad cívicamente organizada

KLEYDERMIN
VENEZUELA IGUALITARIA

Desde que nació el proyecto Venezuela Igualitaria siempre seguí toda su trayectoria en redes sociales y su esfuerzo de la mano de los colegas y emprendedores Giovanni y José Manuel. Colaboré posteando información, ya que para la fecha tenía compromisos laborales que no me permitían estar en Caracas para poder unirme en forma constante a su equipo de trabajo. Sin embargo, seguía su trabajo y desde mi espacio personal dedicaba algún tiempo para apoyar a la comunidad GLBTI con las actividades y especialmente a Venezuela Igualitaria con el proyecto de matrimonio igualitario.

En mi proceso de aceptación siempre estuve claro en cómo sería mi vida siendo homosexual. Mi familia lo aceptó, y aceptaron las relaciones de pareja que he tenido, sin diferencia alguna con el resto de mi familia y sus parejas heterosexuales. Tengo primos contemporáneos de edad y nunca fue problema... Ahondando más en

mi profesión, lxs colegas siempre fueron respetuosxs de mi orientación sexual sin ningún tipo de problemas. A principios del año 2017 hice mi primer trabajo *ad honorem* para Venezuela Igualitaria en los tribunales civiles del estado Vargas donde resido. Fue para apoyar el proceso de recolección de firmas como parte interesada en la demanda de inconstitucionalidad del artículo 44 del Código Civil, causa aún a la espera de decisión del TSJ y que hoy por hoy, junto a José Manuel, Imerlis, Richelle y demás colegas formamos parte de la historia de reivindicación de los derechos que la sociedad nos ha negado por prejuicios arcaicos, cuestiones eclesiásticas; y que estos derechos nos corresponden a toda la población GLBTI por ser ciudadanxs venezolanxs, y del mundo; y que aún en nuestro país NO se han logrado consolidar en su totalidad... Ciertamente debemos reconocer que hemos obtenidos logros, pero aún seguimos en la lucha, ya que todavía existe discriminación, segregación y la justicia aún tiene vacíos que algunas sentencias del TSJ han tratado de cubrir.

Desde que estudiaba en el liceo siempre estuve consciente de que todas las personas tenemos el deber de contribuir con la sociedad cívicamente organizada. Al comenzar mis estudios universitarios y al graduarme de abogado de la república sabía que mi deber como parte de la comunidad era contribuir con mis conocimientos a la lucha de los derechos GLBTI en Venezuela. Sin tener

un rumbo fijo pasé por algunas instituciones públicas y algunas asociaciones, que en principio pensé que podrían aportar para la construcción de la sociedad libre, sin represión ni discriminación para nosotrxs, sin embargo estas instituciones y asociaciones se ven teñidas de tinte político y más prejuicios internos que estigmatizan aún más a las personas por amar a alguien de su mismo sexo... Un poco decepcionado, las dejé a un lado por un tiempo y seguí creciendo profesionalmente. Afortunadamente por cosas del destino conozco a Giovanni y me muestra Venezuela Igualitaria, que ciertamente me reconcilia con mi comunidad, dejando en claro que nosotros con pocos recursos podemos hacer mucho; aportando conocimientos y esfuerzos para la construcción de una sociedad que acepte, respete y tolere que existen homosexuales en todas partes, que somos gente capacitada y que los estereotipos de burlas solo sean historias del pasado. En algún momento me he preguntado qué pasará después de haber obtenido las bases de los que han movido esta lucha. ¿Qué hacer...? Me reconforta saber que desde nuestro frente siempre podremos ayudar a las personas GLBTI que nos necesiten, y que sepan que Venezuela Igualitaria será una institución que dará la batalla para defender los derechos con las herramientas que la justicia nos otorgue.

Todos los días me impulsa a luchar el saber que el Estado aún no nos reconoce muchos derechos, y esto nos

hace ver como ciudadanos de tercera ante una sociedad que NO reconoce derechos que no estén establecidos en la ley, y que nos debemos someter a la buena voluntad de un funcionario público o privado que menoscabe nuestros derechos, y con ello nuestra dignidad y respeto con base en sus creencias religiosas o prejuicios ideológicos... Me motiva saber que por ignorancia de una sociedad que no puede ver a dos hombres tomados de manos en la calle, por considerarlo inmoral, se pretende violentar el derecho a pensar diferente establecido en nuestra Constitución...

Puedo afirmar que mi familia apoya mi forma de amar al igual que mi equipo de trabajo respeta, ama, tolera y da un espacio en la oficina para poder, sin que ellos sean homosexuales, apoyar la lucha por los derechos de la población GLBTI para las personas que necesiten de un profesional del derecho o un docente.

Cuando decidí abandonar la seguridad que me proporcionaba el ciberlesbianismo

MARÍA GABRIELA DEL PILAR BLANCO

@PILARTOSH

ASGDRe

Mi niñez y adolescencia se ubica en Higuerote, un pueblo situado en la costa afro de la región de Barlovento en el estado Miranda, cerca de la capital caraqueña, pero lo suficientemente lejos como para ser un escape de fin de semana para cualquier persona sexualmente activa y enclosetada.

Lo que para unos representaba una válvula, un grifo que dejara fluir los deseos prohibidos de una sociedad achantada, para mí era una combinación oculta, el patrón de seguridad de un teléfono ajeno. No me pertenecía.

Mi testimonio es el siguiente:

Me desplazaba en la escuela ocultando mi primer amor, observando cómo ella se enamoraba del “indicado”. Soñando que yo era él y ella se fijaba en mí. Disfrutando cuando nos tocaban evaluaciones en grupo y por conspiración de circunstancias imprevisibles e

inevitables encajaban nuestros apellidos. Gracias a mis amigas del colegio y del liceo, que siempre fueron las mismas, ese primer amor se desvaneció y evitó que se obcecaran mis sentidos. Nunca se enteraron de mi desventura, pero poco importaba la amada. Yo creo que en el fondo ellas sabían que yo era rara, pero en esa época y a esa edad, a nuestro modo pueblerino y conservador de ver las cosas, todas lo éramos un poco, y nos gustaba... Por eso nos mantuvimos juntas como hermanas. La tortura del primer amor se desvaneció y no regresó hasta el término de mi adolescencia, punto pa' la providencia.

A todas ellas, Adassa, Diana Vanessa, Ana Carolina, Carla, Luissanda, Scarleth y Zuleima, mi respeto y agradecimiento siempre por la amistad compartida.

Porque apropiarse es asegurarse del sentimiento

El internet llegó a mi vida en el liceo, gracias a las promociones de Cantv y a la señora Berta, mi mamá, que lo pagó. Tuve computadora, internet e intimidad, todo en el mismo combo, para ser cancelado en cómodas cuotas dentro de la factura mensual del teléfono. Ya la computadora no existe, el internet sigue en la casa y mi intimidad, bueno, ya ella se hizo colectiva, o la hicieron: la hicimos. Les ubico en la década de los noventa por si se lo estaban preguntando y por lo que sigue a continuación.

Luego de las primeras búsquedas, investigaciones y trabajos escolares, descubrí la cultura del chateo. La página web de Cantv ofrecía, además de los servicios de una empresa telefónica e internet, un innovador link para conocer personas en cualquier lugar de nuestro país. Esta ventana emergente sobresalía para mostrarme diversas “salas” de conversas con nombres convenientes: General (para todo el mundo), Mayores de 20, Mayores de 30, Mayores de 40, Solteros, salas con los nombres de los estados del país, nombres de salas que se podían crear, Bisexuales, Gays, Lesbianas... Esta vez no había riesgos, solo tenía que entrar en esa “sala-mundo por conocer” y mantenerme bajo perfil, mejorar mi lectura e imaginarme el escenario de cada integrante. Funcionó hasta que decidí escribir.

Ser lesbiana en la red fue una etapa de mi vida que disfruté mucho, sin el riesgo del chaceo físico en el espacio público. La mejor escuela para acercarme a las técnicas de la escritura. Fui echadora de cuentos en demasía (y de perros en cantidades industriales). Establecí mi punto de vista narrativo, aprendí a escribir diálogos creíbles; junto a la técnica de los diálogos, le di con fuerza a la escritura libre y su prima, la creatividad que se activaba cuando mi lectora, del otro lado de la pantalla, era súper interesante y con ortografía triunfosa (aquí el nivel de los perros se intensificaba). Antes no lo advertí, pero con el tiempo descubrí que allí se sentaron

las bases de mi sapiosexualidad actual, el feminismo como elemento base de mi atracción sexual.

De lo virtual-maravilloso a la rebeldía en la calle, en la casa y en la cama

Cuando decidí abandonar la seguridad que me proporcionaba el ciberlesbianismo ya era demasiado grande para rebelarme contra la sociedad y exigir respeto a mi sexualidad, sobre todo con mi familia; o así lo creía yo, por eso estuve varios años enclosetada saliendo y entrando en los huecos étlicos de Sabana Grande en Caracas, destinando mi tercer nombre a este mundo paralelo y las personas que ahí conocía. Teniendo un axioma cobarde que me salvara del temido juicio popular: “Una relación lesboerótica duradera atenta contra tu vida personal pública”. De allí mi vergonzoso éxito: pasar desapercibida en los eventos familiares y amistosos. Si hay algo peor al chiste y los insultos, creo que sería la anulación de tu vida personal frente a tus seres queridos: la invisibilización lésbica a la que apuesta nuestro enemigo, el patriarcado.

Pero entonces apareció ella, la que me mostraría que otro mundo era posible. Que la lucha contra el maltrato animal no debía ser mi único motivo a protestar. Que existía un líder, el mismo que apoyó la creación de una editorial escuela, porque el acceso a la lectura y a la formación debe ser un derecho humano para la

revolución cultural de los pueblos; ella que me sacó del oscurantismo, de la vergüenza del qué dirán y con su pasional oficio transformador de consciencias me dijo: “Yo no sé lo que quiero ser, pero si sé lo que no quiero ser”.

Sentencia subversiva que nos hizo por mucho tiempo poderosas e invencibles, pero que también nos hizo padecer, como novias, vejaciones que acabaron por rebelarnos contra el sistema, y de allí buscar alianzas con amistades en el trabajo, en la universidad y en los huecos étlicos donde seguíamos juntándonos para hacerle frente al enemigo común ya mencionado. Ese que nos niega el acceso a transitar la ciudad, a disfrutarla, a defenderla, que nos dice que el trabajo en el campo no es para nosotres, ni la escuela, ni la política, ni la lucha laboral, estudiantil o feminista; en fin, que nada nos pertenece.

Entonces nació la Alianza Sexo Género Diversa Revolucionaria, universo conspirador habitado por personas que soñamos la utopía marica haciendo de lo real-maravilloso una abertura que nos permita expresarle a la sociedad lo que NO debe ser nuestro mundo posible y así, juntas, juntos y junte nos aventuremos a deconstruir-nos para reconstruir-nos.

**Y en esa andamos desde hace nueve años.
Aceptar que era homosexual significaba...
luchar no solo por mis derechos,
sino por los derechos de otras personas**

JOSÉ MANUEL SIMONS
VENEZUELA IGUALITARIA

Haciendo una retrospectiva de mi vida, admito que siempre he sentido atracción hacia los hombres, cosa que estuvo presente en mi mente y consciencia, pero que de niño nunca expresé públicamente. Al contrario, las hegemonías sociales te llevan a esconder hasta tus propios sentimientos debajo de la alfombra y aparentar ser quien no eres. Analizando ese punto, podría decirse que fue un reconocimiento de un privilegio social, así nos cueste la felicidad y vivamos en la mentira.

Regularmente me sentía atraído por niñas, me enamoraba, enviaba cartas, besaba e incluso tenía relaciones sexuales, prácticas por las que nunca sentí repulsión o rechazo, ni tampoco arrepentimiento. Luego, siendo adolescente, con un poco más de madurez, fui acercándome y reconociendo mi atracción hacia los hombres, por lo que comenzaba a asociarlo a

bisexualidad. Así me asumí durante un tiempo, porque a pesar de sentir que expresaba mis gustos y atracciones por chicos, esa imposición heteronormada hacía que no asumiera o no negara que también me atraían las mujeres.

Luego de más acercamiento y aceptación personal, llegué a tener mi primera relación de noviazgo con un chico, lo que en principio me hizo aceptarme realmente, ya que quien fue mi pareja durante ese tiempo me ayudó a cuestionarme, a realizar una revisión interna para determinar si realmente era homosexual o si era bisexual, acción que muchos utilizamos para no alejarnos de la heteronorma, pero que al fin y al cabo ha hecho mucho daño a la población bisexual respecto a la visibilización y reconocimiento de una orientación sexual tan legítima como todas.

Finalmente, a mis dieciocho años de edad asumí y acepté mi orientación sexual: soy homosexual... Reconociendo que mis aparentes atracciones hacia las mujeres habían sido producto del moldeado social, del sistema educativo formal e informal ineludible, bajo el cual nos educan y crían, y que ante la diferencia preferimos intentar encajar, pero que luego de asimilarla se entiende que realmente hay un punto donde esa diferencia entre lo impuesto no es anormal, sino diversa.

Creo que mi orientación sexual se convirtió en bandera de lucha desde pequeño, puesto que luchaba contra mi propia mentira con la que pretendía encajar: mi orientación sexual luchaba más que yo mismo, luchaba por hacerse ver, sentirse y expresarse. Aceptar que era homosexual significaba visibilidad, salir del clóset, agarrarme de la mano, besar en la calle a mi pareja y luchar contra la heteronorma, exigía ingresar en el activismo, luchar no solo por mis derechos sino por los derechos de otras personas.

Así que ingresé en Venezuela Igualitaria a mediados del año 2013, generando una relación amorosa con el activismo, del que no tenía expectativas a lo que ha sido. Yo solo quería asistir a uno que otro conversatorio para saber lo que significaba la diversidad sexual y de género, pero con mis veintiún años, todavía sin ser oficialmente abogado, terminé siendo director jurídico de la organización, asesor y coreactor del proyecto de Ley de Matrimonio Civil Igualitario; redactando y dirigiendo cinco acciones judiciales ante la sala constitucional del Tribunal Supremo de Justicia, y por supuesto, mi activismo también ha sido tomar fotos, grabar videos, repartir volantes, cargar sillas, recoger firmas y hasta ser modelo de pintura corporal en nuestra reiterada Exposición por la Diversidad Sexual.

Inicié sin saber mucho, aprendiendo en el camino con esa ferviente voluntad de formarnos lo mejor que

podamos; hoy día desde Chile no me detengo, sigo apoyando desde lejos con el mismo fervor de siempre, lleno de añoranzas pero firme. Por ello, en la ciudad de Santiago junto a mi pareja y con el apoyo de gente valiosa, cuando difícilmente sabía lo que era portada y lomo, cuando no tenía idea de lo que era diagramar, editar o a qué se referían cuando hablaban de una cuartilla, creamos una editorial Cartonera. Presentamos un libro que recopila escritos con temática LGBTI de venezolanos en Venezuela y de venezolanos regados por el mundo. Esta antología reúne poemas, narrativas, textos críticos, humorísticos, eróticos y homenajes a quienes ya no están, pero que dejaron una huella dentro del activismo. Una idea, un proyecto desde el corazón que representó un aporte a la organización que ha sobrevivido todos estos años sin ninguna financiación o donación. Muchos talentos cedieron sus escritos y demostramos que el activismo por Venezuela se sigue haciendo independiente a los kilómetros de lejanía y a las variadas fronteras en medio, todo por esa Venezuela que queremos sea cada vez más Igualitaria.

El paseo de Macuto se las trae

ANDRÉS DÍAZ
ASGDRE

A diferencia de muchos que aquí hablan, en mi casa es mentira que venimos de una izquierda profundizada ni nada de eso. Yo vengo de un hogar del partido Acción Democrática (AD). Voy a hablarte de mi familia, principalmente de mi madre y mi padre, que son fundamentales para comprender los caminos que he transitado hasta el día de hoy.

Mi madre queda en estado mío cuando tenía 38 años. Yo nazco en enero, y en abril de ese mismo año fallece el negro Andrés, mi papá. Tengo dos hermanas mayores. A medida que uno iba creciendo, mi mamá, que se llama Clara –una señora andina casada con un negro de allá de La Sabana, un negro sabanero de allá del estado Vargas–, va guerreando con la casa, con la familia encima. Ella se quedó con unas cuñadas por parte de mi papá que estaban pendientes de la casa. Ella era una mujer semianalfabeta, con tres carajitos pequeños, ¡no fue fácil!

Por supuesto, mi mamá era adeca. Adeca de la que lleva a AD en el corazón, semianalfabeta, utilizada por

el partido; ella dio toda su vida por su partido y al final casi terminó pidiendo limosnas en una farmacia. Así nos tocó a nosotros. Poco antes de la tragedia de Vargas, en diciembre del 99, fallece mi mamá, en octubre. Ese año lo perdemos todo en octubre, y en diciembre lo poco que nos quedaba. Y ya el río nos llevó hasta los recuerdos... porque la casita sufrió y quedo bastante afectada, y bueno por ahí nos tocó irnos a vivir alquilados.

A medida que iba creciendo, ella va como delegando en mí ese peso que ella traía, la familia, en una actitud de “ya yo como que estoy cansada, ahora te toca a ti”. Ella vivía de la media pensión que dejó El Negro Andrés, que en aquel tiempo les tocaba a las viudas. Nosotros echamos pa’ lante, con la casa de cartón, medio bloque. La casa era medio colonial, medio con cartón; de zinc. Con árboles frutales en aquel patio de la casa de Macuto. La casa siempre ha sido la misma, tengo 42 años y toda la vida he vivido en esa residencia; cuando las hermanas mías empiezan a crecer. Entre las responsabilidades que me tocaron, me tocó asumir fue la del “hombre de la casa”. Mi mamá me presentaba como el hombre de la casa, y nos íbamos a cobrar la pensión juntos y me decía: “¡Tú eres el que decides!”. Casi que me tocó cuando los novios le venían a pedir la mano a mis hermanas. Me decía algo como: “Vamos, que van a pedir la mano de J., mi hermana mayor, y después N.”. También dar los

permisos si iban a salir para las discotecas: “Mire mamá que si yo puedo”. “Ya va, dile a Wilmer”; “Mira Wilmer, ¡ven acá!”, “¿Qué pasó”, “Que Nohemí quiere ir para la discoteca ¿qué opinas tú?”, “¿Qué voy a opinar yo señora? si le quiere dar permiso... ¡déselo!”, “¡No, no, no, resuelve tú eso!”. Y ella se iba a acostar. Mi mamá fue delegando una cantidad de cosas que yo casi que era el dueño de la casa, pues. Ella tenía también sus peos mentales, pues. Se la pasaba diciéndoles a mis hermanas: “¡Ustedes nada que ver con los negros, ustedes tienen que mejorar la raza, ustedes no sé qué. Y a mí no me traigan negros para acá para la casa”. ¡Y con todo y que se revolcó con un negro y amó a su negrito!

Al ser mi madre del partido, que un hijo de ella no fuese del partido despertaba sospechas. Las palabras de los otros del partido eran punzantes, ya sabes cómo es la cuestión: “Mira que Clarita ha sido del partido y no sé qué... y bueno...”. Hacia allá fuimos nosotros, sus hijos, casi en fila india. Al ella entregar todo al partido, hizo que fuese desarrollando como un tipo de rechazo contra todo eso que ella quería y defendía: la casa del partido, Carlos Andrés Pérez, los mítines, entre otras cosas. Bueno, entonces uno rompe con todas esas cosas. El momento político para finales del siglo xx, ya habiendo tenido ese alejamiento de AD, uno dice: “¡Bueno, voy con Chávez con toda esta vaina de la izquierda!”

Ven y siéntateme en las piernas

Recuerdo los círculos sociales en los que mi mamá estaba, los de AD, cuando íbamos a fiestas. Entonces estaban los viejos babosos esos que te sentaban en las piernas, cuando tenías doce o trece años, casi que toda la noche, y entonces tú sentías aquel pene..., aquella vaina... y el viejo con el machete ahí... eso me iba llenando a mí como de odio. Frente a eso, entonces uno buscaba la manera de no ir ya a compartir con mi madre y sus amigos, llegó un momento que yo decidí no ir más nunca. Y esa decisión ocasionó palo, palo y coñazo: “¡TÚ TIENES QUE IR PORQUE ERES EL HOMBRE DE LA CASA, TÚ ERES EL QUE ME TIENE QUE ACOMPAÑAR A MÍ”. Pero, para estar sentado en el palo toda la noche... era bastante incómodo.

Conocer el ambiente

Yo tenía como unos veintidele cuando mi mamá falleció. Entonces, llegó el momento en que también la media pensión no iba alcanzando, entonces hubo que salir a trabajar temprano por tantas responsabilidades que uno tenía. Éramos una de mis hermanas y yo, porque la otra se había casado y se había ido de la casa.

Y durante este trabajar en Caracas yo me encuentro con el ambiente, empiezo a ver los huecos. Otro mundo, un mundo que me deslumbra porque yo vengo de un pueblo, porque Vargas es Vargas. En Macuto también

habían sus cosas, pero no podía hacer nada, pues, con una sociedad tan conservadora ¿cómo iba a un hotel con un hombre, cuando el fulanito este conoce a mi mamá, aquel es compadre de mi tía, el dueño del hotel vive a tres cuadras de mi casa? Era una locura. Y como no podía, me decía: “¡Yo tengo que volar de aquí!”

El primer sitio que conocí aquí en Caracas, por supuesto, fue el Cine Urdaneta... Me enteré que existía ese cine por un tío que siempre ha sido la figura paterna de la casa. Él compraba mucho el meridiano y ahí salían mucho las películas pornográficas, y uno siempre veía ahí el anuncito, y bueno un día me decidí a ir y entré. A lo mejor ustedes nunca llegaron a ir, era una ventanilla oscura y yo lo que veía eran unas manos que te vendían las entradas y vainas, y ya. Entonces uno entraba... Cuando uno llega por primera vez, me acuerdo que con la misma que entré salí. Porque de una, viene la gente y te quiere tocar y vaina, yo casi que paralizado me quedé porque empezaron a meterme mano, y salí corriendo, esa primera vez estaba aterrado. Después seguí yendo, seguí yendo y bueno...

Después de ahí, el segundo sitio fue La Crema que era un antro que quedaba en la avenida Lecuna, encima de una cafetería que era más al ladito del arroyo, un poquitico más allá. Me llevó un chico que conocí que era político de AD.

La ASGDRe

Conocí a Gabriela que trabajaban en la Fundación Librerías del Sur. Ellos tuvieron un tiempo trabajando, y ahí empezamos con una especie de afinidad, tuvimos una amistad de varios años que me llevó un día a la militancia. Sobre todo cuando me traslado a Caracas. Ella y yo nos veíamos más frecuentemente y ella me llevó con la Paola Pelaò. Cuando me hablaban de la ASGDRe reconocía la figura de la Paola, que es muy emblemática, porque es la que yo siempre he visto y he conocido a nivel de los medios, a nivel de muchos escenarios.

Mi acción política en la militancia por los derechos de las personas viene al ver muchos amigos que eran parejas, y después de años de relación han forjado, se han construido una vida juntos y son una familia feliz; sin embargo, cuando uno se muere, viene esa gente que te amaba, la familia del otro, y como no hay ningún papelito firmado, como no hay nada, los dejaban en la calle.

Tengo gente muy cercana que tenían una peluquería con quince años de trayectoria, falleció uno y como las cosas no estaban claras al nivel de las propiedades: que si esto es tuyo, que si esto es mío. Y ahí cuando nada está definido, la familia cae como animales de carroña. Tengo tres casos que me han tocado muy de cerca, tres personas de tres parejas: dos parejas de homosexuales y una de lesbianas.

Vengo militando con la izquierda

Como ya dije, me acerqué en algún momento a AD, porque en mi casa era todo AD, pero yo no pertenecía a eso ni nada. Eso era lo que llanamente mi mamá decidía, lo que a ella “le gustaba”, pero nunca estuve en la militancia de las juventudes de Acción Democrática, ni nada de eso. Me considero militante 100% de la Revolución bolivariana. Estoy con la Revolución, con el comandante. Yo tengo muchos compañeros que dicen que son chavistas y no maduristas. Yo creo que Maduro es chavista y el madurismo no existe, desde mi punto de vista, porque si todos vamos a seguir con la misma doctrina, resulta que es la doctrina del chavismo y esta es única, y Maduro, como dice por ahí todo el mundo –y no soy yo el que descubrió el agua tibia–, es el primer presidente chavista. Que tienen aciertos las políticas, que tienen desaciertos, es verdad, y eso es parte de esta construcción que estamos haciendo.

En el cuero de mi espíritu se pueden ver los estigmas

JOSÉ CONTRERAS-QUINTERO

@TARENATUY

VENEZUELA IGUALITARIA

A mí me gritaban “¡culo ‘e pato!” a lo largo del camino a la escuela: en mi propio barrio o en el barrio que tenía que atravesar para llegar a la escuela. Lo hacían los chamitos de San Isidro, que se criaban y estudiaban conmigo, u otros de mayor edad. Incluso gente adulta desde las ventanas de las casas de Santa Bárbara: me gritaban con arrechera o con sorna o burla. Al parecer cuando camino rápido o apurado proyecta las nalgas y muevo la cadera como un pato y a eso la gente machista lo interpreta como algo afeminado o propio de los maricos. Ir a la escuela para mí fue un viacrucis que tuve que soportar con estoicismo porque, por una parte, no comprendía lo que pasaba y, por la otra, de alguna manera sentía que no debía informar a mi mamá o a mi papá. En el cuero de mi espíritu se pueden ver los estigmas.

Me inclino a pensar que nací marico por varias razones: la primera, porque nadie me enseñó a caminar como camino y nadie me enseñó a sentir lo que

siento por los varones. La segunda, porque recuerdo perfectamente que cuando tenía como cuatro años ya me gustaba un carajito del preescolar. Además, lo que siento por los varones es bioquímicamente tan profundo y psicológicamente tan complejo que no me deja espacio para sentir nada semejante por las personas no-varones. ¿Debo aclarar que cuando digo “los varones” me refiero al selecto grupo particular de varones cissexuales o transexuales que me atrae sexo-afectivamente y no al conjunto universal de varones de la especie humana? ¿No? ¡De pinga! Porque hay machos que se creen que a los maricos nos gustan todos ellos.

En cuanto a mi identidad y disidencia de género: me cuesta definir al niño que fui. En líneas generales diría que estaba inclinado al varón canónico de la ideología de género eurocristiana-alienante-colonizante con que nos crían en Venezuela: el sute berraco, brincón, ordinario que juega con carros, se agarra a coñazos, usa ropa azul... mi color favorito es el azul ¡pero yo jugué muñecas con mis primas! Me ponía los tacones de mi mamá para jugar a que era la prima Licha: joven, bellísima, extrovertida y sexy. Usaba sábanas para emular las faldas decimonónicas de Mónica de Altamira, la de Corazón Salvaje. Era muy afeminado, no solo el tumbaño de pato sino el quiebre de mano, las piernas cruzadas a lo Miss Venezuela, lo reposado y refinado que da el Manual de Carreño. Mamá nunca me dejó salir al camino a jugar

con los chamitos del barrio: ella decía que yo no debía ser como ellos, que terminarían alcohólicos en un rancho llenando de muchachos a la mujer. No: yo tenía que ser alguien en esta vida, tenía que salir de abajo para hacerme cargo de mi hermana y mi hermano que son personas con discapacidad. No jugué fútbol, ni metras, ni trompo, ni pelotica 'e goma, ni fabriqué o volé nunca una cometa o papagayo. Sin embargo, uno de mis proyectos infantiles fue la construcción de un carro propio que pudiera manejar. Jugaba solo, fundaba ciudades, las levantaba en el piso de mi casa con rutas de transporte, aeropuerto, zonas residenciales. Nunca sentí que quisiera ser niña ni tenía conscientemente nada en contra de mi cuerpo de varón cissexual. Así que hoy sigo siendo un varón ahí, que se inclina por lo masculino pero al menor descuido les tose una pluma.

Mi mamá me vino a explicar el asunto de las relaciones sexuales cuando yo tenía como cuatro años de experiencia en eso, y yo sin saber que lo que estaba haciendo no se debía hacer, como ya lo venía haciendo con un primo poco mayor que yo. No, no fue abuso, ni pederastia, ni pedofilia, ni nada de eso. Mi primo estaba mucho más informado que yo, tenía acceso a material pornográfico heterosexual y lo que era el internet de nuestro tiempo: la calle, la gente adulta prolete, la nacada de la que mi mamá siempre quiso

protegerme. A cambio de decirme el significado de palabrones como “puta”, mi primo me pedía dinero. Aquello comenzó como un juego y jugando terminé ensartado, pero feliz. Me mostraba películas porno y luego jugábamos a reproducir las escenas. De alguna manera mi papá y mi mamá comenzaron a sospechar lo que estaba pasando. Fue entonces cuando intuí que aquello podría ser malo: mamá me lo confirmó cuando me explicó cómo se reproduce nuestra especie. A eso se sumó el adoctrinamiento religioso-cristiano-católico que vino a poner la piedra sobre la tumba de aquella actividad sexual prematura: éramos abominación para el dios hebreo y a mí eso me descalabró.

Como Cristo, aquel bochinche resucitó cuando mis hormonas se llevaron el adoctrinamiento bíblico por los cachos; y llegó a su fin el día en que mi primo se casó con su novia: él es bisexual. No me enamoré de él, como no me enamoré de nadie y eso lo agradeceré siempre: aprendí que nadie es de nadie y que toda persona que llega a mí en algún momento se irá o dejará de estar a mi lado. Hoy lo contemplo como lo que es: mi primo; sin deseo, sin encono, sin remordimientos. Aquella experiencia fue consensuada entre personas de una edad semejante y aunque yo no tenía conocimiento o conciencia sobre lo que estábamos haciendo lo disfruté, y hoy lo poco que recuerdo lo revivo con ecuanimidad, tal como cuando recuerdo que jugaba al escondite.

El primer hito sobre mi disidencia de género y mi sexualidad en lo social lo marcó mi maestra de 4.º: citó a mi mamá y le dijo que debía hacer algo conmigo porque le parecía que yo era muy mariquito. Aquello fue un cisma: mi mamá se hizo de todos los recursos posibles para revertir algo de lo que ella se consideraba responsable, como se lo hizo sentir la maestra. ¡Cuánto necesitaba esa maestra que la universidad le diera formación en sexualidades humanas y en dialéctica del género ideológico con sus categorías metafísicas, de modo que estuviera preparada para acompañar a niñas y niños como yo! ¡Cuánto necesitó mi mamá que hubiera en la escuela una persona que le diera orientación para acompañarme con cariño y con respeto en mi proceso de construcción sexo-género-disidente! ¡Cuánto necesitaron mis colegas de la escuela formación en los valores de diversidad humana, respeto, aceptación, tolerancia...! ¡Cuánto necesité yo que en la escuela, desde preescolar, me dijeran que las personas somos sexuales, que las sexualidades son componente esencial del desarrollo de nuestro ser humano, que estaba bien ser como se era, caminar como camino, hacer lo que hacía que sigo haciendo ahora con mi marido!

Pero no, ¡ni de vaina! Primero tenía que gustarme el fútbol. Mi mamá le dijo a un tío que me llevara al estadio a ver jugar al equipo Estudiantes de Mérida contra el

Deportivo Táchira. Otro tío me llevó a ver una corrida de la que salí traumatizado. Otro tío me puso a jugar fútbol sin camisa con sus hijos, mis primos, y los chamos del vecindario en Los Curos. El único cambio drástico que quedó registrado fue la caída de mi rendimiento escolar: a pesar del viacrucis que representaba ir a la escuela, fui un alumno sobresaliente que aprendió a leer y escribir muy temprano, con una boleta cubierta de veintes y diecinueves, incluso en educación física. Luego del cisma homofóbico, mi promedio cayó a catorce y se quedó en el mediocre catorce hasta bachillerato.

Por supuesto, tenía que buscarme una noviecita. Recuerdo que le pedí el empate a Adriana: la nena rubia de ojos verdes, objeto del deseo de mis colegas del salón. Supongo que me atraía porque ella era lo que yo hubiese querido ser: no niña, sino el objeto de deseo de los varones. Con el paso del tiempo el acoso homofóbico se fue haciendo más intenso en la escuela, en el barrio, en las fiestas de la familia e incluso ya en la calle. Podría decir que esa situación de violencia colectiva me hizo sentir desde muy temprano que algún día tendría que abandonar Venezuela y esa idea se convirtió en un proyecto cuya realización en Alemania hoy me da la serenidad para contemplar mi pasado en paz, pero con orgullo.

En el bachillerato ocurrió un segundo hito social en el desarrollo de mi sexualidad y mi disidencia de

género a cargo del compañero considerado machito alfa de la manada del salón. Luego de tres años de acoso, persecución y maltrato en una escuela técnica con 90% de varones, aquel compañero me tendió con una sonrisa un puente de empatía que me descolocó. Aquello fue un resplandor emocional y él fue el primer chamo que ya daba calostro a quien amé y amo: su olor sigue bordado en mis fibras emocionales y su tipo físico se impuso como el estándar de varón que me atrae. Hubo una especie de aceptación híbrida: entre líneas se reconocía que yo era marico pero se acordó que eso no me hacía indigno y se implementó una serie de medidas para quitarme la mariquera. Lo primero fue hacerme consciente de mi modo de caminar, de mis ademanes afeminados y actuar en consecuencia para mitigarlos. Luego fui incorporado a los juegos de básquet, a los planes del grupo, a la complicidad machista y terminé el bachillerato con experiencias que constituyeron el primer emplasto que le aplicaban a mis estigmas.

La reconciliación con mi barrio me la dio el teatro y la actividad en un grupo cultural que fundamos para promover la lectura y los valores para chamas y chamos de la comunidad, así como el trabajo político en la organización vecinal y el consejo comunal. Pero yo “ya no era marico”. Hasta dos novias tuve. Así llegué a la universidad donde el acoso y el rechazo volvieron acompañados de otro estigma: para la gente blanca

aburguesada yo era el hijo marico de una cachifa. De nuevo el horror: tuve que retirar materias por varios semestres porque asistir a clases me atormentaba. Así ocurrió el tercer hito social en mi desarrollo como persona libre: con el paso de los semestres aquella promoción infame avanzó y la vida me puso con un grupo de gente que vino a jugar un papel crucial en la materia que nos ocupa. Fue el periodo de reconocimiento y aceptación de mi sexualidad y mi disidencia de género. El primer paso lo di con un pana que vino a ser una de las personas más importantes de mi vida: me dio la mano para salir del clóset y me dio la fuerza para repetir el proceso el resto de las veces que fue necesario. Con él, con mis amigas y amigos de la Universidad, del barrio, de la Escuela Técnica, con mi familia, más tarde con mis colegas de trabajo en Pdvsa, incluyendo la plenaria de la mesa de trabajadores de la industria en el salón Simón Bolívar de La Campiña, convocada por el presidente de la república y coordinada por el presidente de la empresa.

Ya entonces me había incorporado al activismo como parte de mi vida con los colectivos Venezuela Igualitaria y la Alianza Sexo Género Diversa Revolucionaria, ASGDRe. Pude contemplar mi vivencia en los relatos que compartíamos en los encuentros con lesbianas, maricos, bisexuales, trans, feministas y demás sexo-mutantes disidentes no-machos: la posibilidad de librar a mamás como mi mamá, maestras como aquella maestra,

adolescentes como mis colegas de la técnica, gente como la gente de mi barrio o niñas y niños como yo del infierno que vivimos, cada quien en proporción distinta. Se convirtió en una de las metas sociales que asumí junto con el resto de las luchas por la reducción o abolición de las causas de la discriminación que nos atraviesa por todos nuestros ejes humanos: sexo-género, raza, capacidades o discapacidades, nacionalidad, etnia, clase socioeconómica, posición política, religión o irreligión, estética corporal, cultura gastronómica, acento... La tarea es juntar todas nuestras luchas, como dice mi hermano Ciro de la ASGDRe, para que logremos la consigna de ser legal y socialmente iguales en la diferencia y consolidar la unidad marxista bolivariana de la diversidad humana en la clase trabajadora terrestre.

Ya no vivo en Venezuela: militares y cristianos se hicieron del partido fundado por Hugo Rafael, a quien le agradeceremos siempre habernos hecho visibles a los ojos de la clase trabajadora, habernos nombrado en sus cadenas, haber autorizado las marchas maricas en Caracas. Nicolás heredó esa deuda social pero los poderes fácticos ultraconservadores le dieron un golpe reaccionario al timón del barco de nuestro Estado Social de Derecho y de Justicia. Aquí me esperaba el amor y aunque ya podemos ejercer *de iure* el derecho humano del matrimonio, nos queda luchar el resto de nuestras vidas para ejercerlo por el medio de la calle.

La bendición de mi papá a nuestra unión fue el regalo que nos dio mi mamá, porque ella nunca había querido que mi papá supiera: “Si usted es feliz así y no le hace daño a nadie: ¿cuál es el problema? Yo acepto todo lo que hay porque todo lo ha hecho papá Dios: todo lo que existe yo lo veo normal porque si no, no existiera. Yo nunca le dije nada porque esa es su vida privada y yo eso lo respeto”. Esas fueron las palabras que me dejó mi viejo, obrero de la construcción, a pocos meses de su inesperada muerte el pasado 24 de abril.

De chamo yo me sentí así, como un niño raro

LENIN HERNÁNDEZ ARRIECHE
ASGDRE

De chamo yo me sentí así, como un niño raro, porque siempre me lo decían. Yo resistía y soportaba toda la vaina de la discriminación bailando. Tenía una especie de reacción como involuntaria con respecto a la música. La vaina era: si sonaba una música en cualquier sitio, empezaba la loca a bailar. Recuerdo que “el baile del perrito”, la “sopa de caracol” y la “lambada” me decían en mi familia que no podía bailarlas. Y yo le decía cuando iba a fiestas o sitios públicos “¿Mami por qué no puedo? Entonces, me hubiera dejado en la casa...”. Y en cualquier descuido o momento que sonaban esas canciones, sin previo anuncio, me colaba en las ruedas y me ponía a bailar. Recuerdo que en la entrada de la casa de mi abuela paterna hay un espejo inmenso, donde bailaba siempre con una prima. La gente que entraba a la casa nos veía bailando y tanto mi hermano mayor, como mis demás primxs siempre se querían burlar de nosotrxs y yo le decía a mi compañera de baile, “no les hagas caso, no se dan cuenta que esto es arte”. Algo similar

sucedía en la casa de mi abuela materna donde entre mis hermanos y primxs siempre montaba coreografías de videos musicales contemporáneos o reinventábamos bailes de distintas músicas poperas.

Yo siento que en mí nunca hubo un clóset. Sin embargo, reflexionando sobre eso, es posible que el clóset, propiamente dicho, haya sido la presencia permanente de mi papá en la casa. El fulano clóset, considero que se acabó cuando tenía doce años que él se fue de la casa y es cuando pude empezar a ser un poco yo. Digamos que ya no me sentía en la necesidad de tener un “comportamiento políticamente correcto heteronormado” y podía expandir mi visión de ser persona.

Al pasar los años, al tiempo, siendo adolescente, empecé a verme reflejado en los gays. Con mis amigxs, que coincidencial y afortunadamente también eran rarxs, lo que hizo que el proceso fuese de pinga porque estaba como pez en el agua y desde joven no estuve mariqueando con desconocidos que no entendieran lo que vivía, sino con gente que también o mariqueaba o era “rara”.

Cuando papá se fue de la casa, pareció erradamente haberse comenzado a esclarecer el mundo. Y yo quería intentar hacer todo lo contrario a lo que él quisiera. Aunque mi crianza fue tejida con canciones de Mercedes Sosa, Silvio Rodríguez y Pablo Milanés como canciones

de cuna, con lecturas de cuentos de José Martí, entre otras connotaciones izquierdas que adosaron mi temprana formación.

En respuesta al abandono y a las prácticas machistas de mi padre, decía: “Yo tengo que ser todo lo contrario a él. Entonces, voy a ser bien marico, bien fuerte y adeco y nada...”. Al tiempo, al confrontar todas esas cosas, al ingresar a la Universidad Bolivariana de Venezuela y retomar la relación con él y fortalecerla por medio de mi mamá, se vino esclareciendo realmente la conciencia y la voluntad de sumarme a las luchas socioculturales y políticas. Creo que tanto mi papá y, mucho más, mi mamá entendieron, creo yo, que lo rarito y marico pues no se quita.

Aunque mi mamá nos mantuvo durante largo tiempo a mí y a mis dos hermanos menores, tuve que empezar a trabajar desde carajito. Trabajaba para aportar a la casa y para poder continuar estudios de bachillerato. Mi hermano mayor y yo estábamos en un colegio privado, al irse mi papá de la casa, dejó de pagarlo. Mi hermano y yo repetimos varias veces el año escolar, lo que hizo que terminara estudiando por parasistema y pagándome los estudios para poder graduarme.

Me incorporo luego a estudiar en la Universidad Bolivariana de Venezuela en el año 2008. Ahí se consolidan esos procesos de politización de la vida, y

empiezo a militar por la revolución teniendo en cuenta las distintas razones de la discriminación que uno vive: por no ser heterosexual, por ser pobre, por ser afrodescendiente, por ser gordo y un montón de vainas que me hace confrontarme a mí mismo.

Luego de quince años mi mamá y mi papá vuelven como si los años no hubiesen pasado, lo que en principio me confunde y aturde, pero que definitivamente mejora mi relación con él. También la dinámica me lleva a aprender de la vida en familia hegemónica, pero que me llena de orgullo porque es rarita como unx.

El peo de la gordura...

El peo de la gordura inicialmente me chocaba mucho, pues, dentro de la “cultura gay”, la vida nocturna y las discotecas, y esas dinámicas sociales que hablan de los cuerpos y estereotipos de bellezas establecidos por el mercado, no se podía ser gay y gordo al mismo tiempo. Por esta aparente imposibilidad pasé por peos alimenticios. En su mayoría anclados a la misma comunidad gay y su “comunidad” del rechazo. Me señalaban por gordo y por no querer respetar las zonas de comportamientos masculinos y políticamente correctos. Todo este problema alimenticio y emocional duró aproximadamente desde los diecinueve hasta los veintiún años.

Una vez estaba en la calle y empecé a vomitar de la nada. Y ahí fue cuando me di cuenta que tenía un problema. “Tienes que parar esto, se te va a salir de las manos”, pensaba. Y logré superarlo, porque entendí que existía gente que aun no siendo hétero tampoco respondía a esa lógica del cuerpo hegemónico. Y la politización de la cuestión me llevó a superar estos problemas que tenía.

Pasar por estas situaciones me hizo discutir con mi “marico despolitizado”, y percatarme en ese entonces que la vaina no es así como me venían diciendo que tenía que ser. Entonces, en ese momento descubrí que existía un grupo con identidad homosexual que se denominaba como “osos”. Me sorprendió porque aunque generalmente se reconozcan dentro del “mundo gay”, es totalmente lo contrario a los postulados que la cultura gay ha sembrado en el imaginario colectivo, en cuanto cuerpo me refiero. ¡¿Gorditos? ¿peludos? ¿y maricos?! “Como que por aquí es la cosa”, me dije. Yo siempre fui rarito, y vi ahí otro espacio de gente rara. Que no eran hétero y que no respondía tampoco a lo que típicamente se decía que tenían que ser los gays estereotipados: flaquitos, ejercitados, lampiños, o “amusculaítas”. Era otra cosa.

Este espacio del mundo homosexual, vivido desde un lado que se pretende distinto, que intenta hacer las veces de una verdadera comunidad, es mediática

y habitualmente un espacio que está o estaba muy despolitizado también o empujado a ser convertido en una mercancía para consumo de masas acríticas, de sueños mayormente heteronormados de familias, de relaciones amorosas y roles sociales. Era más la juntadera por encuentros sexuales, viajes, fiestas nocturnas. Yo andaba con la necesidad de construir otras realidades no heteronormadas y deconstruir roles, géneros, saberes, interrelaciones.

Frente a los intentos de “despolitización” de lo marico, aunque parecía ser lo único que había, nunca me encontré en ese espacio, a pesar que viví muchas noches agradables en las discotecas bailando, no era todo.

Esta perspectiva cambia cuando conozco a la ASGDRe y a la gente rarita en la izquierda o que se acercaba a ella. Siempre los veía desde lejos. Veía a María Helena en la universidad, la sentía rarita y yo decía: “¡Verga! Esa chama es así como uno. Uno debería como acercársele a ella”, pero me daba pena.

Una vez fui a la marcha del Orgullo en Caracas y entre sus convocantxs estaba la ASGDRe, y me fui metiendo cada vez más en cosas de la ASGDRe. Luego asistí a la fiesta en el nuevo Nuevo Circo “Descíframe o te devoro”, es cuando comienzo como a acercarme más directamente.

Años más tarde, entrada la etapa adulta, me permito experimentar con un personaje que construí, que es

un homenaje a Pedro Lemebel. A través de propuestas artísticas-culturales de calle, como elemento político de subversión, nace LameBear para trasgredir la figura de lo varonil, a través del uso de indumentaria y gestualidades “femeninas”. Lo que LameBear quiere es chocar el carro, básicamente develar la falsa creencia de los roles y el sexismo binario.

¿El profe marico?

Después de graduarme en la universidad, me reinstalo en ella para intentar aportar esfuerzos en la disminución de contradicciones académico-formativas. Asumo que las luchas políticas, de la Revolución bolivariana y la Revolución de la sexo-género-diversidad, juntas, y en cada espacio de mi vida. Me “infilto” como profesor de la Universidad Bolivariana de Venezuela. Cada momento es una oportunidad para luchar y enfrentarse a sí mismo y a las injusticias de lxs otrxs contra lo distinto.

Viajar me permitió conocer otras realidades

JESÚS ELÍAS GUTIÉRREZ ESCALONA

VENEZUELA IGUALITARIA

Nací el 29 de mayo de 1990, un día martes a las 7:47 p. m., aproximadamente, según me cuenta mi madre, en Barquisimeto, en la clínica Concepción. Mis padres son Esmir C. Escalona de Gutiérrez e Iván A. Gutiérrez Sivira, una joven pareja ya con un hijo de dos años a su cargo cuando nací. Mis hermanos Iván J. Gutiérrez E. y Yosemite M. Gutiérrez Escalona, mi hermano mayor por tres años y mi hermana menor por tres años. En casa vivíamos mi familia directa (mamá, papá, hermano y hermana) junto con mi abuelo y abuela maternos y un tío, hermano menor de mi mamá.

De niño era bastante retraído. Tenía poco contacto con las personas y tenía mucha dificultad para relacionarme. Mi infancia mayormente la pasé en solitario, cuando empecé a socializar, mi círculo eran mayormente niñas y niños parecidos a mí –diferentes– que no encajaban en lo común, los que no jugábamos pelota, escribíamos, estábamos más con las niñas y teníamos conductas más

afeminadas, muy poco me relacionaba con otros niños aunque ya notaba cierta atracción por ellos.

En la adolescencia fui descubriendo algunas cosas de mí, haciéndome ideas respecto a la vida, la sexualidad y las relaciones humanas. Fue un camino largo para entender que salía de la norma y eso estaba bien. Mi familia era creyente más no religiosa, pero bastante machista. Siempre fueron partidarios y partidarias de la heteronorma, cada vez que mis actitudes y conductas salían de las esperadas por un niño/chamo de mi edad había una frase bastante machista y correctiva, seguida de un “mosca pues” o “cuidado con eso...” alertando del peligro inminente que conlleva ser y asumirse homosexual y de paso ser afeminado.

Como estudiante me mantenía sólido con mi rendimiento académico, era un estudiante promedio, regular, destacando en algunas áreas y sobreviviendo en otras. Paralelo a mis estudios, a los dieciséis, comencé un curso denominado “programa de preparación de guardaparques”, un curso introductorio al tema ambiental, como requisito mínimo para pertenecer a la Asociación Civil Grupo Guardaparques Universitarios, organización ambientalista que tenía como centro el trabajo de educación ambiental, siendo este mi primer espacio de trabajo voluntario.

Desde ese momento, empecé a recorrer los espacios y responsabilidades dentro de Guardaparques, asumí la

responsabilidad de coordinar áreas de trabajo dentro del Parque Zoológico y Botánico Bararida, espacios donde asumíamos el trabajo de educación ambiental. Por unos años llevé el programa radial Onda ambiental, en dos emisoras comunitarias: Guachirongo en dial y Ondas del cercado, diversificando las cosas que hacía, siendo parte de varios procesos desde diferentes espacios irónicamente desde la misma organización. Más adelante trabajé en el Serpentario Sebastián de los Reyes también administrado por Guardaparques, haciendo manejo y control de las serpientes e impartiendo educación ambiental, mientras que coordinaba el programa de preparación.

Guardaparques me abrió también la oportunidad a otros espacios. En el año 2017 empecé con otra faceta, trabajando por primera vez como recreador en el Parque Zoológico y Botánico Bararida, sede de la organización. La recreación como oportunidad, me permitió crecer personal y laboralmente, facilitándome herramientas para trabajar con jóvenes, adultos y adultas desde otras formas, acercándome a la animación sociocultural.

Académicamente hablando, realicé mis estudios en la Universidad Centroccidental Lisandro Alvarado, estudié una licenciatura en Desarrollo Humano, entre varias vicisitudes, luchas como parte del movimiento estudiantil y actividades extra que iban y venían dependiendo de

mis intenciones, mis intereses y mi dinámica personal. Me compartía entre las clases y un mar de actividades, pero ya para el año 2010 hasta principios del año 2012, mantuve una relación erótico-afectiva con Carlos. Ya antes había tenido relaciones sexuales y erótico-afectivas con otros hombres, pero esta marca un punto importante en mi vida, me permitió cerrar procesos, ciclos, avanzar.

Con esta relación me acerque al proceso de vivir en pareja, cosa que planeamos varias veces y jamás logramos materializar, me reconecté con el tema de lo afectivo asumiendo que, fuera de mi cuerpo que no cumple con los cánones de belleza, tenía la oportunidad de relacionarme desde el afecto y no solo desde el sexo *express*. Me permitió darme una oportunidad que creía fugaz y extinta por la muerte, cuando uno es más chamo los lutos pesan más y extraña por más tiempo. Años atrás la relación que marcó mi vida había terminado a la fuerza de un carro y un conductor descuidado, ahora podía entender que podía vivir otras relaciones igual de intensas con otras personas, lo pude dejar ir, aceptando que no dejaría de extrañarlo.

Al terminar esta relación cada quien siguió su camino, siendo mi camino no tan sencillo porque re-apunta mi desorden de ansiedad con una crisis que hizo estragos en mí. Me mantuve varios meses inmersos en mí y mantuve al mínimo mis actividades. Al ir estabilizándome

retomé algunas actividades. Acercándome al fin de mi carga académica viajé a Argentina para mis pasantías, experiencia que me permitió acercarme a otras lógicas y otras maneras de ser y hacer.

Al encontrarme con espacios feministas, de educación popular, proaborto, *queers*, y de varones que se auto-reconocen como antipatriarcales, tuve la oportunidad de crecer en experiencias, en saberes, en prácticas que desconocía o que solamente había leído, teorizado. Regresé provisto de herramientas para seguir con lo que ya venía haciendo, fuera de mis espacios desde el movimiento ambientalista. Comenzaba a asumir antes del viaje responsabilidades en organizaciones más políticas, trabajando el tema del género y tímidamente la sexo-género-diversidad.

Asumir, entender el machismo y el patriarcado como hechos concretos, como sistemas de dominación me hicieron acercar a estos espacios políticos donde podía trabajar desde el tema del feminismo y estudios de género. Poco a poco, por insistencia de compañeras que llevaban la organización a nivel del estado Lara, comienzo a impulsar el trabajo de la diversidad sexual, “somos, estamos y existimos” no era ya únicamente el tema de las mujeres como sujetas oprimidas, era también entender que era oprimido, discriminado y que podía hacer algo al respecto.

La lucha en esos espacios se hacía más cuesta arriba, la resistencia de los varones –heterosexuales– que llevaban la organización desde escalas más altas era mucha, el desgaste de tener que luchar desde lo interno de la organización fue desanimándome a mantenerme. Me fui acercando a otras experiencias organizativas que tuvieran otra visión, me hermané con el Movimiento Mujeres por la Vida con las que empecé procesos formativos en diferentes comunidades, fui creciendo en experiencias que me daba el compartir con las mujeres, dar los talleres y convivir con el movimiento que tanto tienen por enseñar en sus vivencias y saberes.

En paralelo a esto, como apoyo a una amiga, me acerco a la asociación civil Venezuela Igualitaria, ella estaba coordinando el equipo en Lara, necesitaba a alguien que manejara tan bien como ella el tema académico y alguien que manejara la dinámica de ser militante/activista que no todo el mundo asume. Estuvimos un año tratando de canalizar un grupo de trabajo, eran diferentes cuerpos, diferentes dinámicas, varias razones por las cuales identificarse con Venezuela Igualitaria como organización.

Luego de un tiempo, por tiempo, dinámicas personales, responsabilidades, mi amiga deja su compromiso por lo que Giovanni me pide seguir, asumiendo la responsabilidad de llevar los procesos en el estado, organizando actividades formativas

desde lo interno y para la comunidad, cineforos, talleres que compartía con otra organización que también tocaba el tema LGBTI pero desde un enfoque político y partidista.

Intentando acercarme a organizaciones que asuman una visión política similar a la mía, comencé a asistir a encuentros nacionales, haciéndome copartícipe de algunos espacios, de la mano a compromisos que no se cumplieron pero manteniendo las intenciones. Llevé la organización por un año tratando de formar un equipo de trabajo que me hiciera apoyo, manteniendo la comunicación continua para seguir la misma línea de trabajo. Dirigía las actividades conjuntas con Venezuela Igualitaria para no dejar ningún compromiso por cumplir.

Llevé durante un año las actividades para ambas organizaciones, lo que me trajo un montón de experiencias, saberes, compartir, conocer y acercarme a gente que conocía desde otras ópticas y otras lógicas. Llevé la mayoría de las actividades junto con el Movimiento Mujeres por la Vida, seguimos hermanando lazos construyendo redes con diferentes organizaciones y personas, aunque los “deberían hacer”, “por qué no mejor...” no se hicieron esperar. No todo el mundo se adapta a la lógica y dinámica del militante/activista aunque quieran actividades.

Por las vueltas de la vida inició un viaje con mi actual compañero Salvatore, luego de un tiempo llevando vidas paralelas y distantes: me mudo a Caracas donde actualmente vivo con él. Ya en Caracas me mantengo dentro de Venezuela Igualitaria, ya para esta oportunidad, más hombro a hombro con Giovanni, la distancia se acorta y nos favorece, nos mantenemos con el compromiso de ir construyendo, formando también una generación de relevo para la organización.

Nos mantenemos actualmente en la lucha por el reconocimiento de las familias homomaternales y homopaternales, junto a esto el derecho a la identidad de los niños y las niñas dentro de estas familias, su derecho al apellido de sus madres y padres, por el matrimonio civil igualitario, el reconocimiento de las identidades trans y contra a cualquier acto de discriminación.

Para mí acercarme a los espacios de activismo, de militancia, de vida, han hecho un cambio en mi quehacer, en mis propios procesos personales, y desde lo más político, lo más personal que es mi identidad, mi cuerpo y mi sexualidad. Tomar estos espacios me ha permitido entender, entenderme, creer que los procesos de cambio y transformación no solo deben soñarse, deben hacerse a través de lo que nos disponemos hacer.

Nunca me he considerado un activista de los derechos de la comunidad LGBTQI

GAEL LUNA
COLECTIVA TRANSGRESORES

Soy Gael, un chico transgénero próximo a comenzar su proceso de hormonación. En cuanto a mi proceso de descubrimiento y autoaceptación quiero hablarles de lo más relevante.

El autodescubrimiento

A los tres años de edad luego de mirarme detenidamente al espejo, entendí que era un varón. Poco después comencé a sentirme atraído por las niñas, y admiración por las figuras masculinas predominantes en la televisión. Quería ser el héroe fuerte, intrépido y caballeroso que ganaba el corazón de la chica al final de cada historia y rescatar a una hermosa princesa en apuros.

La niñez

Me crie en un hogar machista, racista, xenofóbico, homofóbico y transfóbico. Era común escuchar frases como “malditos homosexuales”, “malditos maricos ojalá

se mueran”, “deberían quemarlos vivos”, por suerte estaba tan ocupado viviendo una realidad paralela en mi mente que no me dejé aludir por sus conductas o comentarios, y aunque me inculcaron su forma de pensar, no las comparto; aunque llegue a ser racista en algún momento, puedo decir que han pasado por mi vida amorosa varias increíbles mujeres morenas.

Fui educado en colegios católicos exclusivos para señoritas (cosa que agradezco), y me siento muy afortunado por haber crecido entre tantas mujeres, eso me ayudó a confirmar que era diferente a todas ellas. Aprendí además a tratarlas, escucharlas, entenderlas, respetarlas y jamás a subestimarlas. Entendí que las mujeres no necesitaban un salvador, ni un príncipe como lo pinta esta sociedad machista; que están completas por sí solas, y sobre todo que son fuertes y poderosas, capaces de hacer absolutamente todo lo que se propongan.

Afrontando el bullying

Cuando estaba pequeño muchos quisieron insultarme, lastimarme y herir mis sentimientos, me llamaban anormal, fenómeno, amenaza, error de Dios, anormal, machorra entre otros descalificativos. Sin embargo, siempre tuve a las muchachas del salón para defenderme de la agresión de alumnas de grados superiores, profesores, personal administrativo, representantes, etc.

Veían el maltrato a mi persona como una injusticia. Ellas, que habían crecido conmigo y tuvieron sus reservas en un comienzo, al conocerme me aceptaron, me integraron y me trataron con mucho afecto luego de entender que yo era simplemente otro ser humano que merecía vivir en paz. De eso aprendí que los niños no nacen con prejuicios, y que los prejuicios en sí son de papel y se los lleva el viento cuando te das la oportunidad de conocer a alguien diferente.

Suicidio

Muchos dicen que son etapas que se superan, recuerdo que la etapa más dura fue mi adolescencia temprana. Tuve mi primera menstruación poco antes de cumplir los nueve años de edad, y vi todas mis esperanzas de amanecer mágicamente siendo un varón totalmente destruidas. Esa fue la primera vez que me sentí tan solo, deprimido y agobiado, constantemente me preguntaba si valía la pena vivir así, en un cuerpo que consideraba ajeno.

Caminé encorvado por muchos años, no tenía una forma propia o constante de andar, iba por las calles imitando a los hombres, tratando de hallar “mi manera”, con pena a que otros me vieran y escondiendo “mis” senos, que no paraban de ganar volumen. Me volví sumamente inseguro, no me gustaba nada de mi cuerpo, simplemente quería frenar todo el proceso y volver a

nacer en el cuerpo correcto. Pensaba que en el cielo había un “pitcher”, encargado de lanzar las almas a los cuerpos, pero conmigo había lanzado una bola y mi alma entró en el cuerpo incorrecto.

He tratado de quitarme la vida en distintos momentos y me sentí sumamente cobarde al no lograrlo. Traté de cortarme las venas con pedazos de vidrio, pero no cortaba con profundidad, traté de lanzarme de lugares altos, pero no lo suficientemente altos para sufrir lesiones de gravedad, entre otros. Aún hoy no sé si el valor está en quien logra quitarse la vida o en quien sigue viviendo una realidad que le disgusta. En cualquier caso, sigo vivo y puedo contarles mi historia.

Mi mejor amigo

Una de las razones por las que fallé en todos mis intentos de suicidio fue mi mejor amigo. Él es un chico trans como yo. Lo conocí en el jardín de niños a los cinco años aunque ya antes nos habíamos visto, puesto que éramos vecinos. La conexión fue inmediata, nos vimos, hablamos, nos tratamos como niños y ya; era genial tener un amigo que me entendiera.

Pasamos por etapas similares aunque no al mismo tiempo, desde el comienzo tuvimos claro que éramos varones, años después nos dejamos llevar por la desinformación y la ignorancia nuestra y de quienes nos rodeaban, así que asumimos que éramos lesbianas,

porque según otros, eso éramos. Ambos llegamos a feminizarnos todo lo posible para vernos “más bonitas” y atractivas a otras lesbianas, agradar más a nuestras familias y así pasar “desapercibidas”. Luego de un duro proceso, nos redescubrimos, nos aceptamos y estamos viviendo en plenitud nuestra transición.

La mejor parte es saber que hemos pasado por las mismas cosas y sabemos entendernos. No podría estar más feliz de tenerlo en mi vida. Él siempre fue mi gran apoyo y mi alma gemela. Ojala todos los chicos trans tuvieran la suerte de tener un mejor amigo trans.

Resignación

A los trece años estuve al borde de una expulsión. Los maestros descubrieron que mantenía una relación afectiva con otra chica de mi salón, se enteraron en la dirección, los papás de la chica que exigían mi expulsión, y claro, mis papás.

Recuerdo que mi mamá y mi tía, que es como mi segunda madre, se sentaron frente a mí y dijeron que si yo era “esa basura” que estaban diciendo (homosexual) se iban a morir y no me querrían más; que en su familia no habían locos, y que los homosexuales no eran dignos de entrar en su casa. Me sentí realmente abatido y tuve que negarlo todo, mientras sentía como algo dentro de mí se fracturaba.

Las autoridades del colegio me recomendaron mantener un bajo perfil y mimetizarme con el resto de las chicas, eso hice... Me disfrazaba cada día, me deje crecer las uñas y las pinté, usaba brillo labial, pulseras, collares, zarcillos, hasta llegue a maquillarme en ocasiones y usar vestidos y tacones, mis pequeños, pequeños momentos de felicidad los tenía al interpretar papeles masculinos en obras escolares. Cada vez que me miraba al espejo veía un poco menos de mí, y un poco más de un ser ajeno. Tuve dos relaciones importantes en ese período donde me amé solo a través de los ojos de mis parejas entre los quince y los 23. Llegado algún punto en la relación les expresaba que me sentía varón, en ambos casos obtuve respuestas similares, “esto no es lo que acordamos al comenzar la relación”, “eso a mí no me gusta”, “si eso es lo que quieres es mejor terminar”, “si quisiera estar con un hombre buscaría un hombre de verdad”.

En ese momento ellas no entendían, con los años esas personas cambiaron sus puntos de vista, incluso me apoyan en mi transición; sin embargo, al escuchar esas frases, volvía a reprimir todo lo que era y sentía. Tanto reprimirme me llevó a acumular ira en mi interior y a estar molesto con el mundo la mayoría del tiempo, me olvidé por completo del amor propio.

Aceptación

Un día haciendo jardinería olvide que mis manos estaban sucias y me acaricie el mentón y la parte superior del labio mientras pensaba (cosa que hago regularmente). Al terminar me dispuse a tomar una ducha y al verme al espejo me di cuenta que tenía una graciosa barba dibujada en el rostro... me sentí feliz como nunca antes. Tome un set de fotos con la sonrisa más sincera que había tenido en mi vida. Y la difundí entre mis amistades, aunque algunos no supieron asimilarlo otros me brindaron todo su apoyo al decirme que me veía muy lindo y que debía reconsiderar un par de cosas en mi vida. Eso hice.

Al poco tiempo recuerdo haberme mirado al espejo y sincerarme, decir: “¡Este soy yo... soy un chico! Por eso no podré verme bien jamás como mujer, porque no es lo que soy”; pero esta vez no me sentí en el cuerpo equivocado. Me dije: “Soy un chico y este es mi cuerpo, debo comenzar a asumir mi masculinidad y dejarme ser libremente”. Desde ese momento comencé a toparme con las personas correctas. Personas que me apoyaban, parejas, amigos, todos empezaron a verme y tratarme diferente, con respeto y optimismo, estaban felices de ver mi felicidad.

Con respecto a mi familia, me da igual lo que ellos piensen. Son ellos los que han debido, con los años, moderar su lenguaje y cambiar su retrógrada forma de

ver el mundo. Una vez más deben aceptar mis cambios o acabaremos por romper lazos.

De todo el proceso aprendí que vine al mundo a vivir mi vida y ser feliz, no a complacer a otros ni cumplir estereotipos. Aceptar mi verdad me ha hecho libre.

...

Nunca me he considerado activista de los derechos de la comunidad LGTBIQ; sin embargo, siempre me he dado a la tarea de sensibilizar a las personas que me rodean contando mis experiencias y lo poco que puedo saber sobre estos temas. Un mundo mejor se construye con personas mejores, y las mejores personas se logran con educación y la información correcta.

Quiero un mundo mejor para mí y mi futura familia, ya que uno de mis sueños es ser un gran padre y esposo. Así pues, mi lucha ha sido constante desde que tengo conciencia. Una vida luchando por darme mi lugar, aunque en el fondo ya ni siquiera se siente como una lucha, para mí simplemente es estar vivo.

Escoger mi nombre

Me gustan mis iniciales y quería conservarlas (GILK), dado que mis apellidos no cambiarán, busqué dos nombres que, sumada su cantidad de letras, igualara la cantidad de letras de los nombres que me colocaron mis padres (doce). Adicionalmente uno de ellos debía tener una letra repetida, ya que el nombre con el que

me registraron posee doble ese (SS). Así que luego de mucho buscar nombres y significados me decidí por Gael e Ignacio con doble c.

Venezuela: Revolución, negritud y maricura

JEANETTE CHARLES
ASGDRE

Hace casi diez años llegué a Venezuela de los Estados Unidos y empecé a andar por un camino que me transformaría la vida en maneras inesperadas pero sumamente necesarias en tanto mi formación política como mi crecimiento holístico como mujer, marica, trabajadora y afrodescendiente.

Cuando me gradué de la universidad, me premiaron con una beca que me empoderó a seguir mis pasiones. Me dio la oportunidad y estabilidad económica que necesitaba para realizar un proyecto a mi manera y en cualquier parte del mundo, ciertamente fue un gran privilegio que no todxs tenemos y que siempre aprecio haber recibido.

Desde aquel entonces hasta ahora, me han conmovido los testimonios e historias de la Diáspora africana. Siempre he tenido dentro de mí un impulso por conocer y explorar nuestras historias extendidas por el gran océano Atlántico, donde tantos ancestros y

ancestras fallecieron por haberse rebelando en contra de la colonia.

Me ha llamado tanto la atención este tema, que siento que en el mundo material puedo tocar, ver y sentir las dimensiones desnudas de nuestras espiritualidades, ritmos, canciones, palabras y literaturas guardadas, provenientes a mí en los vientres de nuestras ancestras, en el coraje de nuestros cimarrones y cimarronas y en la rebeldía anticolonial de la juventud africana, secuestrada de sus tierras natales o nacidas en un mundo desconocido como las Américas.

Como historiadora, educadora y periodista, el trauma, tiempo y geografía que hemos atravesado por siglos, me es apasionante, y quiero conocerlo, estudiarlo, compartirlo e ir construyendo puentes para reparar nuestras heridas abiertas.

Llegué a Venezuela en agosto del año 2010 y por un año me dediqué a aprender lo principal del proceso bolivariano, un año que se había convertido en ya casi una década en la que aún sigo aprendiendo más cada día, en cada conversación y con cada amistad. En Venezuela me acerqué al movimiento afrovenezolano y también a otros sectores militantes del arte, la cultura y la juventud en mis primeros meses. También logré conocer a otras organizaciones campesinas, comuneras y feministas entregadas a “crear un mundo donde quepan muchos

mundos”, como dicen nustrxs hermanxs zapatistas. Y ahí, me comprometí a compartir lo poco que pude ofrecer como extranjera, como “gringa” en un proceso que realmente no me necesitaba a mí, pero que estaba dispuesto recibir de mis capacidades como facilitadora y como joven revolucionaria.

...

Mi sensibilidad fue influida por las comunidades que me nutrieron: la clase trabajadora negra y mayormente latinoamericana de Los Ángeles, en los Estados Unidos. Somos una ciudad llena de Diásporas, desde la gente negra del sur de los Estados Unidos que escaparon de la violencia de la supremacía blanca y el Ku Klux Klan; las migraciones diversas de pueblos asiáticos como el pueblo coreano, filipino, tailandés y chino; las olas de refugiados centroamericanos que huyeron de guerras instigadas por los Estados Unidos; y, por supuesto, las comunidades ancestrales de la tierra que llamo mi primer hogar, que incluyen a lxs mexicanxs originarios y los pueblos indígenas.

Yo llegué a Venezuela como hija de la Diáspora haitiana y desconocía la cantidad de historia entrelazada de nuestros pueblos. Aprendí de las luchas por la libertad en Sudamérica, que mis ancestrxs ayudaron a liderar en nombre de la liberación negra y abolición.

Supongo que te estarás preguntando ¿qué tiene que ver esta historia con un libro sobre lxs maricxs y una organización como la ASGDRe? Para mí, estas historias y esta contextualización del por qué me encontré en Venezuela, tienen que ver con el cómo llegué a acercarme a esta comunidad increíble de mujeres, hombres, trans, maricxs que conforman mi familia, mi tribu en otra tierra, cerca de otro mar pero con el mismo espíritu y alma. En Venezuela imprevisamente me conocí y develé mi identidad como marica y por eso, estoy agradecida eternamente.

...

En los Estados Unidos, aunque existen “derechos de igualdad”, no tenemos el nivel de participación política, ni nos encontramos en la toma de decisiones de este país; aunque nuestros movimientos de liberación nacional de los años sesenta y setenta intentaron a través de una política antimperialista, internacionalista, de izquierdas, feminista, radical y negra, no pudieron lograr los niveles de autodeterminación que realmente nos merecemos. Y ahorita estamos en una situación de guerra en que estos pocos derechos que sí existen, pocos realmente los gozan. Están en peligro bajo la administración actual de Trump.

En nuestras comunidades negras, latinas y no-blancas de la clase trabajadora, aún existen tabúes y estamos luchando para vencerlos. Yo me crie en

una casa con culturas distintas, una madre alemano-estadounidense y un padre migrante haitiano. Yo accedí a mi sexualidad como maricx al llegar a Venezuela, en el momento que me di espacio y tiempo lejos de mi familia de sangre y mis amistades de adolescencia. Para mí, los temas de sexualidad y género fueron poco hablados en mi casa. Dentro de mi grupo de amistades, nos encajamos en los estereotipos de jovencitas *nerds* quienes trabajamos mucho para sacar a nuestras familias adelante. No teníamos tiempo ni el interés de hablar del sexo, novios, novias, o si nos sentíamos realmente “mujeres”, “femininas”, etc. Aunque yo tuviera un novio a finales del liceo y los primeros años de la universidad, nunca me sentía heterosexual.

Cuando llegué a Venezuela, había pasado años aprendiendo de mí, mis intereses y mi camino. Me iba construyendo mi proyecto de vida.

...

En mi primer año en Caracas conocí la Universidad Bolivariana de Venezuela y un campamento de tierras recuperadas. En ambos casos conocí a dos mujeres quienes me transformaron muchísimo. En la UBV, María Helena, miembro de la ASGDRe, llegó a ser una de mis amigas más cercanas y quien, hasta el día de hoy, es una costi. Aunque puedan pasar semanas o casi un año sin

vernos, seguimos siempre con nuestras conversaciones y nuestros proyectos juntas.

En el campamento la comunidad me invitó a ser facilitadora de talleres y cineforos para jóvenes. Y en estas labores comunitarias en que estás pasando horas y días con la gente, me enamoré de una mujer. Ella me dio alojamiento cuando pasaba roncha consiguiendo una vivienda digna y me tomó como confidente, como si nos hubiéramos conocido durante toda la vida. Compartimos un romance sobreentendido. Hablamos de nuestros sentimientos más profundos e historias de vida. Diseñamos talleres para el campamento e hicimos guardia juntas en nuestra vida pública. Y en lo privado, hacíamos casa y mercado. Cuando ya me di cuenta, yo estaba completamente comprometida. Mi confusión tenía que ver con la ausencia de una manifestación física-sexual de nuestra relación. Llegamos a actuar en base a nuestros deseos físicos, ya al terminar varios meses de vivir juntas y mi último día de estancia en su casa.

Nuestra relación e intimidad cambiaron rápidamente cuando volví a visitar a mi familia, y al retomar a algunos compromisos laborales en Los Ángeles. Realmente nunca recuperamos la belleza y gentilidad que nos caracterizaron los primeros meses de amistad y amor que nos forjamos. Sin embargo, nos cuidamos una a la otra y siempre estamos en contacto.

Cuando reflexioné seriamente sobre mis sentimientos por esa mujer y acepté la muerte simbólica de mi primer romance lésbico, regresé a Venezuela para visitar a la gente quien me invitó a construir hombro a hombro este proyecto socialista, que para mí encapsula la inclusión, reparaciones (deuda histórica) y el poder popular. Al retornar, María Helena me pidió participar en un programa de radio de la ASGDRe. En esta entrevista conocí a otra miembro de la ASGDRe, quién se convertiría en una de las relaciones más importantes de mi vida. A través de estas dos mujeres, me involucré en la ASGDRe.

Y aunque me conocieron lxs miembrxs de la ASGDRe primeramente como la pareja de alguien, yo desarrollé una relación con el colectivo que trascendió a la relación romántica que creé con una persona. Yo me paré en este espacio de formación militante, combativa y revolucionaria como una mujer negra, marica con su propia postura política.

Fue difícil entenderlo al principio, vivir dentro de las tradicionales expectativas de lo que se supone debería ser un hombre

ALEJANDRO PACHECO
VENEZUELA IGUALITARIA

¡Manifiesto a la mariquera!

Hay que reivindicar la mariquera.

Decir en voz alta a la gente que ser marico es arrechísimo sentir orgullo, pasión y convicción por lo que se es.

Si estar conectado con mis sentimientos y poder expresarme si llorar por las tristezas y por las alegrías lo confirma y si creo que existe una espiritualidad que alimentar dentro de mí no te deja dudas pues sí, soy marico.

Si tengo la fantasía de hacerme *Drag Queen* al menos una vez por diversión

si quiero algún día maquillar mi cara porque me da la gana

si prefiero bailar solo, jugar al *Just Dance*,

hacer *Lipsync* o cantar karaoke

y si no quiero tirarme encima de una mujer bailando reggaetón o la bachata de moda

sí, soy el faro de luz de la mariquera.

Si no quiero ver la foto de las tetas de la caraja

que te cuadraste por *Tinder*
o la que viste por *Instagram*
o la porno que envías al grupo de panas por *Whatsapp*
si todo eso me hace marico...
¡Pues qué arrecho es ser marico!
Si estoy más indignado de lo normal
si la mayoría de las situaciones me parecen injustas
y si me gusta caminar cruzado porque lo hago arrechísimo
descuida, que sí, soy bien marico.
Si prefiero masturbar a mi novia antes que penetrarla
[con mi pene
si prefiero dar más orales que recibirlos
si no me incómoda decir que estoy aprendiendo a tener
relaciones sexuales
que no sabía cómo era una mujer con un orgasmo
que no sabía cómo era una mujer satisfecha
que no me apetece pagar una prostituta
y que me encantaría que dejarás de creer que debería
engañar a una mujer
porque eso es lo que hacen los hombres de verdad
si todo eso me hace menos hombre o más marico,
¡Sí!, soy todo lo marico que puede ser un hombre.
¿Qué te digo?
¡Quiero ser el arrecho más marico y el marico más
[arrecho!
No lamento si eso incómoda tu frágil masculinidad
tu concepción de hombre de papel y vidrio

lamento que no pueda llegar a hacerte entender
se puede ser marico, ser heterosexual y seguir siendo hombre.
No lamento tu rigidez
lamento tu limitada capacidad de explorar tu sexualidad
tu poca comprensión sobre ti mismo
tu poca conexión con otras personas.
Yo reivindico la mariquera, mi mariquera
porque sin duda me ha hecho mejor persona
¡Gracias a todos esos maricos y a todas esas maricas!
A ustedes les digo que cuando sientan el peso de la
discriminación
el peso del machismo internalizado sobre sus hombros
no se preocupen, no están solos ni solas
hay más maricos y maricas en el mundo.
¡Qué viva la mariquera!

Fue difícil entenderlo al principio, vivir dentro de las tradicionales expectativas de lo que se supone debería ser un hombre. Ver a mi padre encerrado dentro de su cabeza sin saber cómo ni cuándo debía expresar sus sentimientos, ver a mi madre expresarse completamente, llorarle con ganas a su vida, ver a mi hermana calculando los pasos de todo lo que debía hacer, resolviendo los asuntos del hogar y los suyos, ver a mis hermanos perderse de mi vista, verlos con distintas mujeres haciendo cosas que cuestiono gravemente en

la actualidad. Todas mis referencias apuntaban a ser el perfecto hijo sano del patriarcado, ese hijo que tanto mi familia disfrutó y sigue haciéndolo.

Tuve la oportunidad de verlo diferente, de vivirme distinto, de contactar aquello a lo que tanto se le temía dentro de la familia. Estar en Venezuela Igualitaria, hacer una tesis sobre masculinidades subalternas, ser y sentirme feminista, todo cobra sentido con esto:

Comenzó en bachillerato, estaba en el 9.º año dentro de un liceo privado y privilegiado de Caricuao, para entonces mi cuerpo era muy pequeño, muy gordo y lo suficientemente vulnerable como para no dejar de ser el objeto de acoso escolar preferido. Sin embargo, ser vulnerable también es un capital social para otra clase de grupos de personas: las marginadas. Llegué a conocer a varias personas interesantes pero dos me marcaron, pues fueron mi primer contacto a lo que hoy estoy llamando diversidad sexual. Una de ellas, por correo electrónico, me revela aquella noticia, me dice que es gay; mi reacción primaria fue negación, era alguien que conocí desde 4.º grado y no procesaba cómo era eso posible, además no “parecía” un gay porque él “es” demasiado “serio”. No mucho tiempo después una amiga desde el Messenger me dice que es lesbiana, no hubo resistencia alguna, obedeció para entonces todos mis estereotipos y prejuicios de lo que conocía como mujer lesbiana.

Significó mucho para mí ser la primera persona para ambos casos, me tomaron en cuenta para decir esto por primera vez. Y cuando me hacía la pregunta del “¿por qué yo?” fue cuando comencé a notar los chistes y las burlas hacía mí, comencé a sensibilizarme diferente, no era la usual vulnerabilidad que sentía sobre mi aspecto físico o mi sentimentalismo, se trataba de un asunto que ahora, después de tantos años, vengo comprendiendo: se trataba de mi masculinidad en juego.

Ser el marico sin saber que lo era, ser el marico del salón porque nunca había tenido una novia, porque era demasiado delicado con expresiones muy poco toscas, porque prefería cruzar mis piernas en vez de poner una pierna sobre mi rodilla como los verdaderos hombres lo hacen, cada chiste sobre mi orientación sexual que vulnera mi proceso de elaboración de mi identidad: ese temor real de conocerme y encontrarme con algo que no me gustaría para entonces. Todo esto hasta el punto de verme obligado a pelear por mi masculinidad, pelear mi territorio de macho, cumplir con las expectativas de mi familia, compañeros y compañeras, de aquellas personas que me daban clases. Las expectativas que están disfrazadas de estigmatizaciones sociales que en el fondo no son más que demandas que la sociedad te impone para seguir la norma.

Fui empujado a ser el hombre que la gente quería que fuera y sin hacerme ninguna pregunta acaté la demanda: se estiró mi cuerpo, lo moldeé dentro de gimnasios tóxicos que solo me mostraban cuerpos ficticios, endurecí mis emociones para no tener que verme lastimado por nadie; cosifiqué los cuerpos de las mujeres para dejar de ponerme nervioso frente a ellas, paré de pensar en el otro y en la otra, competí contra otros hombres para ser alguien, cogí a mujeres para ser alguien, las utilicé para ser alguien, y cuando sentí que era alguien fue cuando me di cuenta que no era nadie.

Fue la fragilidad de la masculinidad lo que salió a flote en mí cuando recibo mi primera infidelidad, no era poder lo que yo tenía, era una ilusión. Ninguno de mis privilegios hacían lo suficiente frente a la realidad de que hay otros hombres que cumplen mejor ese rol hegemónico y que por lo tanto aprovechan mejor nuestros privilegios, saben ejercer mejor ese poder que el patriarcado nos da desde que nacemos.

Todo cayó por su propio peso dentro de su misma lógica: el cuerpo, el ejercicio del poder, el deseo, la definición de lo que era para mí una mujer, la definición del mí mismo; todo, absolutamente todo es género, todo está mal hecho dentro este binario rígido femenino/masculino, todo este ejercicio desigual del poder en los roles de género, todo aquello lo pude sentir cuando mi ego de hombre dueño de cuerpos, proveedor de vida y

placeres, fue destruido ¡Y ahora lo agradezco! Porque sin entenderlo muy bien, sin poder identificar lo que sentía ni cómo sentirlo, me permitió regresar a las preguntas, a los cuestionamientos, a fallar y volver a intentar mejor, a las contradicciones para superar.

No fue hasta que entré a la Universidad Central de Venezuela, en la carrera de Psicología, que pude construir esto. Hoy creo que esto jamás podría haberlo elaborado solo; siempre necesité el apoyo de mis profesores y profesoras para las lecturas necesarias y las lecturas para no estar de acuerdo; de mis parejas para mostrarme lo que para ellas era un hombre de verdad y lo que no lo era, o para hacerme sentir muy cómodo o muy incómodo conmigo; de amigos y amigas que, al igual que antes, han sido aquellas personas marginadas durante la historia de la sociedad moderna.

A partir del año 2017 después de tropezar tanto sobre mi propia masculinidad tóxica tuve la oportunidad de conocer un gran grupo de personas excepcionales que directa e indirectamente influyeron en mi vida para siempre, dejando que viera mucho más de aquello que necesitaba para poder explorar de forma más sana mi propia masculinidad, una masculinidad subalterna. Tuve maestras y maestros en género, que con mucha y con poca paciencia me mostraron todo lo que soy y lo que podía llegar a ser, derrumbaron más de un muro desde el feminismo que viene a incomodar, desde el feminismo

que para mí es necesario. Me ayudaron a ver cómo son de frágiles nuestras masculinidades, me hicieron ver un ejercicio distinto y más inclusivo de la sexualidad, de-construyeron muchos de mis prejuicios entorno al cuerpo, al deseo y el placer, que el hombre también le da el culo a su pareja y que si ella traga tú también tragas. En fin, todo eso que representa una masculinidad no hegemónica y de-construida del patriarcado y el machismo. Con esto último no hago referencia a un proceso acabado, esto es un proceso que nunca podría cerrar, el género nunca termina de construirse por lo que mi masculinidad tampoco lo ha hecho.

Y esto apenas es solo la punta del iceberg, todavía falta mucho por de-construir sobre mí, muchos prejuicios y discriminación que erradicar sobre mí y las demás personas. Justamente por eso, por esas personas que me enseñaron esta alternativa, por esas personas que no tienen los mismos privilegios que yo, por esas personas es que hoy lucho, porque gracias a esos muchos maricos y lesbianas hoy puedo llamarme defensor de la comunidad LGBTI. Porque no quiero que sigan viviendo la misma discriminación, quiero que se garanticen sus derechos como ciudadanos y ciudadanas del Estado venezolano, quiero que me inviten a sus matrimonios y divorcios, quiero que me enseñen a sus hijos e hijas, quiero que cumplan

sus sueños pero sobre todo quiero que tengan la oportunidad que yo tengo: poder decidir.

Y por esas mujeres que me dedicaron su tiempo intelectual, romántico y espiritual, esas mujeres que hoy siguen luchando por el aborto, por esas mujeres que dicen en voz alta lo que no les gusta es que puedo llamarme feminista, abortista y abolicionista. Porque quiero que mi pareja se empodere y se emancipe cada día más, porque quiero que decidan cuándo y cómo vivirán su maternidad si es que decidiesen hacerlo. Porque quiero que se conecten más sus menstruaciones y sus cuerpos, que los amen y se abracen, porque no quiero ver a ninguna mujer vendiendo su cuerpo a cambio de una residencia temporal en el extranjero para poder subsistir. Porque no quiero leer más noticias sobre feminicidios, trata de blanca o prostitución infantil. Porque quiero que nosotros, los hombres, aprendamos a ser hombres de verdad, hombres con una masculinidad no tóxica, antipatriarcal, antisexista, antiracista, anticlasista.

Por todas estas razones y muchas más a las que no alcanza mi límite de páginas es que abandero esta lucha. Porque ya lo decía Kate Millet, mujer, lesbiana, escritora feminista, cineasta, escultora, filósofa, activista y profesora: “Lo personal es político”. Y me corresponde, por responsabilidad política y ética, acompañar a un mundo más justo, más digno, más igualitario y más equitativo a todos y todas las compañeras de la diversidad

sexual y del movimiento feminista que están dispuestas a trabajar por ello.

Quiero ser una mujer.

Cuando sea grande quiero ser una mujer
no una mujer única que sea una en un millón
sino un millón de mujeres en una.

Quiero ser una mujer y no tomarme una foto erótica
con la excusa de las bellas artes y la industria de por medio
ni para causarle erecciones morbosas
a hombres sádicos de vitrina
esa foto que guiñe la curvatura de mis senos que tanto
me gustan ver.

Cuando sea grande quiero ser una mujer
para no conquistar hombres que escribirán poemas para mí
hombres que me harán su musa y su fantasía recurrente
hombres a los que les romperé el corazón o
les romperé de cariño.

Quiero ser una mujer para sentir múltiples orgasmos
cuando haga el amor
y para descubrir mi sexualidad hasta ser una maestra
en el arte de amar.

Cuando sea grande quiero ser una mujer
para que me lean poemas y me coqueteen
y porque no quiero que me digan hermosas mentiras
que me creeré y después no.

Quiero ser una mujer para
no maquillar mis imperfecciones
para llorarle con ganas a las tristezas,
para no declararle mi odio a la menstruación
y sí reivindicarlo
para ver el mundo como solo las mujeres lo ven.
Cuando sea grande quiero ser una mujer
para no ser hombre
para no ser el frívolo y sin sentimientos
para no ser el atracador de pubis y solitarios corazones
para no ser el vernáculo que tiene el deber de proteger
a toda doncella.
Quiero ser una mujer para que los hombres me vean
como yo miro a las mujeres.
Quiero ser una mujer para
no sonreír naturalmente bien a la foto
para llevar un cabello largo color azabache
que deje sin aliento
para sonrojarme y armar un plan de conquista al hombre
o la mujer que me guste.
Cuando sea grande quiero ser una mujer
para ser poesía de alguien
quiero ser una mujer para llamarme Mónica o Miranda
o Camila o Manuela o como eternos quieras
para andarme a mí misma por la calle
sentir los miedos y las inseguridades
descubrir lo angustioso de las babosadas obraras

para indignarme por el maltrato
y temerle con ganas a las violaciones
Cuando sea grande quiero ser una mujer
Para replicarle a las tradiciones
ponerme la ropa que quiera llevar
para ir en contra de las prostituciones
eternas explotaciones del cuerpo femenino
y para sentir profunda sororidad a mis hermanas.
Cuando sea grande quiero ser una mujer
para ser un mejor hombre.

Sobre la identidad de género y la expresión de género, jamás ha habido problemas... el tema de la orientación sexual es otra historia

VICTORIA PEÑA
VENEZUELA IGUALITARIA

Sobre la identidad de género y la expresión de género, pues jamás ha habido problemas. Estoy satisfecha con la asignación que me dieron, adoro el rosa, los lazos y las faldas.

Ahora bien, el tema de la orientación sexual es otra historia. Pienso que todas las personas ya conocen su orientación sexual desde temprana edad o, al menos, ese fue mi caso. Desde niña me gustaba el maestro de música o la maestra de inglés. Solo que a los niños varones sí les celebran ese tipo de cosas, no hay mucho problema si un niño dice que le gusta la maestra; sin embargo, se espera que las niñas no digan algo así. Cuando eres niña ya está mal decir que te gusta un varón, podrías perder un par de dientes si dices que te gusta una mujer, es una afirmación inaceptable para un gran número de familias.

Ya de adolescente la cosa cambia, se espera que una demuestre algún tipo de interés sexual; no obstante, se debe tener cuidado con algún tipo de embarazo, si eres hembra. Si eres varón, no te daban ese tipo de recomendaciones. En mi caso, me gustaban compañeros de clase y compañeras de clases por igual, pero lo de las chicas jamás se dice o se cuenta. No hay nada dicho, ni escrito, pero en el aire se intuye algo que te hace vigilar el comportamiento. En el caso de la bisexualidad, a esa edad es muy gracioso porque alrededor se inquietan si das indicios de “salir rara”, y al mes todxs respiran aliviadxs cuando dices que te gusta algún chico o apareces con un novio. Es realmente para reír. Entonces las situaciones van de la tensión al alivio constantemente: “Parece que le gusta una amiga” (tensión), “le gusta un amigo” (alivio), tensión-alivio-tensión-alivio. Algunxs piensan que eres rara, otrxs piensan que eres normal, lo que nadie jamás piensa es que eres bisexual. Es muy gracioso.

En esa bipolaridad se llega a la edad adulta y comienza el problema. Todos los libros de texto sobre educación sexual que tuve en el colegio/liceo hablaban de hombre-mujer, ninguno decía nada homosexual (a menos que fuera para criticar) y ninguno hablaba de bisexualidad. Así que a los veinte años iba caminando sexualmente y tropezando cada 2x3. Según los libros educativos no eres hetero, no eres gay. No eres nada.

Por otro lado, las chicas bisexuales siempre son bienvenidas en todas partes. Creo que se trata de algún tipo de machismo en los grupos *swingers*. En estos ambientes, se alienta el lesbianismo o la bisexualidad entre mujeres y se condena el mismo comportamiento en hombres.

Ya que no sabía bien adonde ir o donde encajar, terminé en un estilo de vida *swinger* por unos diez años. Sin ningún tipo de orientación ni definición. Es decir, aunque estaba graduada de la universidad y había leído centenares de libros, internamente no me identificaba como bisexual, ni comprendía el concepto. Si bien era cierto que tenía sexo con hombres y mujeres, me consideraba “normal heterosexual”. Fue en este estilo de vida donde finalmente logré la autoaceptación, luego de un doloroso proceso que incluyó varios intentos de suicidio, alguien (un amigo gay) tuvo un poco de paciencia y cordura y logró entenderme y darme la conceptualización que necesitaba: “Lo que pasa es que eres bisexual”. Podrían parecer palabras sencillas, en mi caso fueron la explicación a casi diez años de búsqueda. Diez años que pude haberme ahorrado si en la escuela me hubieran dicho: “Hay personas heterosexuales, homosexuales y bisexuales, a las bisexuales les gustan hombres y mujeres”. Fin. No era tan difícil.

El deseo de suicidio venía por no hallarme, deseaba ser normal y ser aceptada. Casarme, hacer lo que hace

todo el mundo, pero está mal enamorarte de alguien y que te guste una chica al mismo tiempo. Cuando te das cuenta de que no te van a aceptar y que no iba a dejar esta orientación, comenzaron las mentiras, no hubo a quien no le mintiera: a la familia, lxs amigxs, el novio, el jefe, lxs compañerx, profesores, a todo el mundo le mentía. Dices que va a estudiar y te vas con una pareja sábado y domingo, al novio le dices que vas con las amigas, a las amigas, que estás de compra y a lxs profesores les dices que estabas enferma el fin de semana y por eso no estudiaste. De repente las cosas empiezan a ponerse confusas y a no encajar, en cierto punto una solo quiere ponerle fin al desastre porque entras como en un círculo vicioso: me quiero casar-me gusta más de una persona-no me puedo casar con dos-me quiero casar... Ese círculo no se cierra, es horrible, no logras entrar en el esquema social y ya luego de varios años una está cansada y quiere descansar, de esa forma empiezas a concebir la idea del suicidio.

Actualmente me encuentro bien, soy feliz. Me considero bisexual y poliamorosa, dos conceptos (junto con otros) que abrazo fuertemente y con los que me siento plena. Con mi experiencia he ayudado a otras personas. No he dejado de ser rara, es solo que ya no me importa. Estoy bien.

En qué momento, Victoria, asumiste tu orientación sexual

Esta respuesta ya no me queda tan clara. Algunas personas dentro del movimiento no entienden bien la bisexualidad, incluso dentro del grupo GLBTI a veces pareciera que la letra “B” está borrosa, y fuese GLTI.

Los de afuera piensan que una es lesbiana de clóset y los de adentro te dicen que una es heterosexual de clóset. Así que no siempre hay empatía hacia este tipo de orientación sexual, ya que es fácil mimetizarse tanto dentro como fuera, en general lxs bisexuales terminamos casadxs y dándonos escapadas (mintiendo, mintiendo, mintiendo), sin ánimos de generalizar. A pesar de eso, debo reconocer que no siempre es fácil delimitar a una persona bisexual, los límites son borrosos y el/la humanx es complicadx. Es un poco complejo, quizá por eso no siempre lo aceptan.

La verdad nunca me he sentido mal por lxs bisexuales, al menos las chicas no lo pasan tan mal. Luego que dejé de mentir, el mayor problema que he tenido en la lucha por ser bisexual es el que mencioné arriba. Creo que entré en la lucha por mis amigos gais, recuerdo que en esos años que salí del clóset, mataron a Zamudio en Chile y me dio tanta tristeza. No lo conocí, pero pensé en mis amigos aquí y que podrían haber sido ellos. También empecé a ver como maltratan a las mujeres transgénero en las calles. Llegué a tener una novia con esta identidad

de género y vi como no podía ir a cualquier entidad bancaria, sino ir siempre al mismo banco en Los Ruices donde conocen “su caso” y le pagan con su cédula de hombre. Poco a poco comencé a sensibilizarme con estas personas que sufren solo porque no son “normales”. Es tan estúpido; me parecía tan idiota que mi novia tuviera que viajar doce estaciones de metro, cuando podría ir a la que queda a una estación, solo porque es rara. ¿Rara? Ni que fuera de piel verde. Es todo ilógico, sin sentido. Y ese era solo uno de todos los inconvenientes que tenía cada día. Había que aguantar malas caras, malas palabras, malos comentarios, rechazos y un largo etcétera de situaciones negativas por un bendito papel que no la identifica. Observando todo eso que viven lxs demás, este grupo, Venezuela Igualitaria, me hizo sentir incluida. Lo mío no era tan grave, pero la “B” estaba ahí, junto con las demás siglas que sí estaban viviendo toda una cantidad de experiencias horribles y traumáticas, y pienso que así terminé en la lucha por la diversidad sexual.

Aquí la lucha es la misma...

GIULIANO BÁRCENAS RIVAS
ASGDRE

Toda mi vida he reflexionado sobre mi vida sexual, porque siempre me han gustado los hombres. Siempre vi a la mujer como una amiga, como una aliada, como una hermana, o sea, nunca la vi sexualmente.

Como a los dieciséis años, con el ritual de “ser hombre”, tuve malas experiencias por el machismo instaurado. “¡Tienes que cogétela!”, y no sé qué más: que tienes que perder la virginidad con una chica. Yo estando ahí llegué a la escena del hecho, como dicen, y ni si quiera lo intenté, pues sentí que el engaño fuese una especie de violación. Por eso no terminó en acto sexual. Esto pasó como dos o tres veces. A mí me gustaban los chicos y los hombres. También tuve experiencias con amigos y compañeros del liceo. Durante todo ese proceso en el que yo me sentía a gusto, sentía placer, sentía excitación, sentía morbo, sentía muchas cosas, sentía atracción, sentía deseo.

Yo siempre quise tener y tuve naturalidad respecto a mi sexualidad. Siempre me asumí desde los quince años: gay.

A los siete años, recuerdo, tuve, más o menos a esa edad, como una especie de noviecito, pero era como un amor así como totalmente natural y totalmente ingenuo, de besos y cuestiones así. Nunca llegamos al acto sexual porque no había esa codificación del sexo en nosotros. Lo que hacíamos era darnos besitos, abrazarnos, querernos, incluso llegamos a decir que éramos noviecitos. Nos denominamos así porque siempre escuchábamos que si la noviecita de no sé quién. Entonces nosotros decidimos como naturalmente ser eso pues, noviecitos. Hacíamos todo esto en El Callao, en el colegio, en mi casa...

Otra experiencia de la homosexualidad que quisiera relatar es aquel rechazo que llegué a sentir hacia “los fuertes” o afeminados. Esta sensación me daba angustia, y este sentimiento me llevó también a un proceso de reflexión. Me percaté que reaccionaba así por el tema de mi hogar. Yo tuve la oportunidad de conocer a un amigo que era excesivamente femenino y yo temía llevarlo a mi casa por esa situación. No lo llevaba para evitar exponerme, sino por temor a que en mi casa fuera a haber un problema de ellos hacia mi amigo.

En mi vida tuve la libertad de hacer lo que yo quisiera, incluso yo me acuerdo que terminando el bachillerato yo asumí la conducta de explotar así de ponerme vainas, pulseritas y huevonadas, vainas así. En ese proceso de vivir no sé qué, tuve la posibilidad de experimentar muchas situaciones en mi vida de acoso sexual por parte

de hombres, como le ocurre a las muchachas en la calle a diario, no sé por qué, no sé si era por ser blanquito, por tener los ojos verdes, porque era catirito... Esto se evidenciaba cuando yo iba del liceo a la casa, en no sé, subir y bajar las calles, había hombres que me perseguían, a pie e incluso en carros, otros me decían que me iban a meter a juro a la camioneta si no accedía. Esto me generó conflictos, llegando al alejamiento y a sentir repudio hacia la homosexualidad.

En la adultez, mirar al otro

Al entrar a la adultez veía que mucha gente sufría por estos temas. Veía muchos amigos míos que no tenían ni a su papá ni a su mamá, y vivían, por ejemplo, en casa de un tipo que los alojaba, y el tipo se aprovechaba de cogérselos. O tenía amigos, que todavía son mis grandes amigos, que vivían arrimados y terminaban siempre en el mismo peo de dar su cuerpo para poder vivir en tal lado.

...

Yo empecé la movida del ambiente. Era un tema de escape porque yo quería besarme con un hombre, yo quería estar con una persona de mi mismo sexo. Yo me preguntaba por qué tenía que ir a un lugar de estos, las discos. Y siempre tuve esa cuestión de disgusto, de que el tema de la diversidad sexual se reducía a la rumbeadera, a la bebedera de aguardiente, al sexo.

Estos centros, para mí, no es que eran un tema sexual: eran un tema pornográfico. Eran un tema de abuso, muchas veces sexual, hacia otros compañeros. Esos lugares eran un asidero de gente buscando otra gente para tener sexo, drogas, alcohol, además de ir buscando chamitos para terminar tirando y ya.

La cuestión de violencia era peor con las muchachas trans. Yo tuve compañeros que decidieron ser trans, y ahorita están muertas. Recuerdo a un amigo, con él y una amiga nos fuimos a rumbear a Valencia, y él decidió vestirse de mujer, lo hizo dentro del carro en el estacionamiento de una disco. Al intentar entrar, no lo dejan porque estaba vestido de mujer.

Él finalmente vivió varios procesos de cambios y tratamientos hormonales; me enteré que fue un proceso bastante difícil. Tanto que él decidió ahorcarse en la sala de su casa cuando su mamá bajaba a comprar al supermercado. Conocí a otras personas con esa misma situación.

También en ese proceso de mi paso de la adolescencia a la adultez, entré en el tema político, la universidad, mi militancia política izquierda con el colectivo de trabajo revolucionario. Entonces entré en un peo, un conflicto, porque esos grupos mayormente eran antigay y homofóbicos. Yo estudié en la escuela de Sociología de la UCV, y ahí ser homosexual era la muerte política

porque no podías existir, y no podías optar por ningún puesto de votación dentro de la misma dinámica porque eras marico.

Entonces yo decía: “No, ya yo no puedo estar en este peo de estar rumbeando porque yo me estoy formando políticamente, esta vaina me parece que es muy gringa. Por qué las mujeres, por qué las trans tienen que vestirse como una prostituta gringa y no ser distintas, ser una llanera, ser una..., no sé...”

Sigo en la UCV, y ahí comencé a cuestionar muchas cosas más, a tener más amigos, a juntarme con amigos que fueran con más fijación hacia la izquierda, pero que fueran gais. Era muy difícil conseguir a una persona con estas características porque a lo mejor era homosexual, sin embargo, no se mostraba gay, porque la dinámica te llevaba a ser de izquierda o a ser homosexual. Al pasar los años, cuando terminé la universidad, me quedé loco cuando me enteré de ese montón de gente que eran maricos y eran homofóbicos.

A mí me dolía, porque ¡coño! yo militaba en la universidad y había compañeros que eran ultraizquierdosos, ultramachos y tal, y se burlaban, hacían comentarios despectivos contra algunos compañeros, y eso a mí me generaba un dolor, un conflicto bastante difícil.

Yo no quería seguir en esa vida de rumbas, esa vaina, esa discotequera. Para mí eso era una vaina súper horrible porque yo creía que había que hacer una

lucha diferente. Ahí es donde yo estuve en un proceso de formación dentro de mi colectivo de trabajadores revolucionarios dentro de la universidad.

Era alguna forma para juntarse, una posibilidad que nunca hubo, pues. Yo siempre quise juntarme, incluso políticamente en el país. Esto era difícil, al igual que encontrar espacios donde tú podrías militar como gay. Y como te dije pues, al final cuando supe que un poco de gente eran maricos y eran lesbianas fue bastante chimbo, porque queríamos como que volver al inicio de la universidad y a la militancia con el coñazo de gente que eran maricos para poder hacer lo que queríamos, y no nos dijimos. Ya cada quien abrió, cada quien se fue, ya era muy tarde, ya nuevos caminos, nuevos senderos se trazaron. Cada quien andaba en su peo.

...

Yo tenía esa angustia, esa necesidad de militar desde la izquierda como gay, como sexo-diverso. De estar en un movimiento de izquierda que me fuera formando y dando luces sobre el tema, y yo aportando para construir el mundo para todos.

Aquí la lucha es la misma, la lucha es contra el capitalismo y el patriarcado. En el momento en que se hizo eso fueron las lecturas. Fue Sociología.

Había movimientos gay dentro de la universidad, pero eran chamitos de derecha, sifrinos, ese peo de la lógica americana-gringa, la vida “Coca-cola” y “Belmont”,

fiesta-consumo. Ese era el ejemplo, el referente de lo que era el movimiento gay. Todo esto me llevó a cuestionarme el tema de la marcha del Orgullo.

A mí me invitaban a las marchas gay y lo odiaba. Esta reacción mía no era porque no me aceptara como gay y no quisiera reivindicar la lucha gay, porque yo decía: “Esta vaina no es reivindicación del movimiento, esta vaina es un desnalgue”, un muéstrame el cuerpo para irme contigo para el hotel. No había cuestionamientos políticos estructurales más allá de visibilizarse.

En mi colectivo, aún siendo discriminado, en aquel entonces, por la izquierda conservadora, les dije con mi trabajo que era igual a ellos y tan diferente como ellos, con mi trabajo. Que podría militar, que podría hacer esto y aquello.

En este proceso de autoconocerse y militar fui a Cuba, estudié allá. Esto me ayudó a tener una visión más amplia del tema de muchos aspectos sobre el tema de la educación sexual, del tema de la diversidad. Al llegar de nuevo a Venezuela, me junté con la ASGDRe y me dije que: “Esta es la gente con la que yo quiero estar. Esta es la gente que se parece a mí”. Entonces, yo escuchaba los argumentos, la vaina, las situaciones políticas, las críticas hacia muchas vainas. Era un espacio en los que tú debatías, hablabas, reflexionabas sobre muchos temas y que se parecían a mí pues, son iguales

que yo en muchas vainas, en muchos aspectos políticos, sociales, amistosos.

La ASGDRe se volvió un espacio en donde podía denunciarse, decir aquello que estaba siendo opresor para todos y todas. Yo creo que es con la formación, la educación liberadora... Y ahí está lo que más me gusta de esta organización, el trabajo directo con las comunidades y las posibilidades de orientación que se pueden dar con los espacios de formación que abrimos.

Ese frasco hermético de privilegios debe ser destapado

GIOVANNI PIERMATTEI
VENEZUELA IGUALITARIA

Nací en Valencia, la “ciudad de las naranjas dulces y los hombres complacientes”, frase que me ha acompañado durante toda mi vida. Soy el segundo hijo de un matrimonio y el segundo varón de una familia donde solo el quinto parto resultó ser la niña-mujer. He tenido un progenitor y un padre. Del primero no guardo muchos recuerdos de infancia, pero Daniel nos crio desde muy pequeños, y a pesar de ser originario de Los Jardines del Valle en Caracas, albañil, exmilitar, exboxeador y con solo educación primaria, fue el padre que muchos maricos quisieran tener. Pero esa no es parte de esta historia.

Crecí en una familia con una fuerte ideología de izquierda, lo que quizá sirvió de colchón en la caída de mi imagen como varón al salir del clóset, además porque esa carga de lucha revolucionaria, a mis 47 años despertó casi inconscientemente al avocarme al proyecto de vida en el que hoy me veo inserto.

De niño siempre fui introvertido. Hasta primer grado tenía que ir con “fumarola”, un osito de trapo que me hizo mi abuela, razón por la cual era objeto de burlas. Nos mudábamos cada año de pueblo, incluso de ciudad, pues mi familia era perseguida por los gobiernos “democráticos” de entonces, acusándoles de comunistas (un tío había sido uno de los que se fugaron de la cárcel del San Carlos por el túnel). Vivimos en varios pueblos de Guárico y de Carabobo. No podíamos tener amistades ni llevar gente a la casa porque siempre había alguien de “esta gente” como les solíamos decir, ya que no tenían nombres para nosotros los niños.

Cuando llegué a quinto grado ya los niños comenzaban a hacer bromas respecto de mi mariquera y me dedicaban aquella vieja canción “pareces una nena” en el recreo y las filas de formación, pues al no sentirme identificado con la rudeza y crueldad de los varones, al extremo de no sentirme seguro y al ser siempre el chico más lindo del pueblo donde residía, las chicas me buscaban y yo encajaba gustoso y a salvo con ellas. Algo que me salvaba era mi inteligencia en clases, pues podía ayudar a los niños más malos a copiarse en los exámenes y estos me protegían del acoso de otros.

Muchos años antes yo ya tenía experiencias, jugueteos con un niño de mi familia. Aunque él era tres años mayor que yo, ambos éramos niños y a pesar de lo cotidiano de estos jugueteos había señales mortales apuntándonos,

de forma que aquellas experiencias siempre debían ser clandestinas. Y para ser honestos, esos encuentros se dieron desde que yo tenía seis años aproximadamente y se sostuvieron hasta cumplir los quince años, cuando él decidió que ya no más, destrozándome el corazón. A pesar de ese contexto, en los años setenta ¿qué información podría tener un niño sobre la homosexualidad? Aún con tantos libros que llegaban a mis manos y leía, pues en casa por precariedad no había tele, así que mi refugio siempre fue la lectura (Casas muertas, Lo que el viento se llevó, El lobo estepario, La metamorfosis, Trópico de cáncer, A sangre fría, El amante de lady Chaterly, etc...), historias como la mía jamás habían sido descritas en esos libros. No sabía qué era ser gay, ni siquiera recuerdo llegar a preguntármelo. Tras esos años de experiencia con ese chico solo sabía que era diferente, pero sí sufrí pensando que podría estar en un proceso de transformación a mujer y el silencio en torno al tema apuntaba a que no sería nada agradable el resultado. Recuerdo que me inquietaba que los dedos gordos de la mano de los varones se doblaban hacia atrás mientras el de las mujeres no, y el mío tampoco; o que mis tetillas comenzaban a crecer y brotaban vellos en lugares que por alguna razón relacionaba con vellos femeninos y me intrigaba saber si a los demás varones de la casa le crecían en los mismos lugares.

A pesar de todo ese caos mental, tuve novias de adolescente: Celeste, por ejemplo, una catira hermosa con la que jamás me di ni un beso. Lucy, una morena con senos enormes mucho mayor que yo con quien me besaba profundamente y me excitaba, ella lo notaba y disfrutaba, pero al ponerme intenso me mandaba a casa a masturbarme. Así mismo fue la china del barrio donde vivía. A Nurys recuerdo haber intentado hacerle el amor, pero terminó llorando y se fue corriendo de casa. Todas fueron en Güigüe (el último pueblo en el que viví junto a mi familia). Y en ese entonces fue cuando apareció un chico del barrio futbolista a quien llamaban “palillo eléctrico” por su dinamismo jugando, pero con delgadas piernas. Un cabello castaño y lacio caía sobre su frente provocando en mí cierta locura. Para esos días Narciso y Goldmundo de Hermann Hesse se escurría entre mis ojos, recorría mi cerebro y me alertaba de un secreto: los hombres entre sí también se aman, pero con consecuencias.

Fue al cumplir dieciocho años cuando, sabiéndome mayor de edad, decidí huir de casa. Sí, huir, no quería seguir viviendo en la miseria, ese mundo no era para el que estaba destinado, quería conocer cosas que había vivido en los libros, ser “alguien”. Caracas era mi destino y armé todo mi rollo para alcanzarlo. Me fui a vivir donde una tía y sus hijas quienes desde siempre habían sido muy cercanas y admiradas por ser referencias de

progreso en la familia. Allá mi hermano mayor en una visita fugaz lleva a Saúl y ¡puf! Fue como encontrar el dinero para el pasaje del bus a tu casa, que no abordabas por no tener dinero. Y al diablo con las consecuencias, ni pensé en ello. Ese chico trastornó mi mundo. ¡Al tiempo se convirtió en mi primer beso real con un hombre, en mi primer tropiezo con la penetración anal y en mi primer desencuentro con el amor!

De allí mi salida del clóset. Lo amaba, no quería nada más que estar a su lado, verlo a diario, poseerlo a diario, que comiera en la mesa junto a la familia a diario, pero yo era el cesto donde depositaba su despecho porque mi hermano no lo amaba y lo había dejado. Así que el dolor del desamor brotó un día en una fiesta en casa de mi tía, cuando al estar ebrio, el llanto rompió mis parpados y les dije a mi tía y primas, un tanto confundidas, que “lo amaba”. Todas dijeron entender e intentaron hacerme olvidar el dolor y buscaron todos los caminos para que me divirtiera de allí en adelante.

Tres años después de haber encontrado nuevamente el amor, mi mamá y mi papá me llaman angustiados, mi hermano mayor se vio forzado a salir del clóset como bisexual (lo cual es otra historia). Ellos no entendían qué significaba ser gay o se hacían quienes no entendían. Fui a Güigüe a atender la situación, y en medio del llanto y el cuento, mi mamá me pregunta si yo también soy “así”. Mi actual pareja ya me había acompañado a visitar a mi

madre en varias oportunidades, por lo que mi respuesta fue muy directa: “¡Ay mamá! tienes dos años conociendo a Franky y ¿me vas a preguntar eso? Mira yo tampoco sé qué es ser gay, pero supongo que se trata de hombres que aman a otros hombres”. ¡Punto final!

Y esto como un hechizo de luna, le sembró más confianza y pudo ir manejando con más tranquilidad el asunto. Hoy me pregunto, ¿quién se siente capaz de cuestionar a un padre o a una madre aturdid@s por esta información, que incluso puede preocuparles el hecho de saber a lo que podríamos estar expuestos, cuando muchas veces nosotros les mariques, de ayer o de hoy, no tenemos tampoco ni idea sobre lo que somos o sentimos?

Dentro del seno familiar soy bastante respetado y amado hoy día a mis 51 años, así como mis relaciones de pareja, quizá el síntoma más fuerte de discriminación que he sufrido ha sido vivir en hipocresía, condenado a mentir-fingir en la calle, trabajo, universidad, residencia, que gusto de mujeres o que tengo novias, o que mi novio, mi pareja, mi amante, con el cual vivía era un primo o amigo, incluso mi hijo. O esa discriminación que a diario nos lastima a todes cuando el presidente de la república, para censurar la gestión de algún varón opositor le llama “pelucón lechero” o “mariconsones” o “yo sí tengo mujer, me gustan las mujeres” como si la orientación sexual hace mejores o peores a las personas. O cuando

un medio utiliza la burla y la llama “chiste” para hacer sentir inferiores a quienes somos diferentes a lo común, o invisibiliza los hechos que hacen noticia en materia de demandas al Estado por los colectivos LGBTI. O cuando un marico le dice a otro que se “comporte como un hombre para que lo respeten”. Son muchos ejemplos similares, pero me detendré aquí.

Mi vida transcurría como la de muchas personas, pero ¿está bien que gays, lesbianas, bisexuales, intersexuales, transgéneros y transexuales llevemos una vida “normal” en una sociedad culturalmente construida desde la heterocissexualidad? ¿Qué es comportarse o llevar una vida “normal”? ¿Somos realmente felices en el letargo o debemos encarar la opresión simbólica sistemática para resignificar nuestra felicidad? ¿Reconocemos nuestra vida aletargada? ¿Hay señales, referentes importantes que nos despierten que no hay felicidad en la mentira cotidiana, en la injuria cotidiana o tras las sombras? ¿Confundimos felicidad con comodidad? ¿Se existe cuando se vive con miedo al rechazo y a la ofensa, con culpa por no encajar, con vergüenza por nuestras diferencias?

No veía más allá de mis narices, no cuestionaba la opresiva sociedad que nos rodea y sus instrumentos nada espontáneos de coerción, porque no las notaba. Todo conspira para que nadie lo note, aunque tenga forma de un enorme elefante, pero un empujón en

el año 2012 me lanzó por el irreversible barranco de la evolución en materia de autopercepción. De saber quién soy para comenzar a construirme un rostro no negado, digno, el de mi identidad. Y fue esa visita de Jesús González, mi expareja, a quien tanto amé y tuve que soltar porque migraba a Argentina por razones laborales y las leyes no amparaban nuestra relación, y sin ese amparo mi traslado como su cónyuge no era nada viable. En esa visita me hablaba de matrimonio igualitario, que Argentina y Brasil esto y aquello, que en Colombia lo otro, que en Uruguay también, no había manera de que el tema fuese procesado por mis neuronas. Y me fluían los típicos argumentos que esgrimen cada día nuestros detractores. El matrimonio es cosa de heterosexuales, que es cosa de la iglesia, que los maricos somos promiscuos, inestables, y un sinfín de etcéteras que de seguro ya antes han escuchado o leído. Intensos debates me empujaron por el despeñadero de la reflexión en el que muchas veces caes destrozado, pero que para mi fortuna caí en un nivel de conciencia cálido e iluminado, donde no cabían espejismos. Esos que nos han hecho creer cuál es nuestro lugar y allí es donde debemos permanecer porque “calladitos nos vemos más bonitos”.

Me convertí en una especie depredadora de información para generar conocimiento, uno mío, conectado con mi historia, preñado de mi esencia y

mis latidos. Y encontré mi dignidad allí aplastada con las piedras que el sistema se había encargado que yo pusiera encima de mi ser, pero que no solo se trataba de la mía sino la de cientos de miles de hombres y mujeres que no saben que viven en esas cavernas construidas por modelos estratégicos de sumisión e invisibilización. Que el matrimonio sí es una institución jurídica creada con ciertos fines mórbidos bien planeados, pero que irónicamente es ella, ese frasco hermético de privilegios que debe ser destapado y compartido para alimentar nuestras ciudadanías de dignidad. Y decidí alzar mi voz, despertar otras voces, acompañarnos y hacernos una avalancha de adioses al silencio, a la normalidad y hacer visible la exclusión.

Tenía que hacer ver el alcance que la institución matrimonial brinda a todos y todas, aún cuando no crean en el matrimonio o no quieran casarse jamás. Este alcance es el que me motiva a llevar esta lucha. Porque cuando el Estado permite a las parejas del mismo sexo y/o género acceder a la institución matrimonial:

- Se reivindica la igualdad de todo ciudadanx ante la Ley y la sociedad, y ya no queda solo escrita en el artículo 21 de la CRBV, a pesar de que no terminemos casándonos.
- Le dice a la sociedad que ser gay, lesbiana, bisexual, bien seas transgénero, transexual o intersexual, no es algo privado y es natural.

- El Estado asume con coherencia lo ya establecido por la OMS en el año 1990 que ser LGBTI no es una enfermedad, tampoco un delito, no se aprende, ni se enseña, ni se imita.
- Se garantiza el ejercicio y goce al derecho al libre desenvolvimiento de la personalidad, y no es solo un artículo 20 en la CRBV, así como el derecho a una vida libre de violencia.
- Se ve obligado a promover leyes, normativas y políticas públicas concretas en favor de garantizar el derecho a la no discriminación por orientación sexual, identidad y/o expresión de género establecido en el artículo 21 de la CRBV.
- Reconocerá la pluralidad de las formas de amar y de conformar familias, artículo 75 CRBV, brindándoles igual protección a las familias conformadas por parejas del mismo sexo y/o género (filiación, copaternidad, comaternidad, derechos sucesorales, patrimoniales, acceso a bienes y servicios de manera conjunta (vivienda, seguros médicos, créditos para vehículos, etc.)), visitas hospitalarias, visitas conyugales penitenciarias, reconocimiento social entre muchos otros que amparan a las familias casadas.
- Pero por encima de todo deja claro que la orientación sexual (gay, lesbiana, bisexual) es parte fundamental de la personalidad y de las sexualidades humanas

por lo que nuestra dignidad y, en consecuencia, el respeto y la igualdad ante la ley no debe ser cuestionada, menos aún limitada por norma alguna.

Cuando el Estado niega la protección igualitaria a nuestras familias:

- El Estado estará legalizando la discriminación con base en las diferencias. Ser diferente es malo y debe ser sancionado por acción u omisión.
- La desigualdad se justifica para gays, lesbianas, bisexuales, transgéneros, transexuales e intersexuales así como cuando era ilegal ser zurdo, ser negro o ser pelirrojo.
- El Estado estaría promoviendo el odio, la exclusión, la injusticia y la inequidad.
- El Estado estaría garantizando privilegios para familias modelo, patentadas por el Estado, consagrando la figura burguesa de la institución matrimonial, así como no democratizando los derechos.

Pero claramente sabemos en el equipo que me acompaña en Venezuela Igualitaria que no es el fin último, que hay muchas luchas encontradas y que todas van de la mano, ninguna delante de otra, ninguna más importante que otra, todas tienen el mismo nivel de importancia, pues todas apuntan al mismo objetivo:

el derecho a gozar de la misma dignidad y los mismos derechos, pero reivindicando el derecho a ser diferentes.

Yo quiero luchar por el derecho a la inocencia

EDWIN RODRÍGUEZ

ASGDRE

Hay momentos claves en la vida y hechos que lo marcan mucho a uno. A veces, uno los deja en la infancia, y no los recuerda, los deja pasar y como que no vuelves a ellos. Pero que a veces no los ahondamos y se repiten y se repiten. Después de grandes tenemos conflictos o situaciones que no sabemos cómo resolver o cómo enfrentarlas. Considero que es fundamental la infancia para determinar quiénes somos. Por eso yo quiero luchar por el derecho a la inocencia. Relataré algunos episodios de mi vida, para ir explicando, o no, esto que digo.

Yo fui un niño muy introvertido, me costaba mucho exteriorizar lo que sentía y esto tuvo que ver con mi formación. El siempre estar presto a lo que los designios de los demás, a los estados de ánimo, a agradar a la gente... nunca uno tuvo esa oportunidad para revisarse, para preguntarse cómo uno se sentía. Uno podía estar muy mal, pero tenía que estar siempre agradando a la gente, servirle y hasta ser monigote. Yo me crié mucho con unos primos, en su casa, ahí me tocaba pararme más

temprano que todo el mundo para usar el baño, porque si tardaba más de cinco minutos ya era un fastidio. Tenía que hacer trabajos de más en la casa. Otra cuestión era mi orientación sexual, por esto, al sentirme un fenómeno, como un bicho raro, tenía que hacer como el doble o el triple de lo que hacía el resto para poder sentirme adentro, sin terminar de agrandar. Y en vez de ser parte de algo, era una especie de decir silencioso que rondaba, un: “Bueno, ya está aquí y es bueno para otras cosas, no podemos desecharlo”...

Cuando tenía alrededor de cinco años fui abusado sexualmente, la androginia que tenía parece que era como muy apetecible para hombres que estuvieron cercanos.

Recuerdo mi primer acto homosexual, tendría como seis años fue con un familiar que no era directamente consanguíneo. Él me ponía a hacerle felación. Esta persona se suicidó ahorcada muchos años después. Esta noticia fue muy impactante porque dije: ¿Qué pudo haber hecho él para llegar a ese punto de no sentirse como parte de esta sociedad o sentirse un fenómeno, para llegar y hasta...? ¿Qué fortaleza pudo haber tenido?... Porque para matarse, quitarse la vida en esta sociedad que es tan conservadora. Lo del abuso, bueno, ya después eso como que pasó y no fue a mayores. Solo lo tengo en mi memoria por allá muy alejado; una cuestión difusa.

Después, a los once años, yo viví con mi hermana política, la hija de mi madre de crianza, desde los dos meses de nacido. Su compañero me hacía mofa, me ridiculizaba con un personaje que adoro hoy en día y que en aquel momento lo renegaba, Juan Gabriel. Eso a mí me alteraba mucho, me sacaba como de las casillas y resultó que bueno terminó siendo marico. Terminó viviendo una doble vida con su familia, con sus hijos. Él y yo vivimos como una relación, yo no me acuerdo cuántos meses fue pero yo sé que bueno, fue bastante.

Un año o dos más tarde, yo sentía atracción por los chicos más grandes. Allí comenzó, digamos, esa búsqueda y los conflictos. A los catorce años seguía muy conflictuado y más encerrado en mí; la gente creía que era que yo andaba enamorado, y yo con rollos en mi cabeza, pues iban arremolinadas un montón de sensaciones, de pensamientos, que rondaban entorno a que había hecho algo “malo”: que me gustaran los muchachos. Decirlo implicaba que me iban a caer a coñazos y no sabía en qué iba a desencadenar después. Me refugié en una excusa, “hacer ejercicios”. Entonces iba al parque Los Caobos. Yo creo que para todas y todos el parque Los Caobos tiene una connotación más allá de que es un espacio recreativo, de esparcimiento, de estar con la naturaleza, con la fauna; esta cercanía con la naturaleza en la ciudad me daba algo que no sé qué era, como que el cuerpo lo sabía, no sé, había como algo muy

loco que no sabría ahorita describir, como una cosa que el cuerpo me pedía que viniera. Y en esas caminatas de esparcimiento, de sentirme liberado, empecé a ver que había como otro circuito distinto al normal y veía que los hombres cruzaban la avenida Colón y se metían en los cauces. En el río Guaire hay como unas caminerías, pero por detrás hay otras caminerías ¡que eran otro mundo! Era de gente que vivía en la calle, gente que se iba a rebuscar y bueno allí empezó mi refugio, a ser visto por los tipos grandes. Era un placer pero como era algo mal visto, y muy mal, eso causaba como cierto gusto.

Entonces empecé a frecuentar el parque. Casi que vivía ahí. Iba temprano y llegaba a casa como a las 9 p. m., porque bueno andaba en ese rebusque. Para mí fue un hueco mayor, porque tratando de buscar una salida a lo que sentía y tratar darle una respuesta lo que buscaba, era como si me metiera más en el hueco, no había salida. Ahí, en el parque, había hombres maduros buscando a hombres más jóvenes. Vi abuelos bastoneando buscando muchachitos adolescentes.

Siempre digo que bueno, a mí me tocó más “fácil” o menos complicado que a otros, porque accedí siendo un niño a tener relaciones sexuales. Igual implica un abuso, implica un abuso aunque haya accedido, era un niño. El esposo de mi hermana política me sedujo con revistas porno, ¡imagínate un niño de once años viendo pornografía! Obviamente se te abren un montón de

posibilidades, se te abre la caja de pandora en cuanto a la sexualidad, en cuanto a la corporalidad, el ser deseado, el sentirte querido en esos momentos íntimos.

Él era mensajero de Lagoven, y cuando estaba todo el mundo trabajando, él iba a la casa, y ya yo había llegado de clase y bueno pasaban estas cosas. La primera vez que me mostró esas revistas, me decía que si le ponía mi glande en su glande me iba a crecer más el pene. La seducción fue progresiva, no fue todo de un solo momento. No fue de una, fue una especie de juego abusivo de seducción.

Cuando tenía dieciocho años, me uno a unos jóvenes salesianos de una iglesia, este fue otro refugio en donde era aceptado por mi orientación sexual. Tuve que tener una doble vida, pues, la discriminación y estigmatización del homosexual, el desastre de lo que denominaron “cáncer gay”, que la homosexualidad aún se considerara una enfermedad mental. En algún momento tuve que tener novia, tuve que aparentar, como que ajustarme a los dictámenes de la sociedad, y bueno así, como que seguí trabajando, estudiando, tratando de hacer cosas, pero ya no podía dejar de ver a los hombres en la calle.

No sabía cómo actuar con las mujeres, era como muy respetuoso y las mujeres, me parece, que lo que querían era a tipos que de alguna forma las violentaran, no sé... una cuestión así como “un hombre macho serio que las represente”, y yo era todo lo contrario. Hubo momentos,

digamos, de sensaciones y placeres sexuales, pero yo no me sentía a gusto, no me sentía para nada a gusto con esa práctica, porque en mi cabeza estaba la fijación de los tipos, pues.

...

En mi casa nunca se habló de política más allá de hablar sobre la seguridad nacional, que meterse en política era solo de una gente, y que meterse en política era ser perseguido porque todavía estaba eso, en esa memoria muy vaga de lo que fue la dictadura, ¿no? y de la persecución en los años sesenta y en los ochenta. Y con Chávez fue un proceso de apropiarme de la política para empezar a construir mi vida y a darle sentido a la orientación sexual, entonces fue como una fusión para mí.

Aún estoy en proceso de exploración de quién soy al entrar en la ASGDRe, “termino de empezar” valga la cacofonía, de entender muchas cosas, de apropiarme del poder de la palabra, de romper ese celofán de la opresión.

Aquí pude empezar ese replanteamiento de conceptos y categorías de identidad. Aquí es donde me empecé a asumir marico y no homosexual. Estar en una organización me permitió replantearme toda mi vida, porque dejé de pensarme culpable de lo que me pasó a los once años, de ese abuso, de que siempre fui como apetecido por los varones porque era como muy andrógino. Al percatarme que no solo es una cuestión

de víctimas y victimarios. Recuerdo a mi tío, mi tío entrando apenas en la adolescencia cuando yo tenía seis años, que vivía en la misma sociedad de Los Andes donde el machismo es super marcado, él que me ponía a darle besitos en su pene por encima del pantalón, él estaba al final igual, como en una misma búsqueda pero sin saber que estaba violentando al otro que era yo. La ASGDRe me dio mucha capacidad para levantar la voz, para no quedarme callado. Y ahora no dejo de hablar.

Mina

Mina surge a los once años como juego con el maquillaje, no con el nombre de Mina, sino como un espacio recreativo de salir de todo ese encajonamiento que es la sociedad. Para ese entonces yo era hijo único solo, en muchas oportunidades me tocó estar solo en mi casa. Mi mamá me dejaba solo y cuando pasaba la última chapa del seguro de la puerta abría el escaparate y me maquillaba. Mi mamá fue muy coqueta, entonces me ponía sus zapatos. En una oportunidad le reventé el tacón de piel de culebra que le había regalado una tía, y entonces ella decía: “¡Tú me reventaste...!” y yo lo negaba: “¿Yo? Cómo te voy a reventar ese tacón?”. Ahí surge la Mina como androginia, como explorándose con el maquillaje. Hoy en día me siento muy a gusto siendo travesti. Creo que esa capacidad de jugar con las

dobles identidades, en algún momento puedo ser esto y en otro momento puedo ser lo otro pero que no cambia mi sentido, ni mis ganas de seguir luchando por una sexualidad libre, emancipada, por una educación que te apodere de tu cuerpo y a decidir hasta dónde llegar o no, por la inocencia.

Y bueno, después a los diecinueve sale Mina. Digamos que Mina es Mina. Mina solo era producto de ese personaje de Drácula que es como eso, el objeto deseado. Todo esto sin tener, digamos, como mucho conocimiento de lo que implicaba pues es resultado de un trabajo final para la universidad. Y decidimos que sería sobre el tema artístico, yo venía de hacer balé, ya sabes por donde iba. Mina nace muy estereotipada, con ciertos elementos de ese prototipo de mujer “ideal y buenota”, pero bueno era simplemente como para cumplir una materia.

Desde ahí empezó como que ese cosquilleo, empieza a surgir con más fuerza, Mina. Mina es una forma de utilizar el travestismo para politizar y para empoderar a la diversidad sexual. Para mí, el travestismo es una postura política, reivindica la peluca, reivindica el maquillaje, el escarache pero con un contenido más social, con un contenido para liberarnos.

Una especie de regresión personal

JOSÉ BORDÓN

VENEZUELA IGUALITARIA

Creando una especie de regresión personal, recalco que pertenezco a una familia religiosa tradicional y por varias razones mi orientación sexual se vio un tanto afectada. Desde los inicios siempre me han atraído los hombres, y en la escolaridad, siendo un niño sexo-diverso, me generó el rechazo de mi maestra y compañeros. Sin duda, debía ocultarme y no lograba comprender que la sociedad se encargaba de regirnos en la heteronorma y crear en mí un sentimiento de culpa. Cuando comencé a cavilar sobre mi orientación sexual, tenía trece años de edad y me gustaba un muchacho del liceo. Expresé mis sentimientos a través de notas o canciones, pero al ser descubierto empezó el acoso escolar y tuve miedo, dejando de asistir a las instituciones por varios días. Más tarde me volví retraído, decidí mantenerme bajo perfil o crear una personalidad diferente para que mis compañeros no me atacaran. En aquella época sentía frustración e incluso pensaba en el suicidio. Pasó el tiempo, y cada vez eran más frecuentes los días encerrado en mi habitación, mientras soñaba con emanciparme

de las miradas de ese grupo. El liceo lo veía como un lugar donde éramos juzgados y cada movimiento en falso podría costarme mucho. Durante ese período, existieron otros enamoramientos, un tanto tímidos, nada significativos. Hasta que un día entré en los chats y al fin logré conversar y conocer a otros hombres homosexuales.

También en ocasiones acudí a varias fuentes de información como bibliotecas o internet, sabía que en el instituto jamás se hablaba del tema. Conocí a las llamadas tribus urbanas, hasta llegar a un grupo de muchaches que se hacían llamar de “ambiente”, lo primero que vino a la mente fue algo relacionado con el cuidado ambiental, sin embargo al poco tiempo comprendí que se trataba de un grupo sexo-diverso. A la edad de diecinueve años acepté mi orientación sexual y a partir de ese instante dejé a un lado los miedos y siempre caminé con respeto a mi dignidad.

Hace cuatro años comencé a estructurar mi proyecto antiacoso escolar Melissa Loto, y a partir de allí decidí llevar la bandera de lucha a las escuelas e instituciones, pero al conocer AC Venezuela Igualitaria logré comprender aún más que les personas debían gozar del ejercicio irrenunciable e interdependiente de sus derechos. Por esa razón hoy llevo con orgullo esos seis colores brillantes; el respeto, la libertad, la diversidad, los

derechos, la igualdad y la dignidad. Alzo mi voz para que salgamos de las sombras y nos libremos de los miedos.

Durante mucho tiempo me asumí como mujer lesbiana

JOSEPH ALFONSO

COLECTIVA TRANSGRESORES

Durante mucho tiempo me asumí como mujer lesbiana. Desde esta identidad viví, a veces, confronté socialmente, me acerqué al feminismo y comencé a entrar en consciencia de la opresión y discriminación que se vive cuando encarnas un modelo de cuerpo y de sexualidad que no es el heteronormado.

En una oportunidad, a partir de la experiencia de militancia que llevaba para el momento, se abre la posibilidad de asistir a un curso de formación política para movimientos sociales en el País Vasco. Allí recibo varios talleres sobre feminismo y luego, estudiando la teoría más a fondo, comienzo a ser consciente de la diversidad de identidades, expresiones y formas de ser y vivir la sexualidad.

Posteriormente, en el marco de una relación de pareja, me doy cuenta que, en enorme medida, mis patrones de identificación, mi aspecto y mis conductas siempre han estado profundamente vinculadas a lo masculino. Que al actuar siempre pensaba cosas tipo: “¿Esto lo haría

un hombre?”, “¿Qué haría en esta ocasión si fuera un hombre?”, “Seguro un hombre no haría esto como yo”. No obstante, siempre me encontraba enormemente disgustado con la manera en que la mayoría de los hombres se comportan con relación a las mujeres: entendiéndolas solo como objetos sexuales, juzgándolas casi siempre desde su aspecto o desde la posibilidad de ser sus próximas presas sexuales y permanentemente subestimando, patologizando o poniendo en duda sus capacidades e inteligencia. A mí mismo, como mujer, me pasaba en los trabajos y en los espacios de militancia, poco me escuchaban, terminaba haciendo siempre tareas domésticas “propiamente femeninas” (servir el café, hacer minutas, organizar las cosas, cuidar de la gente, administrar procesos...) y, cuando criticaba o denunciaba algo al respecto, me decían que estaba loca o que era una exagerada.

Esa relación de pareja me lleva a asistir con una excelente psicóloga que trabaja bajo la modalidad del psicoanálisis. Este espacio de habla, escucha y revisión implicó un quiebre fundamental en mi vida, pues me ayudó a hacerme consciente y responsable de mis deseos, necesidades, ideas y sentimientos, y a pelear con más seguridad por mis convicciones, mi felicidad y mi cuerpo. Allí veo con mayor claridad y consciencia que la forma en la que llevaba mis relaciones de pareja, en la que me desenvolvía en mis espacios de trabajo

y militancia, así como con mi familia, mis amigos y amigas estaba teñida, entre otras muchas cosas, por el hecho de que siempre me asumía desde una identidad masculina. Y que aún desde pequeño, el deseo de ser considerado como hombre y comportarme como tal había estado: cuando jugaba, por ejemplo, no entendía por qué se me consideraba como niña, me sentía más cómodo actuando y pensando como el resto de los niños. Sencillamente porque así me sentía y me siento más cómodo, más pleno y más libre; mi cuerpo, mis movimientos y mi forma de desenvolverme se libraban de tensiones cuando entraba en dinámicas, roles o personajes de carácter masculino. Y además, yo quería dar y ser mucho más sensible, empático y reflexivo de lo que la mayoría de los hombres son, no solo con las mujeres sino con el resto del mundo.

En el espacio de psicoanálisis es que menciono por primera vez la posibilidad de ser un hombre trans y poco a poco, apoyándome en mi mamá, mi papá y mi hermana, en amigos y amigas cercanos, y actualmente también en mi pareja, es que decido dar pasos para asumir de cara a la sociedad mi transición de género y asumirme abiertamente como hombre transgénero. Actualmente continúo en el proceso de revisión y construcción de mi masculinidad y las implicaciones que ser un hombre trans tiene, para mí y mi entorno (familia, pareja y amigxs).

Creo que desde que me sentí y hablé conscientemente como hombre transgénero me di cuenta de mi orientación sexual y expresión de género, porque en el espacio de psicoanálisis, y estudiando por mi parte, ya venía reflexionando sobre la necesidad de romper con las convenciones, prejuicios y limitaciones que socialmente aún existen con relación a los cuerpos, los roles de género y el ejercicio de nuestra sexualidad, que considero que están vinculados a la existencia del patriarcado como sistema y el machismo como práctica. Siento que siempre fui muy vulnerada como niña y como mujer por motivo a mi rol de género, mi orientación sexual y por el mismo hecho de ser considerada mujer, y que siempre se me subestimaba o desvalorizaba, a pesar de que hacía grandísimos esfuerzos por dar lo mejor de mí. Pero actualmente, como hombre trans, también lo soy, ya que se me considera como un bicho raro. Igualmente se me subestima permanentemente (en el trabajo o en los espacios de quehacer político) y muchas personas, incluso pertenecientes a la sexo-diversidad, se niegan a respetarme por mi identidad.

Los cuestionamientos y agresiones que he ido viendo me hicieron pensar en la (urgente) necesidad de un espacio para hombres transgéneros y transexuales, una vez que me asumo como hombre trans y comienzo a comunicar mi transición a mi entorno, no solo para empuñar banderas de lucha sino como una forma de

defender y resguardar nuestra salud física y emocional, ya que muchas de las cosas que se viven son muy fuertes y dolorosas.

Finalmente creo que la consciencia de que mi identidad de género podía ser una bandera de lucha también me la dio el hecho de ser venezolano y haber experimentado y ser parte de la Revolución bolivariana; militar con el liderazgo del comandante Chávez y haber sido formado en la construcción del poder popular. Creo que en los espacio territoriales de base (consejos comunales, comunas, UBCh), en los movimientos sociales y en las instituciones hay mucho desconocimiento y prejuicios sobre el feminismo, la diversidad sexual y de género. Lamentablemente la mayoría de la gente cree que somos sujetos aparte y no asume que su misma identidad y sus propios cuerpos son, de por sí, cambiantes y diversos. En ese sentido creo que tenemos mucho por dar y enseñar a nuestra sociedad.

Creo que una de las cosas que más me impactó cuando me asumí como hombre trans fue que realmente mi identidad cambió. Ser trans no es solo un cambio de nombre, de expresiones, de ropa o actitudes. De verdad es un cambio del ser, de las cosas que estructuraban mi personalidad; al menos así lo he vivido yo. No fue que me transformé y ya, sino que, poco a poco, mientras más me iba dando cuenta de esto, encontraba que muchas de

las actividades, gustos y actitudes que me conformaban estaban unidas al hecho de que me había obligado a sentirme como mujer, y me daba muchísimo miedo la idea de decir y decirme claramente que en realidad, aún teniendo tetas y vagina, me siento un tipo.

Entre ellas la actividad que más me impactó y me duele mucho haber perdido (porque uno también vive una especie de duelo por quien era) es el teatro, ya que desde pequeño siempre había hecho teatro. Era una enorme pasión en mi vida y de hecho fue lo que más estudié hasta el punto de que actualmente soy licenciado en actuación. Cuando me doy cuenta de lo que soy, el teatro deja de ocupar su lugar de importancia dejó de constituir una pasión tan vital, tan imprescindible en mi vida. Creo que tiene que ver con que, en el escenario, era donde podía olvidarme un poco de quién era y lo que me dolía, y asumir otros mundos y personajes. Era también un lugar de evasión.

También mi relación con mi pareja actual ha sido distinta, ya que ella de alguna manera se ha convertido en parte de mi transición, muchas veces vive junto a mí o es testigo de mis preocupaciones o angustias, lo que también ha implicado un gran esfuerzo de comprensión y paciencia de su parte. Ella realmente ha hecho todo lo posible para entender y acompañarme en los momentos más complejos del proceso. Afortunadamente también es muy abierta y consciente con el tema, y se ha esforzado

incluso en estudiarlo. Actualmente ambxs estamos estudiando sobre feminismo para apoyarnos y entender cosas. Una pareja amorosa y cariñosa realmente es un gran soporte y apoyo, pero también hay un trabajo para uno, que es no olvidarse de que ella/él también tiene problemas e inquietudes, incluso en nuestra transición, y también necesita ser escuchado y acompañado en ese y otros sentidos. Insisto: también, en nuestra transición, la pareja tiene un enorme mérito y realiza un gran trabajo para adaptarse o entender el asunto; creo que eso es importante reconocerlo y visibilizarlo. En su caso hay gente que también la ha abordado para preguntarle cosas, e incluso hasta un exnovio le escribió cosas chimbas insultándola porque está conmigo. Sin embargo, ambxs nos decimos que es el odio y el desconocimiento que aún existe en la sociedad y buscamos hacer que el amor, el cariño y las ganas de estar juntos se mantengan por encima de todo eso.

Las organizaciones





Alianza Sexo Género Diversa Revolucionaria (ASGDRe)

Es un colectivo conformado por personas de sexualidades y expresiones de género diversas (hombres y mujeres homosexuales, lesbianas, transgeneros y heterosexuales) que nos articulamos para crear, fortalecer y potenciar la lucha por los derechos de nosotrxs como población discriminada y excluida. Asumimos un rol histórico, participativo y protagónico en las luchas de los pueblos oprimidos. Nacemos desde el proceso de transformación que vive el país (la Revolución bolivariana), por eso el trabajo que impulsamos lo hacemos desde nuestras relaciones cotidianas, íntimas y sociales, nuestras comunidades, condición de clase, medios alternativos de comunicación y espacios de organización popular, entre otros.

Nuestra reflexión y lucha no exige el respeto diplomático de nuestra existencia, mucho menos ser incluidos e incluidas en las lógicas de consumo del sistema capitalista y patriarcal, queremos cambiar ese sistema. Como ASGDRe nos asimos a la necesidad

fundamental de la formación interna y con las comunidades para socializar y profundizar saberes, así como para reconocernos mutuamente como sujetas y sujetos políticos de transformación y emancipación en los procesos de cambio social.

Si bien hay muchas organizaciones de diversidad sexual compuestas por diferentes posiciones políticas, apuntamos y defendemos que la sexo-género-diversidad forma parte de una lucha de clases, en este sentido no comulgamos con los objetivos netamente reivindicativos y parcelados, sino que nos reconocemos y articulamos con las múltiples luchas, entre ellas las afro, obreras, feministas, campesinas, ecologistas, indígenas, culturales y todas aquellas que estén ganadas a la construcción de un sistema más amable y humanista desde la visión Nuestramericana.

TRANSGRESORES, colectiva de hombres trans

Lo difícil en la transexualidad es el manejo de la soledad. Es una decisión profundamente individual y cada experiencia es también muy particular, además de haber una gran incompreensión y desconocimiento respecto al tema. Pero el conjunto de normas, creencias y convenciones sobre la identidad, el sexo y el género que transgreden este paso también hace que nos encontremos, entre nosotros y nosotras, en muchas vivencias comunes.

En una sociedad que tiene por convención que solo hay dos identidades sexuales (hombre-mujer), las cuales deben corresponder con fenotipos bien definidos y determinados comportamientos sociales, que nos cercan y condicionan dentro de caracteres psicológicos y tendencias emocionales específicas para cada sexo; ser transgénero o transexual resulta bastante complicado porque significa el cuestionamiento de este sistema desde la raíz: los genitales no determinan nada. Yo decido quién y cómo quiero ser, y sí: puedo ser un hombre con vagina o una mujer con pene.

Sin embargo, es un paso muy duro y muy difícil de comprender. Todo nuestro entorno, lo que éramos y lo que habíamos construido se resiente. La familia, los amigos y amigas, nuestra pareja, allegados y allegadas, conocidos y conocidas, también viven el proceso de transición con unx, al menos en aquellos casos en los que no nos rechazan. Porque la transexualidad implica que unx nació y fue criado según las convenciones atribuidas a un sexo y un género, pero se identifica con el sexo y género contrarios. Para todos es un proceso de adaptación. Para muchos es una decisión imperdonable, una afrenta, un pecado. Estamos locxs, nos dicen. Estamos enfermxxs, trastornadxs, argumentan. Muchas personas sencillamente no lo aceptan, se niegan a asumirnos por nuestra nueva identidad. Siempre habrá rechazo y discriminación. A algunxs lxs botan de sus casas, de sus trabajos, la familia lxs excluye... Pero en definitiva, asumir la libertad y la responsabilidad de ser auténticamente lo que se quiere ser, es un acto de plenitud que no se cambia por nada.

En el marco de las dificultades que actualmente existen para las personas transgénero y transexuales, es que nace el colectivo TRANSGRESORES. Es, específicamente, un colectivo para hombres trans. Ahora, ustedes se preguntarán ¿Por qué un colectivo específicamente para hombres trans?

A ver: A las personas transexuales no se nos reconoce legalmente nuestra identidad, esto quiere decir que nuestros nombres y género legales no corresponden con la manera en que nos percibimos, o con nuestra identidad autopercebida. Muchas veces, para nosotros hacer gestiones, como ir al banco, buscar trabajo, sacar un documento o inscribirse en algún curso o profesión es un problema, ya que nuestra identidad legal no coincide con la identidad autopercebida. No gozamos de los mismos derechos que el resto de las personas, y en esto nos encontramos en la misma situación que el resto de la población LGBTIQ: no tenemos acceso a políticas de salud, seguridad social e integridad física y emocional en condiciones de igualdad que el resto de la sociedad. Todo lo cual está sostenido en un profundo desconocimiento y un gran prejuicio hacia lo diverso, que lamentablemente sigue permeando todas las estructuras de nuestra sociedad, incluyendo los espacios de toma de decisiones políticas. Esto es algo que resulta enormemente contradictorio dentro de un proceso que se plantea como revolucionario, pero es así.

Recientemente en nuestro país, apenas en el año 2017, se incorporó en la Ley Constitucional Contra el Odio, por la Convivencia Pacífica y la Tolerancia, un artículo que tipifica y condena los delitos de odio por razones de orientación sexual, identidad de género y expresión

de género. Sin embargo, por el gran desconocimiento que existe aún respecto a la diversidad sexual y de género, así como los prejuicios asociados a la religión y a la ciencia médica que aún continúan vigentes, no hay una aplicación correcta y extendida de esa ley, así como avances en otros derechos fundamentales.

Como hombres trans, además, vivimos la particularidad de estar profundamente invisibilizados dentro de la sociedad. Cuando se habla de transexualidad usualmente se piensa en las mujeres transgénero o transexuales, ya que su proceso de transición es mucho más notorio, difícil y estigmatizado que el nuestro. El machismo las coloca en una situación muchísimo más vulnerable, pues para ser mujer se exige ser perfecta, delicada e inconfundible; pero además, no perdona a quienes se distancian de su masculinidad biológica para asumir una condición socialmente considerada como inferior: la de ser una mujer. Por ello, la mayor de las veces la única opción para una mujer trans es dedicarse a la prostitución o a trabajos que descartan su verdadera vocación y potencialidades.

En el caso de los hombres trans, nuestra transición es mucho menos imperceptible y, aún sin intervenciones quirúrgicas y hormonas, muchos pasamos desapercibidos como transgéneros o transexuales en nuestro trato social. Y más aún, solo

con hormonas podemos desarrollar características físicas marcadas que nos permiten re-asumirnos en el entorno, con una nueva identidad masculina y sin mayores dificultades estéticas. Muchos se refugian en esta posibilidad y evaden la confrontación con el resto de dificultades que se presentan, se ayudan de sus parejas, familia o amigos para llevar a cabo tareas de la vida diaria. Evitan ir al médico, hacer gestiones o visibilizarse demasiado públicamente para que el resto no se dé cuenta de su transexualidad o transgenerismo. Muchos olvidan o reniegan de su experiencia femenina y afirman cosas como que “siempre han sido hombres”, que más que trans “son solo hombres”. Se niegan a transgredir más allá, y terminan asumiendo muchas actitudes tóxicas o nocivas propias de la masculinidad dominante, machista, insensible y agresiva.

Pero la realidad es que, por más que se quiera evadir, ser trans no es fácil, y mucho más si eres pobre y latinoamericano (sin contar si tienes alguna diversidad funcional, por ejemplo). La posibilidad de agresiones, discriminación y marginación siempre está presente: violaciones correctivas, golpizas, desempleo, violencia simbólica, psicológica y verbal, hostigamiento, *bullying*, pobreza extrema, explotación laboral, acoso sexual, chantaje y suicidio, son algunos de los grandes riesgos cercanos para un hombre trans. No siempre tenemos

acceso a hormonas ni a procedimientos adecuados de salud ya que no se consiguen o son excesivamente costosos, por lo tanto la confrontación con nuestro aspecto a veces es muy fuerte en esta sociedad tan binaria, porque las personas suelen asumirnos como lesbianas masculinas o simplemente se niegan a respetar nuestra identidad por tener un aspecto que consideran femenino. El suicidio, según el último informe de la Comisión Interamericana de Derechos Humanos sobre la población LGBTI, es el riesgo más frecuente. Y es que, en una sociedad como la nuestra, asumirse como un hombre sin tener un pene o, peor, habiendo nacido “mujer”, también se paga caro.

Es así como TRANSGRESORES surge como un espacio para la lucha por los derechos de la población transmasculina, procurando la movilización y organización de la misma, así como el desarrollo de espacios de encuentro y acompañamiento afectivo que nos permitan ayudarnos entre nosotros, con las dificultades, incertidumbres y agresiones que se viven como hombres trans. Como necesidad TRANSGRESORES se había gestado desde hace tiempo en el sentir de sus fundadores, pues cada uno de nosotros quería cohesionarse, agruparse entre iguales; pero vio luz concretamente en julio de 2018, una vez que coincidimos en la marcha de la Rebelión Sexual de Caracas.

Hasta el momento, nuestra iniciativa más sólida son los encuentros “Translúcidos”, que se desarrollan cada tercer sábado de cada mes en el jardín del Museo de Bellas Artes, en Caracas. Allí nos convocamos para escucharnos, brindarnos apoyo y compartir nuestras experiencias y saberes como hombres trans.

No obstante, otro elemento que encontramos como fundamental dentro de nuestro colectivo y nuestros propios procesos de desconstrucción y re-construcción de identidad es la posibilidad de promover, construir y encarnar nuevas masculinidades. Los hombres trans sabemos también lo que es ser mujer, lo vivimos durante muchos años en carne propia, es un saber que reside en nuestros cuerpos. Muchos sufrimos las violencias, discriminaciones y desigualdades que ello implica. De igual manera, también fuimos educados según las particularidades psíquicas y emocionales que se asocian a la identidad de género femenina, que muchas de las que tienden a la autosubestimación, el servilismo, el miedo a la propia autonomía, la falta de confianza en nuestra propia voz, sentimientos, ideas y afectos, la naturalización de la violencia; ya que a las mujeres les enseñan a ser débiles, dependientes e inseguras. Por tanto, creemos es importante revisar y reconocer esa parte de nuestra historia para aprender de ella, reafirmar nuestra autonomía y además no reproducir nuevas violencias contra nuestras compañeras y otras identidades diversas.

Ser trans nos permite construirnos como personas más empáticas, conscientes y sensibles, y además aprender de la independencia y la autonomía asociada a lo masculino. Creemos que el estudio, el debate y el activismo (trans) feminista es una herramienta fundamental para enrumbarnos hacia la nueva masculinidad.

Por todo lo antes descrito, la visibilidad –mostrarse o decir abiertamente que se es una persona transgénero o transexual– es un punto al que casi siempre rehuyen los hombres trans por el miedo al rechazo. Nosotros, no obstante, creemos que es importante decir –¡e incluso gritar!– que tenemos derecho a la autonomía sobre nuestros cuerpos, que existen cuerpos distintos (hombres con vagina y mujeres con pene), y exigir que se deje de castigar cualquier acción punitiva o señaladora que se realice sobre ellos, como un derecho que debe ser extensivo a toda la sociedad. Para nosotros, el cuerpo y la subjetividad es el centro de la experiencia trans, es la pancarta de visibilización de nuestra realidad y nuestra forma de militancia y aporte contra esta supuesta normalidad. Por ello, no tenemos miedo a mostrarnos como lo que somos, con o sin hormonas, con o sin cirugías. Pero, también por ello, confiamos en el poder de lo colectivo, porque entre trans nos apoyamos y juntos somos mucho más fuertes y nos defendemos mejor.

Objetivos de lucha

Generar espacios de encuentro, concientizar y sensibilizar a la población no trans sobre nuestras vivencias y motivar a la deconstrucción y construcción del género en la población trans y cisgénero.

Valores de lucha:

1. **Transfeminismo:** Nos rebelamos contra el sistema binario, demandando el reconocimiento de una amplia gama de identidades de género.
2. **Democracia:** Promovemos la participación efectiva de todxs en un plano de igualdad, mediante estructuras horizontales que potencien el liderazgo colectivo y la corresponsabilidad.
3. **Respeto mutuo:** Desarrollamos nuestro trabajo con base en el respeto por la integridad psíquica y física de todas las personas, priorizando el cariño y la afectividad.
4. **Sororidad:** Construimos una comunidad acogedora y armónica, que potencie relaciones basadas en la cooperación, razón por la cual suscribimos el autocuidado feminista.
5. **Integridad:** Sostenemos que la militancia y la construcción de comunidad pasan por la participación de personas honestas, justas, comprometidas y auténticas, que orientan sus actos hacia el bien de la comunidad.

Venezuela Igualitaria

¿De dónde venimos?

Gracias a la constancia de los movimientos sociales en sus demandas al Estado, Argentina, México, Uruguay, Brasil y Colombia estaban avanzando en derechos igualitarios para personas lesbianas, gays, bisexuales, transgénero, transexuales e intersexuales (LGBTI), mientras que en Venezuela todo parecía centrarse en el hecho de que por tercera vez Hugo Rafael Chávez Frías era electo presidente de la república, y en la división, casi a la mitad, de la masa electoral. Una situación que hoy día prácticamente se sostiene.

Era octubre del año 2012 y Argentina llevaba dos años de ser el primer país de Nuestramérica, el segundo de la América toda y el número diez del mundo en ganar una de las batallas más polémicas de nuestro tiempo: el Matrimonio Igualitario. De hecho fueron los movimientos argentinos los que le dieron ese nombre, pues hasta la fecha se le señalaba erróneamente como matrimonio homosexual o matrimonio entre personas del mismo sexo. Además, el Código Civil de México D.F. desde marzo del año 2010 lo avalaba (con reconocimiento en todo el territorio nacional). Uruguay ya venía muy

cerca con un proyecto de ley en el Congreso, el Poder Judicial de Colombia desde el año 2011 reconocía a las familias constituidas por parejas homosexuales e instó al Poder Legislativo a regularizar su protección de manera igualitaria en un plazo de dos años, y el Poder Judicial de Brasil desde el año 2011 había comenzado a convertir en matrimonios las “uniones de hecho” de parejas del mismo sexo registradas.

El matrimonio civil estaba dejando de ser esa institución hétero-burguesa y patriarcal excluyente base del capitalismo abrahámico que privilegia solo un modelo de familia, pues legalizaba lo legítimo, otras formas de familia existentes y especialmente familias donde simbólicamente no existía el cónyuge “naturalmente” dominante (el hombre) y la cónyuge “naturalmente” oprimida (la mujer). Los avances ya no se veían solo en la distante Europa ni solamente en gobiernos de vocación liberal, sino en gobiernos de vocación socialdemócrata progresista, y la población LGBTI comenzaba a ver reivindicada su dignidad como personas con orientaciones sexuales contrahegemónicas gracias al valor simbólico de la institución matrimonial y a la cadena de derechos que derivan de la protección que ésta brinda a las familias que la acogen.

Es en este marco histórico que Jesús González y Giovanni Piermattei, venezolanos profesionales homosexuales que estuvieron sentimentalmente

unidos se reencuentran en Maracay tras varios años de separación en los que Jesús estuvo fuera del país por razones laborales. Luego de intensos debates, deciden emprender una idea clara: crear una campaña por el Matrimonio Civil Igualitario en Venezuela, basada sobre las ya exitosas campañas de Argentina, Brasil y España para explorar su aceptación pública.

Se lanza una campaña por las redes sociales Facebook y Twitter identificada como #ExprésateAFavor del Matrimonio Igualitario en Venezuela, la cual consistía en fotografías de personas de todas las orientaciones sexuales e identidades de género con carteles en mano manifestando su postura a favor. Participaron activistas de otras organizaciones LGBTI, padres, madres, familiares, amistades, artistas y personalidades reconocidas del ámbito público y privado.

A menos de quince días de su lanzamiento la campaña contaba con cinco mil seguidores y una reseña en Telesur, y se decide profundizar la tarea convocando a activistas para conformar un equipo multidisciplinario de profesionales y construir alianzas con el movimiento LGBTI en todo el territorio nacional. Se redacta el Proyecto de Ley de Matrimonio Civil Igualitario entre Giovanni Piermattei, Jesús González, José Manuel Simons y Hanays Montaner principalmente, recibiendo asesorías de diferentes especialistas. Este es un proyecto de avanzada pues busca la ampliación del perímetro de

protección de la institución matrimonial a parejas gays y lesbianas, tanto cisgénero como transgénero. Entre los detalles más importantes del mismo se encuentra el hecho de que deja a voluntad de quienes contraen nupcias usar el apellido de su cónyuge, precedido de la preposición “con” en lugar del acostumbrado “de” que denota propiedad; se propone abolir cierto articulado que asume el matrimonio solo con fines procreacionales, el rapto como figura habilitadora de matrimonios forzosos y privilegios masculinos, así como el orden de los apellidos de hijxs por decisión compartida, deconstruyendo la estructura patriarcal de la familia tradicional.

Pero la tarea no se detenía allí, había que promover el proyecto en cada región del país tanto entre nuestro pueblo LGBTI como a la sociedad general y mediatizarlo. Era preciso comenzar un proceso de recolección de firmas localmente para llevar el proyecto de Ley a la Asamblea Nacional bajo la modalidad de “Iniciativa Popular” de acuerdo a lo establecido en el artículo 204 de la Constitución de la República Bolivariana de Venezuela (CRBV), y es cuando Giovanni Piermattei de la mano de Hanays Montaner, presidenta de la Fundación Amanecer Humano de Maracay, y gracias a las valiosas alianzas logradas en cada ciudad, recorren exitosamente el país en una nueva campaña denominada #RutaPorLaIgualdad, logrando por primera vez en la

historia LGBTI venezolana que 47 organizaciones se unan por un objetivo común: el Matrimonio Civil Igualitario.

Durante aproximadamente seis meses de viajes a Anzoátegui, Barinas, Bolívar, Carabobo, Cojedes, Coro, Distrito Capital, Falcón, Guárico, Lara, Miranda, Monagas, Nueva Esparta, Portuguesa, Sucre, Táchira, Trujillo, Vargas, Yaracuy y Zulia, se recabaron 21.000 firmas y se lleva el 31 de enero a la Asamblea Nacional el primer Proyecto de Ley nacido de las bases del movimiento LGBTI venezolano y el segundo que se lleva por iniciativa popular.

En ese ínterin el 1.º de agosto de 2013 se registra formalmente en Maracay la Asociación Civil Venezuela Igualitaria como una organización sin fines de lucro y se amplifica el objeto. Ya no se trata solo de luchar por una institución como mecanismo idóneo de reconocimiento del Estado y la sociedad de la dignidad de cada gay y lesbiana en el país, sino que se trata de unir esfuerzos para desarrollar estrategias de información, formación, concientización y sensibilización de la ciudadanía, en relación al derecho a la no discriminación por orientación sexual, identidad de género y expresión de género partiendo del principio de que todas las personas nacimos libres e iguales en dignidad y derechos, asimismo promover leyes y políticas públicas concretas en función de garantizar el goce y ejercicio pleno de los

derechos constitucionales para todas las personas sin discriminación alguna en concordancia con los artículos 2, 3, 19, 20, 21, 22, 23, 46 y 59 de la CRBV.

En su rol de organización avocada a promover un cambio socio-cultural y jurídico en Venezuela, específicamente para favorecer la inclusión plena de personas LGBTI, desarrolla un conjunto de acciones dirigidas a influir en la sociedad en general, pero especialmente en las personas que administran el Estado, y así avanzar en la transformación de las relaciones de poder que promueven desigualdades para sostener privilegios.

La visión es consolidar una organización fuerte, cohesionada, eficaz y referencia nacional e internacional que contribuya a hacer realidad la participación de las personas en situación de exclusión en el pleno desarrollo de sus derechos, la reivindicación de su dignidad como medio para alcanzar la felicidad y su derecho a una vida digna y libre de violencia, así como a movilizar a los actores sociales implicados.

Para definir principios y valores fue fundamental partir de reconocer que en Venezuela viven millones de personas cuya dignidad es cuestionada y condicionada al ejercicio de una sexualidad impuesta, y que esta situación es invisible para la mayoría de la población. De igual forma entender que el patriarcado, el sexismo, el machismo son parte de la base del constructo cis-

hetero-socio-culturado que condiciona la violencia hacia las ciudadanías cuyos cuerpos, identidades y mentes disienten de una “normalidad” controlada cultural y legalmente y, finalmente, que nuestra Constitución obliga al Estado a través de sus poderes públicos a restablecer esta situación.

Asimismo, es neurálgico reconocer que la gente LGBTI es parte de la población, en consecuencia parte del Estado, y quienes viven y padecen de cerca la vulneración de derechos son actores clave de la sociedad, por lo que no hay que quedarse inmóviles, sino exigir y aportar para que se concrete tal restablecimiento y la construcción de una ciudadanía plena sin discriminaciones absurdas. Por lo que es menester apropiarse del conocimiento y hacerse de estrategias que habiliten la apertura de puertas a la construcción de tal ciudadanía plural y verdaderamente democrática.

Para Venezuela Igualitaria las cosas siempre pueden cambiar a pesar de que siempre hayan sido así, por lo que es preciso reconocernos dentro de las estructuras de poder, y a partir de allí poder cambiarlas, a sabiendas de que todo grupo humano es atravesado por sistemas de valores, creencias, ideologías, que las tradiciones en general son formas singulares de opresión que deben siempre estar bajo la mirada crítica y reflexiva en función

únicamente de lograr los objetivos planteados y de apartarse de ser factores de reproducción de la opresión.

Para el equipo que agrupa el colectivo lo estratégico es motor de oportunidades. La articulación con otros movimientos de igual o distinta índole (resaltando coincidencias e intereses comunes) suma fuerza al alcance de la incidencia esperada. Una actitud responsable y una buena política es no perder la confianza en la buena voluntad de tomadores de decisiones, así como necesario el trabajo en equipo, trabajar con compromiso y constancia, planificar acciones claras y concretas y determinar el momento oportuno para su ejecución así como la monitorización, revisión y rectificación constante.

Por ello, los principios rectores son:

- Estar a favor de cosas, nunca en contra.
- Respetar a todas las formas de ser, existir, pensar, amar y conformar familia.
- Vencer dogmas opresivos evitando imponer nuevos.
- Cuestionar todo lo establecido.
- El fin último son los otros y las otras.
- Los mayores enemigos de esta causa son los egos, el protagonismo, el individualismo, la ignorancia, la apatía así como la falta de empatía.
- Las grandes aliadas son la formación, la empatía, la paciencia y la perseverancia.

Actualmente se procura desarrollar y promover un marco jurídico, y políticas públicas concretas por el derecho a una vida libre de violencia para las personas gays, lesbianas, bisexuales, transgénero, transexuales e intersexuales. ¿De qué forma y orientadas hacia cuáles acciones? Básicamente consignando y defendiendo propuestas legislativas o judiciales (locales y nacionales) que:

1. Amplifiquen el perímetro de protección en condiciones de igualdad jurídica y social de la institución matrimonial y el concubinato para parejas constituidas por personas del mismo sexo o género, partiendo de la modificación del Código Civil y el inconstitucional artículo 77 de la CRBV (Ley de Matrimonio Civil Igualitario).
2. Garanticen el derecho a la identidad de género autopercibida de las personas transgénero, transexuales e intersexuales, partiendo de la modificación de la Ley Orgánica de Registro Civil en su artículo 146, incorporando definiciones claras de género, sexo y sus diferencias (Ley de Identidad de Género).
3. Garanticen el derecho de las personas intersexuales a decidir qué hacer sobre su corporeidad, la necesidad de acompañamiento y formación a familiares durante el crecimiento de niños y niñas intersexuadas, y establecimiento de protocolos médicos

y jurídicos no patologizantes y respetuosos de las personas intersexuadas y sus familias.

4. Garanticen a nuestrxs niñxs y adolescentes el goce y ejercicio del derecho a una educación inclusiva, libre de prejuicios y estigmas, como camino seguro a la construcción de un país de personas felices, respetuosas de la pluralidad de las formas de ser, existir y amar, y de la erradicación sostenida de discriminaciones absurdas en función de las diferencias.
5. Permitan la tipificación de los delitos de odio en el Código Penal cometidos hacia las personas LGBTI cualquiera sea su origen e identificando sus formas más sutiles y más voraces.
6. Garanticen el derecho a concebir hijxs independientemente de cómo estén conformadas las familias, por procedimientos de fertilización asistida.
7. Garanticen a personas LGBTI el derecho a una vida libre de violencia y discriminación tanto vertical (poder público hacia particulares-leyes/normas) como horizontalmente (entre los particulares).

Hasta la fecha se han llevado acciones tales como la presentación de un recurso de nulidad por inconstitucionalidad del artículo 44 del Código Civil ante la sala constitucional del Tribunal Supremo de Justicia, pues dicho artículo establece que el matrimonio

civil debe ser solo entre un hombre y una mujer. La demanda fue admitida y a la fecha se encuentra en estado de sentencia.

En el año 2016 se llevó ante la misma Sala, un amparo constitucional por el derecho humano a la identidad de un niño concebido por fertilización asistida por dos madres venezolanas, nacido en Argentina. Dando como resultado una histórica jurisprudencia progresiva (sentencia 1187/2016) que equipara constitucionalmente los derechos filiativos de las familias homoparentales con las familias tradicionales.

En ese mismo año se presentó ante la sala constitucional una acción judicial por la omisión legislativa en la que recayó la Asamblea Nacional en el año 2014 al no debatir el proyecto de Ley de Matrimonio Civil Igualitario dentro del lapso establecido en el artículo 205 constitucional, la cual fue admitida y se encuentra en estado de sentencia.

En la misma fecha se entregó un recurso de nulidad por inconstitucionalidad del artículo 565 del Código Orgánico de Justicia Militar, que penaliza la homosexualidad dentro de las Fuerzas Armadas describiéndoles como actos sexuales contra natura y cuyos procedimientos de investigación, así como

sentencias, violentan la dignidad y exponen al escarnio público. Dicha demanda aún no ha sido admitida.

El pasado año 2017 en alianza con la Asociación Civil Divas de Venezuela, una organización que lidera la lucha por los derechos de personas transgénero y transexuales en Venezuela, redactamos y dirigimos jurídicamente una acción constitucional por el derecho humano al reconocimiento de la identidad de género autopercebido, el cual fue admitido y se encuentra en estado de sentencia.

Desde el año 2013 celebramos un festival de arte contra la discriminación llamado Expo por la Diversidad Sexual, realizado en tres estados del país: Aragua (Casa de la Cultura de Maracay), Falcón (Museo de Arte, Coro) y Caracas (Galería de Arte Nacional), una exposición de las diferentes ramas del arte, promoviendo el respeto y el derecho a vivir sin discriminación.

Venezuela Igualitaria sigue apostando al amor, exigiendo reivindicación de derechos, abriendo espacios para la concientización, sensibilización y formación con mucho esfuerzo, en medio de la desmotivación generalizada para quienes intentan acercarse al activismo producto de una crisis económica y socio-política que incluso ha quebrado a otras organizaciones civiles conocidas y que se ha sostenido durante larga data.





Edición digital
noviembre de 2018
Caracas, Venezuela

Algunas palabras sobre la sexo-género-disidencia

Testimonios de tres organizaciones

Este libro nace como un Libro-Taller Héctor Bello. Busca visibilizar el debate concerniente a la sexo-género-diversidad en el marco del proceso constituyente venezolano, considerando el reconocimiento de las diversidades, además de los distintos espacios de exclusión, invisibilización, discriminación y opresión a la comunidad LGBTI como un tema fundamental en la lucha revolucionaria por el desarrollo de un modelo de inclusión social e igualdad. Está constituido por los testimonios de miembros de las tres organizaciones que participaron en las sesiones de esta metodología formativa de la Fundación Editorial El perro y la rana: ASGDRe (Alianza Sexo Género Diversa Revolucionaria), Colectiva TRANSGRESORES y Venezuela Igualitaria. Este trabajo nos brinda una oportunidad para que la voz de las personas que encarnan directamente la dinámica del activismo político rompan el velo del tabú y que sean tomados en serio los alcances de la justicia social.

